



*Universitat
Abat Oliba CEU*

**La formación moral en Educación Primaria.
Una propuesta a través de la obra de
El Señor de los Anillos.**

TRABAJO FIN DE GRADO

Autor: Neus Ledesma Nieto
Tutor: Emili Boronat
Grado en: Educación Primaria
Año: 2020 - 2021

DECLARACIÓN

El que suscribe declara que el material de este documento, que ahora presento, es fruto de mi propio trabajo. Cualquier ayuda recibida de otros ha sido citada y reconocida dentro de este documento. Hago esta declaración en el conocimiento de que un incumplimiento de las normas relativas a la presentación de trabajos puede llevar a graves consecuencias. Soy consciente de que el documento no será aceptado a menos que esta declaración haya sido entregada junto al mismo.

Firma: 

Neus LEDESMA NIETO

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

MIGUEL DE CERVANTES

Resumen

El presente trabajo ofrece una reflexión sobre la finalidad de la educación escolar, teniendo como punto de partida el pensamiento de Tomás de Aquino y tomando su definición de educación como fin esencial: el *Status Virtutis*, es decir, el estado de virtud. Tras un profundo estudio, se muestra que educar es esencialmente formar virtudes morales. Pero, ¿cómo es posible llevar a cabo la formación moral en las aulas? Para ello, nos basamos en el método neoaristotélico o mimético – catártico que expresa el potencial que las artes pueden desempeñar en la educación de las virtudes. De este modo, se presenta una propuesta didáctica para ciclo superior de educación primaria, basada en la obra de El Señor de los Anillos.

Resum

El present treball ofereix una reflexió sobre la finalitat de l'educació escolar, tenint com a punt de partida el pensament de Tomàs d'Aquino i prenent la seva definició d'educació com a fi essencial: el Status Virtutis, és a dir, l'estat de virtut. Després d'un profund estudi, es mostra que educar és essencialment formar virtuts morals. Però, com és possible dur a terme la formació moral a les aules? Atès que el mètode neoaristotèlic o mimètic – catàrtic expressa el potencial que les arts poden exercir en l'educació de les virtuts, es presenta una proposta didàctica per a cicle superior d'educació primària, basada en l'obra de El Senyor dels Anells.

Abstract

The present work offers a reflection on the purpose of education in school, starting with the thought of Thomas Aquinas and taking his definition of education as an essential goal: the Status Virtutis, that is, the state of virtue. After a deep study, it is shown that education is essential to form moral virtues. But how can moral formation be carried out in classrooms? To do so, we rely on the neo-Aristotelian or mimetic-cathartic method that expresses the potential, emphasizing that arts can play in the education of virtues. In this way, we present a didactic proposal for the higher cycle of primary education, based on the work of The Lord of the Rings.

Palabras claves / Keywords

Educación – Educación en virtudes — Formación moral – Virtudes cardinales – Artes – Mímesis y catarsis – Literatura – Cine – El Señor de los Anillos
--

Sumario

Sumario	6
Introducción	7
1. Justificación: Emergencia educativa.....	9
2. Educación	10
2.1. Estado actual de la cuestión.....	10
2.2. Definición de educación	11
2.3. El fin esencial de la educación: el Status Virtutis	12
2.3.1. Qué es la virtud	14
2.3.2. El sujeto de la virtud	16
3. Educación en virtudes en el ámbito escolar.....	17
3.1. Virtudes intelectuales	18
3.2. Virtudes morales	19
3.3. Virtudes cardinales	20
3.3.1. Templanza	20
3.3.2. Fortaleza.....	23
3.3.3. Justicia.....	25
3.3.4. Prudencia	27
4. La educación de las virtudes a través de la palabra	30
4.1. El método neoaristotélico o mimético-catártico.....	30
4.2. El Señor de los Anillos: La vida, una lucha para vencer el mal	31
4.2.1. Presentación.....	32
4.2.2. Propuesta literaria y cinematográfica	33
Primera parte: El Anillo	35
Segunda parte: La Comunidad del Anillo	38
Tercera parte: Rumbo a Mordor	41
Conclusión.....	47
Bibliografía.....	50
Apéndice: Dossier del alumno.....	52

Introducción

El presente trabajo consiste en un breve estudio sobre la finalidad de la educación en el ámbito escolar. Es un tema que ha surgido como producto de una profunda reflexión durante los años de formación académica y la actual confusión al respecto en el ambiente contemporáneo. Si bien es cierto que en la actualidad hay muchas opiniones en relación a los fines de la educación, no existe una claridad acerca de la centralidad del quehacer educativo. Por esta razón, este estudio busca dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿cuál es la finalidad de la educación?

De esta manera, se ofrece una reflexión sobre la ardua tarea de educar, a la luz del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina sigue teniendo vigencia en un contexto educativo de crisis, denominado por el Papa Francisco *emergencia educativa*. Así como las aportaciones de diversos autores contemporáneos como Antonio Millán Puelles, Josef Pieper, Mercedes Palet, entre otros.

Esta crisis se fundamenta en el olvido del fin de la educación o, como veremos más adelante, en un excesivo interés por los medios. Debemos tener presente que la educación no debe consistir en llenar de contenidos a los alumnos o formarlos para que sean técnicamente competentes, sino que debe tender a saciar la llamada a la perfección que está inscrita en la naturaleza humana, es decir, a que la persona alcance su realización o se disponga a ello. Es así puesto que el hombre es un ser inacabado, imperfecto y afectado por el pecado original, necesitado de rectificar su ordenación a la verdad y al bien. De ahí nace la necesidad de los maestros, de personas que ayuden en este largo camino educativo; siempre como una ayuda externa a la familia, puesto que como dice Mercedes Palet, es el útero espiritual donde el niño inicia su camino perfectivo hacia la felicidad.

La educación consiste en ayudar a la persona para que logre la plenitud en la vida personal. Sin embargo, ¿cómo hace una persona para lograr ser más persona? La persona se perfecciona a través de los actos que realiza. Pero para ello necesita que su obrar sea habitual, es decir, a través del ejercicio de hábitos buenos, que se denomina virtud. La virtud nos posibilita actuar con facilidad, prontitud y alegría. Por esta razón, si la educación consiste en que la persona sea buena, necesitará ser capaz de obrar bien, y se logrará mediante la virtud. Así, la finalidad de la educación es el perfeccionamiento humano a través de la virtud. De ahí, tomamos como punto de partida la definición que propone el Doctor Angélico: "conducir y promover al hombre a su estado perfecto en cuanto tal, que es el estado de virtud" (Tomás de Aquino, III, q.41, a. 1). Por lo tanto, la educación busca la perfección del educando a través de la formación en virtudes, tanto naturales y adquiridas como sobrenaturales.

El orden que se ha seguido en este trabajo consta de cuatro capítulos. En primer lugar, encontramos la justificación, capítulo que se dedica a encauzar el tema, exponiendo la problemática actual: la llamada *emergencia educativa*. En segundo lugar, consideraciones sobre educación, que trata de exponer un marco teórico. Este capítulo se compone del estado actual de la cuestión, la definición de educación y el fin esencial de la educación: el Status Virtutis, es decir, el estado de virtud o la vida virtuosa, cuestión que nos lleva a explicar qué es la virtud y cuál es el sujeto. En tercer lugar, el capítulo tercero se dedica a la educación de las virtudes en el ámbito escolar. Por un lado, de las virtudes intelectuales para que puedan alcanzar el conocimiento de la verdad. Por otro lado, de las virtudes morales que perfeccionan el acto humano en orden a su fin. Así la escuela busca formar para que los alumnos se orienten a la Verdad y al Bien, siempre como subsidiaria de la familia. En este apartado nos centramos en las virtudes cardinales, que son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, puesto que son las que hacen "bueno" al hombre. Finalmente, en el capítulo cuarto se expone la educación de las virtudes a través de la palabra: literatura y cine, que trata del beneficioso, aunque insuficiente, influjo que las artes pueden desempeñar en la formación moral de los alumnos. Este trabajo se cierra con una propuesta didáctica para ciclo superior de educación primaria a través de la obra de El Señor de los Anillos de J.R.R. Tolkien.

1. Justificación: Emergencia educativa

La experiencia cotidiana manifiesta las graves dificultades con que tropiezan todos los responsables de la educación en la transmisión de valores. La primera pregunta que debemos plantear es la siguiente: ¿Por qué la tarea educativa se ve comprometida en la actualidad? Podríamos resumir la situación en palabras de José M^a Alsina en la presentación del libro *La educación de las virtudes en la familia*, de Mercedes Palet (Alsina, 2007):

Los maestros se declaran incapaces de realizar su tarea educativa si los padres no han realizado la suya. Los padres, se lamentan y señalan a la sociedad como la causante de sus problemas educativos. Los políticos proponen cambiar las leyes con el reiterado señuelo de la adaptación a los nuevos tiempos y con la promesa de dar por fin respuesta adecuada a estos problemas.

En efecto, nos encontramos ante una profunda crisis de la educación llamada *emergencia educativa*, que ha sido denunciada por diversos pensadores. Para entender qué es conviene leer el *Discurso del Papa Benedicto XVI*, pronunciado en la Asamblea Diocesana de Roma sobre el tema “Jesús es el Señor. Educar en la Fe, en el seguimiento y en el testimonio” (Benedicto XVI, 2007):

Como nos enseña la experiencia diaria —lo sabemos todos—, educar en la fe hoy no es una empresa fácil. En realidad, hoy cualquier labor de educación parece cada vez más ardua y precaria. Por eso, se habla de una gran "emergencia educativa", de la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia, y se puede decir que en todos los demás organismos que tienen finalidades educativas.

Por esta razón, ante esta crisis de la educación, se hace necesario hacerse las siguientes preguntas: ¿cuál es la causa de la emergencia educativa? ¿Por qué se hace tan ardua la tarea educativa? ¿Por qué no se puede transmitir un sentido de la vida? El Papa añade lo siguiente (Benedicto XVI, 2007):

Se trata de una emergencia inevitable: en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia tienen el relativismo como su propio credo —el relativismo se ha convertido en una especie de dogma—, falta la luz de la verdad, más aún, se considera peligroso hablar de verdad, se considera "autoritario", y se acaba por dudar de la bondad de la vida —¿es un bien ser hombre?, ¿es un bien vivir?— y de la validez de las relaciones y de los compromisos que constituyen la vida.

Si estudiamos a fondo la cuestión, encontraremos que esta crisis educativa tiene entre sus causas fundamentales un relativismo epistemológico y moral. En relación a esta cuestión el Papa dice lo siguiente: “El relativismo, es decir, el dejarse llevar o zarandear por cualquier viento de doctrina, parece ser la única actitud de moda”.

Acaba concluyendo: “Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que solo deja como última medida el propio yo y sus apetencias”.

De este modo, si queremos estudiar la actividad educativa, es fundamental preguntarse acerca de la causa final: ¿qué fin persigue la educación? En las palabras del Papa se desvela cuál es la finalidad de la educación (Benedicto XVI, 2007):

Pero esta situación evidentemente no satisface, no puede satisfacer, porque deja de lado la finalidad esencial de la educación, que es la formación de la persona a fin de capacitarla para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad.

Dado que la escuela actual se centra más en los medios que en los fines, en vez de preocuparse en conducir a los alumnos a la búsqueda de la perfección a la que se encuentran llamados por su condición de hombres, es necesario reafirmar los fundamentos de la formación en virtudes en el ámbito escolar, pues como veremos más adelante el fin de la actividad educativa es conducir y promover al hombre a su estado perfecto en cuanto tal, que es el estado de virtud, denominado *Status Virtutis*, asumiendo las circunstancias del contexto actual.

2. Educación

2.1. Estado actual de la cuestión

En la actualidad existe una confusión general en cuanto a lo que significa educar, por esta razón, no se ha establecido un consenso. Este hecho supone que la práctica educativa no tenga una finalidad única. La educación no se centra en el fin último, que es lograr el perfeccionamiento de la persona, sino que el mayor énfasis está centrado en los medios utilizados, restando así importancia a su finalidad.

Si estudiamos la cuestión brevemente veremos que el punto de partida es erróneo, pues se considera que la finalidad de la acción educativa es lograr el perfeccionamiento en el “hacer” y no en el “ser”, debido a una concepción reduccionista sobre la persona humana. A continuación, veremos brevemente dos concepciones que han configurado la educación actual.

En primer lugar, el conductismo, que propone que la base de todo proceso de enseñanza – aprendizaje se representa por un reflejo condicionado, es decir, por la relación asociada que existe entre la respuesta y el estímulo que la provoca. Para esta corriente, las condiciones ambientales son muy significativas pues son las responsables de la conducta, negando así la libertad de la persona. En definitiva, se pone énfasis en lo que la persona “hace” entendiendo que depende de la

manipulación que el educador haga del ambiente, es decir, de los estímulos que se utilicen.

En segundo lugar, el constructivismo, en el que la finalidad de la educación está dirigida a facilitar todas las herramientas necesarias para que los alumnos puedan construir sus propios conocimientos. Esta corriente niega la posibilidad de conocer la verdad, ya que niega la verdad al considerar que lo que el ser humano es capaz de conocer son las representaciones, es decir, los conceptos que la persona elabore.

Un ejemplo de la influencia de estas corrientes es el aprendizaje basado en competencias. De este modo, se demuestra lo anteriormente afirmado ya que la educación es entendida como una actividad que tiene como finalidad que los educandos desarrollen habilidades y competencias necesarias para desenvolverse en la vida, es decir, desarrollando su capacidad de "hacer" al contrario de perfeccionar su "ser".

Considerar la educación como un "hacer" deriva de una concepción equivocada sobre la persona humana y sobre la moral. Actualmente, se asocia el concepto de moral "con la idea de una doctrina del hacer y, sobre todo, del no-hacer, del poder y no-poder, de lo mandado y lo prohibido" (Pieper, 2010, p.12).

Este hecho conlleva que en muchas ocasiones se confunda el término "competencia" con el de virtud". El término competencia busca que la persona sea capaz de adquirir una serie de comportamientos o habilidades y, de esta manera, realice mejor las cosas. En cambio, la virtud, no solo trata del hacer sino que lo más importante es lo que "es". Efectivamente, tal y como afirma Pieper "ha de tratar del hacer, de obligaciones, mandamientos y pecados; pero su objeto primordial, en que se basa todo lo demás, es el verdadero ser del hombre, la idea del hombre bueno" (Pieper, 2010, p.12).

2.2. Definición de educación

En general, todos los miembros de la comunidad educativa coinciden en que el fin de la educación es educar al alumno de una manera integral. Sin embargo, tras la anterior exposición sobre la actual crisis educativa denominada *emergencia educativa*, se hace necesario determinar qué fin persigue la educación escolar.

El fin esencial de la educación lo encontramos de un modo llamativo, en palabras de Antonio Millán Puelles, en la doctrina tomista. Antes de introducirnos en el fin, nos parece conveniente estudiar una posible definición de educación de Santo Tomás. Decimos posible pues el autor sigue diciendo (Millán Puelles, 1973, p.27):

No hay, en efecto, un solo texto del Santo en el que en forma explícita y directa trate de definir la educación. Pero hay, no obstante, otros en los que esta es, de hecho, objeto de una definición real, aunque ello no ocurra de una manera temática, sino en función de algún otro asunto, enlazado, eso sí, y muy estrechamente, con el concepto de la educación y sus problemas más esenciales y hondos.

Aun así, al decir de Millán Puelles, hay acuerdo entre los tratadistas en este punto, en admitir que esa definición sea la formulada como: "*traductio et promotio prolis usque ad perfectum statum hominis in quantum homo est, qui est virtutis status*" (conducción y promoción de la prole al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud). El texto de Santo Tomás es el siguiente: "La naturaleza (...) no tiende solamente a la generación de la prole, sino también a su conducción y promoción al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud" (Tomás de Aquino, III, q.41, a.1).

En este trabajo no nos ocuparemos directamente del análisis de esta definición, pues es objeto de una investigación completa. Sin embargo, sí que debemos retomar lo esencial del fin de la educación que, tal y como antes mencionábamos en palabras de Millán Puelles, es llamativo: "De una manera explícita y directa, lo que hace Santo Tomás, en vez de referirse al fin de la educación, es justamente lo inverso: tratar de la educación en cuanto fin, concretamente, en tanto que fin del matrimonio" (Millán Puelles, 1973, p.51).

Como hemos visto anteriormente, la educación tiene como objeto que el hombre alcance su estado perfecto en cuanto hombre. Por esta razón, ¿cómo se da ese perfecto estado del hombre en cuanto hombre? A lo que se responde según la anterior definición del Aquinate, el Status Virtutis: "En suma, la posesión de las virtudes (el Status Virtutis) es el perfecto estado de las potencias operativas humanas y, por ende, el estado perfecto del hombre en tanto que hombre, fin de la educación" (Millán Puelles, 1973, p.37).

2.3. El fin esencial de la educación: el Status Virtutis

A continuación, estudiaremos el fin esencial de la educación a través de la doctrina tomista. Dice Santo Tomás que la causa final es lo primero en orden a la intención y lo último en orden a la ejecución, es el fundamento de cualquier otra causa, y justifica la acción del agente. De este modo, afirma el Aquinate: "El fin, aunque es lo último en la ejecución, es lo primero en la intención del agente. Y de este modo tiene razón de causa" (Tomás de Aquino, I-II, q.1, a.1).

De ahí que el fin esencial de la educación sea el mismo que el fin de la formación en virtudes, como “conducción y promoción de la prole al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, es decir, al estado de virtud” (Tomás de Aquino, III, q.41, a.1).

En consecuencia, la formación en virtudes en el ámbito escolar tiene como fin que el alumno alcance – en la medida de lo posible – el *Status Virtutis*, es decir, el estado de virtud o la vida virtuosa. Al decir de Millán Puelles (Millán Puelles, 1973, p.63):

Dicho de una forma negativa, lo que la educación pretende es cuidar de que no falte al hombre nada de lo que en tanto hombre le es preciso. O si se prefiere el giro positivo: la educación pretende que el hombre tenga todo lo que, en tanto hombre, debe poseer.

El estado de virtud es el conjunto de disposiciones habituales y estables para obrar bien de manera fácil y deleitable, de lo que hablaremos más adelante. Cabe destacar que la importancia de que el alumno alcance el estado de virtud radica en dos premisas.

En primer lugar, en cuanto al fin, ya que es necesario que el alumno obre bien. Sin embargo, que el acto sea bueno no es fruto necesariamente del hábito. De ahí que Juan Carlos Bilyk afirme lo siguiente (Bilyk, 2008):

[...] no es virtuoso el que tiene disposiciones naturales a realizar obras buenas por razón de su temperamento, sino el que, aprovechando esas inclinaciones naturales, las transforma en hábitos por imperio de su inteligencia, que conoce el bien, y su voluntad, que busca el bien.

En segundo lugar, porque interesa lograr en el alumno la inclinación permanente al bien, es decir, que alcance en la medida de sus posibilidades el *Status Virtutis*, tal y como afirma Santo Tomás: “La virtud es como dice Santo Tomás, *ultimum potentiae*, lo máximo a que puede aspirar el hombre, o sea, la realización de las posibilidades humanas en el aspecto natural y sobrenatural” (Pieper, 2010, p.15).

Finalmente, se debe precisar que el estado de virtud será el fin de la educación, tal como hemos visto pero no el fin último del alumno o del hombre en general. En todo caso la virtud, tal como señala Santo Tomás, será lo más cercano al fin del hombre: “El fin de la educación es, de esta suerte, *un medio* para la perfección operativa humana” (Millán Puelles, 1973, p.75), continúa el autor, “y el educador, guiando al hombre a la adquisición de la virtud, no pretende otra cosa sino que este logre poseer los instrumentos que eficazmente le capaciten para tal perfección” (Millán Puelles, 1973, p.75). Por tanto, la formación en virtudes es un medio para que el hombre alcance su fin último, proporcionando al hombre una “segunda naturaleza” y, a su vez, disponiéndolo a la felicidad; entendida como el logro del perfeccionamiento personal para que la persona llegue a ser lo que está llamada a ser. En expresión de Píndaro “Llegar a ser lo que somos” y en Santo Tomás “Ser tal como Dios nos hizo”.

2.3.1. Qué es la virtud

El fin de la educación es “promover a la prole al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud”. Por lo tanto, no a cualquier estado del hombre, sino al que le corresponde en tanto que hombre.

En la actualidad, la palabra virtud carece de valor. Por un lado, muchos pensadores modernos piensan que es un medio de represión y producto de la ignorancia. Por otro lado, se piensa que es algo anacrónico y pasado de moda. Sin duda alguna, dichas afirmaciones parten de un desconocimiento de qué es el hombre y qué es la virtud. Es imposible comprender lo que es la virtud si desconocemos lo que es el hombre. Si entendemos que el hombre es un compuesto de materia y espíritu, podremos adentrarnos en su definición.

Para entender qué es la virtud primero debemos partir de la definición de Santo Tomás: “(...) la virtud humana (...), es un hábito operativo bueno y operativo del bien” (Tomás de Aquino, I-II, q.55, a.3). Partiremos del término “hábito”. El hábito sirve para significar la cualidad estable por la que un sujeto se halla bien o mal condicionado en su ser y en su actividad. A continuación, veremos un cuadro en el que se muestran los tipos de hábitos según su razón de ser.

Los hábitos pueden ser:

Por razón del sujeto	<i>Entitativos</i> : perfeccionan la naturaleza en el orden del ser (la salud corporal, la gracia santificante).
	<i>Operativos</i> : perfeccionan las potencias en el orden de la operación (las virtudes morales).
Por razón de su origen	<i>Innatos</i> (o más exactamente cuasi-innatos): son los que trae consigo la naturaleza (el hábito de los primeros principios).
	<i>Naturales o adquiridos</i> : se adquieren por la repetición de actos (la paciencia natural, la embriaguez).
	<i>Sobrenaturales o infusos</i> : se adquieren por infusión divina (la fe).

Por razón de su moralidad	<i>Buenos</i> (inclinan al bien): todas las virtudes.
	<i>Malos</i> (inclinan al mal): todos los vicios.

Fuente: Tratado VI: Las hábitos, Suma Teológica

Si hablamos por razón del sujeto, se divide en *hábito entitativo* (si lo afectado inmediatamente por ese hábito es la propia sustancia) y en *hábito operativo* (es una determinación de una potencia, es decir, algo gracias a la cual las potencias están inclinadas a comportarse más de una manera que de otra), que a su vez se subdivide en estricto y no estricto.

Los hábitos operativos se clasifican en dos grupos: los que determinan la *potencia cognoscitiva* y los que afectan a la *potencia apetitiva*. Solo existen hábitos operativos en los sentidos internos y en el entendimiento porque los sentidos externos están por naturaleza determinados.

En primer lugar, los hábitos operativos del entendimiento son de dos tipos: especulativos y prácticos. Por un lado, los hábitos intelectuales especulativos son la inteligencia o la ciencia y la sabiduría. Por otro, los hábitos intelectuales prácticos son la *sindéresis*, la prudencia y el arte.

En segundo lugar, el hábito que afecta a la potencia apetitiva se divide en bueno (virtud) y malo (vicio). Cuando el hábito bueno es adquirido por esfuerzo se dice que es natural –no como innato, sino del orden natural– y si es infundido por Dios en el alma se dice que es sobrenatural. Por el contrario, el modo de obrar habitualmente el mal se denomina *vicio*, que puede ser adquirido por la capacidad natural, pues no hay vicios sobrenaturales.

El hábito se define como una “disposición difícilmente móvil” (Tomás de Aquino, I-II, q.49, a.1). Analizaremos a continuación la anterior definición. Un hábito es una cualidad adquirida voluntariamente, permanentemente y difícilmente movable, que inclina al sujeto a proceder siempre en una determinada dirección. *Disposición* quiere decir que inclina a una potencia a realizar un acto determinado. Difícilmente móvil distingue el hábito de una simple disposición que puede ser inestable o temporal. De este modo, “por causa de un buen hábito el hombre realiza el bien de un modo connatural, rápido, fácil y deleitable; en síntesis de un modo perfecto” (Bilyk, 2008).

Dice Echavarría que la última habilitación para el acto perfecto en el que se alcanza lo “último de una potencia” son los hábitos buenos, conocidos como virtudes. Es necesario distinguir los dos sentidos de virtud. En primer lugar, es el hábito que completa una potencia preparándola para su operación perfecta. En segundo lugar,

en el sentido de *ultimum potentiae*, es decir, lo último de la potencia, su operación perfecta.

La virtud en cuanto que hábito es la organización operativa estable de la persona o, con términos contemporáneos, su “personalidad”. A través del ejercicio de las virtudes, las potencias de una persona se configuran para que pueda alcanzar su máxima realización, que se da en la operación perfecta. Veamos lo anteriormente explicado en palabras del santo (Tomás de Aquino, I-II, q.55, a.1):

La virtud significa cierta perfección de una potencia. Porque la perfección de toda cosa se considera en orden a su fin, y el fin de una potencia es su acto, por lo cual se llama perfecta a una potencia en tanto que está determinada al acto que le es propio. Ahora bien: hay potencias que por sí mismas están determinadas a sus actos, como son las potencias naturales activas; y, por tanto, estas potencias naturales se denominan, en sí mismas, virtudes. Pero las potencias racionales, que son las propias del hombre, no están unívocamente determinadas sino que son, en este sentido, equívocas, determinándose a sus actos mediante hábitos.

Sigue diciendo Echavarría que entre las virtudes hay un orden de perfección, que depende del orden de perfección de sus objetos y operaciones. A pesar de que cada virtud es un hábito diferente, entre ellas hay una relación que depende del orden del ser personal a su perfección última. Es por esta razón que aquellas virtudes que tienen por objeto más directamente el fin último son más importantes y arquitectónicas en la estructura de la personalidad que las que se dirigen a fines subalternos o a simples medios. Por este motivo, las virtudes cardinales, cuyo objeto es Dios mismo, tienen primacía sobre el resto de virtudes, y en particular la caridad, forma *virtutum*, sin la cual ninguna virtud es formalmente tal. (Echavarría, 2005).

2.3.2. El sujeto de la virtud

Santo Tomás desarrolla el sujeto de la virtud en la Suma I-II y afirma que las virtudes, en cuanto hábitos operativos, “tienen como sujeto las potencias del alma, a saber: inteligencia, voluntad y los apetitos sensitivos – concupiscible e irascible –, en cuanto elevadas por la razón” (Tomás de Aquino, I-II, q.55, a.4).

De este modo, el Aquinate establece la distinción entre virtudes intelectuales y virtudes morales. Por un lado, las virtudes intelectuales perfeccionan la inteligencia, guiando y ayudando al conocimiento de la verdad. Por otro lado, las virtudes morales, al ser de carácter apetitivo y perfeccionar el acto en orden a su fin, perfeccionan a la totalidad del hombre con sus facultades y potencias. Más adelante, se hará referencia a la formación intelectual y a la formación moral como ámbitos esenciales de la formación en virtudes en el plano de la formación integral de la persona humana.

A continuación, se especifica el lugar dónde residen las virtudes y a qué perfecciones se dirigen las mismas. Tal y como señala Mercedes Palet, Santo Tomás estructura el orden de la exposición de las virtudes cardinales atendiendo al grado de perfección que cada una de ellas supone en una jerarquía moral descendente. A partir de las virtudes cardinales se establece la siguiente correlación:

- A la Prudencia en la inteligencia
- A la Justicia en la voluntad
- A la Fortaleza en el apetito irascible
- A la Templanza en el apetito concupiscible

Evidentemente y puesto que "en el hombre se desarrollan primero las potencias que pertenecen al apetito sensitivo, sin una corrección de estas potencias por el pecado original es prácticamente imposible lograr la rectitud de la voluntad y la claridad del entendimiento" (Palet, 2007, p.44). De esta manera, en este trabajo se sigue el orden de perfección propuesto por santo Tomás de Aquino, pues se debe atender al grado de desarrollo de las distintas capacidades del niño para la consecución de la adquisición de los hábitos que le son más propios en esa edad.

3. Educación en virtudes en el ámbito escolar

Luego de haber estudiado ampliamente qué es la virtud, debemos pues responder a la siguiente pregunta: ¿Qué virtudes se educan en el ámbito escolar? De este modo, abrimos un gran horizonte de virtudes que agruparemos esencialmente en dos. En primer lugar, las virtudes intelectuales, que perfeccionan el entendimiento en su capacidad de conocer y descubrir la verdad. En segundo lugar, las virtudes morales, que perfeccionan la voluntad y capacitan a la persona para ser buena.

En este capítulo se han de tener en cuenta las siguientes observaciones:

En primer lugar, en este trabajo se llevará a cabo una exposición de las virtudes de un modo separado. A pesar de ello, esta disposición tiene un propósito meramente expositivo.

En segundo lugar, aunque las virtudes se analizarán de un modo separado, no significa que hayan de ser educadas y adquiridas de modo separado, ni en el orden de consecución que sigue la anterior disposición.

3.1. Virtudes intelectuales

Se entiende por educación intelectual aquella que tiene por objeto el perfeccionamiento de la facultad intelectual, es decir, la inteligencia. Podemos dividir las virtudes intelectuales en dos grupos: *virtudes especulativas* y *virtudes prácticas*.

Virtudes intelectuales	Entendimiento especulativo	Ciencia
		Sabiduría
	Entendimiento práctico	Arte
		Prudencia

En primer lugar, las virtudes que corresponden al entendimiento especulativo son dos: Ciencia y Sabiduría, de las que dice el Aquinate “perfeccionan la operación del intelecto al conferir la facultad de obrar bien, es decir, el conocimiento de la verdad” (Tomás de Aquino, I-II, q.57).

- La Ciencia (o hábito para la contemplación de los primeros principios): es el hábito por el cual a partir de los primeros principios, la razón deduce conclusiones y sistematiza los conocimientos.
- La Sabiduría (o hábito para la posesión de los principios más universales y de las primeras causas): es la que nos permite conocer los seres por sus causas últimas y supremas y que juzga las conclusiones y los principios.

En segundo lugar, las virtudes que corresponden al entendimiento práctico son dos: Arte y Prudencia, que a diferencia de las anteriores, se ordenan al obrar práctico. Por un lado, la Prudencia perfecciona el obrar humano. Por otro lado, el Arte perfecciona la obra realizada por el hombre.

- El Arte: es la virtud que se dirige a la producción, bien sea el caso de artes mecánicas, las artes internas o las bellas artes. Es por esta virtud que el hombre se sirve de su conocimiento en orden a ejecutar alguna obra.
- La Prudencia: es la recta razón en el obrar respecto de las acciones individuales y concretas que se han de realizar. Aunque perfecciona a la inteligencia práctica, tiene por objeto rectificar la conducta y, por esta razón, es también una virtud moral.

El desarrollo de las virtudes intelectuales es de vital importancia, puesto que el perfeccionamiento que logra la persona gracias a dichas virtudes, le permitirá la contemplación de la Verdad, así como la libertad de obrar de acuerdo a ella. Como consecuencia, la persona logrará la felicidad a la que está llamada, pues vivir de acuerdo a la Verdad y al Bien es lo que llena plenamente el corazón humano.

3.2. Virtudes morales

Se entiende por educación moral aquella que tiene por objeto la perfección del hombre, es decir, que busca que el hombre sea bueno a través del ejercicio de las virtudes morales. Si precisamos lo anteriormente mencionado, consiste en la perfección de las facultades o potencias apetitivas, tanto la voluntad o apetito racional como los apetitos sensitivos: el concupiscible y el irascible, a partir del desarrollo de las virtudes morales.

Virtudes morales	Perfecciona el apetito superior o voluntad	Justicia
	Perfecciona el apetito inferior (irascible y concupiscible)	Fortaleza
		Templanza

Cabe destacar que el hombre es capaz de formación moral porque tiene razón, es decir, las facultades apetitivas se inclinan hacia lo conveniente y conforme gracias al juicio de la razón. En palabras de Millán Puelles (1973, p.167): “el triple *sujeto* de la formación moral – la voluntad, el apetito concupiscible y el irascible – es apto para la misma por participar de la razón, por ser capaz de acomodarse o conformarse a esta”.

Debemos tener en consideración que el apetito concupiscible y el apetito irascible no son potencias apetitivas racionales; la razón tiene cierto dominio sobre las mismas pero esto no quiere decir que obedezcan de modo servil a la razón, sino que tal y como afirma Aristóteles en la *Política* y más tarde recoge Santo Tomás, el dominio que ejerce la razón es político. Escribe Millán Puelles (1973, pp. 168 - 169):

El apetito sensitivo humano es movido por la parte racional de nuestro ser, que abarca la potencia intelectual – o sea, la razón misma – y la voluntad. La razón mueve el apetito de una doble manera indirecta: bien a través de la imaginación, bien por medio de la cogitativa, que es el trasunto humano de la estimativa o instinto de los animales. Y, por su parte, la voluntad actúa sobre el apetito sensitivo de dos modos: por redundancia de los actos volitivos muy intensos, o, simplemente, en la forma en que puede actuar sobre un motor movido el motor que lo mueve.

Las potencias apetitivas son perfeccionadas por las virtudes morales. Para cada potencia encontramos una virtud principal que la ordena y rectifica y que a su vez permite que surjan otras virtudes morales.

3.3. Virtudes cardinales

El término *cardinales* deriva del latín *cardo*, "el quicio o gozne de la puerta". En efecto, porque sobre ellas, como quicios, descansa la moral humana. Son cardinales porque a partir de ella se desarrollan las demás virtudes morales. Las virtudes morales cardinales son cuatro:

- Prudencia
- Justicia
- Fortaleza
- Templanza

Su importancia consiste en que la plenitud de la vida humana se alcanza gracias a la vivencia de dichas virtudes, pues estas son las que hacen "bueno" al hombre. Como veremos, la prudencia, que es el hábito de actuar conforme el dictamen de la razón, es el fundamento sobre el que se desarrolla la moralidad del hombre. En primer lugar, por la justicia, que rectifica las inclinaciones de la voluntad; en segundo lugar, por la fortaleza, que regula las pasiones del apetito irascible y, finalmente, por la templanza, que modera las pasiones del apetito concupiscible. Es por esta razón, que se explicarán siguiendo el orden templanza – fortaleza – justicia – prudencia.

3.3.1. Templanza

La Templanza: (etimológicamente, del latín *temperantia*, que se traduce como "templanza") consiste en "cierta disposición del alma que modera cualquier pasión u operación, para que no traspasen los límites debidos" (Tomás de Aquino, I-II, q.61).

Es la virtud que tiene la finalidad de ordenar las acciones efectuadas bajo el impulso de las pasiones del apetito concupiscible; del amor y del odio, del deseo y de la aversión, del gozo y la tristeza. De lo cual dice Mercedes Palet lo siguiente: "...unas veces poniéndole frenos y sujetando, pero, otras veces respetando y favoreciendo su actividad y, siempre, buscando el conjunto de su ordenación siguiendo a la razón y a la voluntad en su mandato" (Palet, 2007, p.172).

Según Josef Pieper, el sentido propio y primigenio del término *temperare* es "hacer un todo armónico de una serie de componentes dispares" (Pieper, 2010, p.213) y continúa diciendo que solo encuadrándolo en esa amplísima significación puede

indicar también “poner freno” y “parar” como un componente negativo de su significado total. Así como en el otro extremo, de parte del sentido positivo, se encuentran los momentos de “respetar” o “tratar con miramiento” una cosa.

Se estima que la virtud de la templanza se empieza a desplegar durante los primeros años de vida, concretamente entre el nacimiento y los siete años. Por esta razón, se inicia en el seno de la familia, útero espiritual, y la escuela ayuda en dicha formación. Si bien es cierto que esta virtud opera con mayor fuerza en la primera infancia, será un proceso que dure toda la vida y que dividiremos en tres etapas: infancia, adolescencia y juventud.

En cuanto a la infancia, dividiremos su educación atendiendo a la relación que el niño establece con sí mismo, con el mundo y con otras personas. Debemos tener en cuenta que esta virtud permite la moderación de los placeres sensibles y, por esta razón, en la primera infancia se debe contar con la razón de los adultos, que servirá de guía.

En primer lugar, hablaremos sobre el cuidado de sí mismo. Al principio, los padres tendrán que hacer las cosas por sus hijos: cuidado, aseo, atenciones, necesidades básicas... Posteriormente, cuando el niño vaya creciendo se le deberá enseñar con paciencia a hacerlo por sí solo, siempre atendiendo a sus posibilidades: lavarse las manos, los dientes, bañarse, vestirse, etcétera. En la escuela, ocurrirá de la misma manera a través de los hábitos que se siguen durante el día.

Del mismo modo que se deben tener en cuenta los cuidados personales, se deberá enseñar todo lo referido al cuidado de las cosas. El orden es el mismo que el anterior: los padres deben hacer las cosas por los hijos y, con el tiempo, se les va dando la responsabilidad para que ellos las hagan solos. En la escuela, se enseñará a tener cuidado del material y de los juguetes, a mantener limpia y ordenada la clase, a ordenar sus pertenencias en el lugar adecuado, etcétera.

Por último, es importante ayudar al niño a desarrollar sus relaciones interpersonales de manera moderada. Para ello, hablaremos de una serie de hábitos que ayudarán a lograr el buen despliegue para con las demás personas. El primero de ellos es el *buen orden*, y siempre partimos del hecho de que los adultos actúan como ejemplo en cuanto a la muestra de las virtudes. Es necesario que les enseñemos a saludar correctamente, a saber estar, a ser agradecidos, a saber escuchar, a relacionarse bien con los demás. Siempre se acompañará al niño en este proceso, felicitándole o corrigiéndole. El siguiente hábito es la *eutrapelia*, que permite la moderación de las actividades lúdicas. En la escuela, en la primera infancia concretamente, debemos procurar dedicar un espacio al juego, ya que es su principal actividad. Sin embargo, les corresponde a los padres la tarea de decidir qué hacer con el tiempo libre. Así, se

puede dedicar un tiempo al juego y otro al desarrollo del deporte o de las artes, siempre distribuyendo el tiempo sin saturarlo de cosas por hacer. El tercer hábito es la *estudiosidad*, que modera el anhelo de conocimiento. En la formación intelectual es sustancial que les enseñemos a determinar un orden en cuanto a la elección de las actividades, para que cuando sean más adultos logren profundizar en aquellos conocimientos que lo encaminen al bien y a la verdad. La *mansedumbre*, modera el apetito de la ira, y es un hábito que requiere del dominio de sí mismo. Durante el crecimiento, el niño vivirá situaciones que le generen frustraciones y esa circunstancia debe ser aprovechada por los adultos para orientarles en sus reacciones y comportamiento. La virtud de la *humildad* es clave en la formación moral, puesto que le permite tener conocimiento sobre sus capacidades y fragilidades. Por este motivo, debemos proponerles actividades en consonancia a sus posibilidades y también aquellas que les crean dificultades, puesto que serán motivo de vivir sus propias limitaciones y aprender que por ello no son menos valiosos. De ahí, la importancia de enseñarles a pedir ayuda a los demás cuando haya situaciones que les presenten obstáculos. Un aspecto central en la formación de la humildad es reconocer que somos gracias a Dios y que los talentos que tenemos son dones recibidos.

Los anteriores hábitos son necesarios para forjar la virtud de la templanza, previos a los que hablaremos a continuación. Desde la infancia hasta la adolescencia, debemos poner hincapié en la formación de los placeres de la comida y la bebida, que tienen que ver con la conservación de la vida. La abstinencia es el hábito de la moderación de la comida, y debemos concretar un horario y orden en cuanto a las comidas. En la escuela, su formación se llevará a cabo durante la hora de la comida, e irá acompañada de la formación en buenos modales y los hábitos de higiene correspondientes. Otro hábito es la sobriedad, que es la moderación de la ingesta de alcohol y debe ser educada desde la infancia.

Finalmente, a la etapa de la juventud le corresponde la moderación de los placeres venéreos, concretamente de las siguientes virtudes: el pudor, la castidad y la continencia. La forja de las virtudes anteriormente explicadas, serán el cimiento de la moderación de los placeres en general para ser vinculados al amor y nunca separados de él, y su educación empezará desde edades tempranas. Desde la escuela, podemos apoyar la labor de los padres mediante una correcta educación afectivo-sexual.

3.3.2. Fortaleza

La Fortaleza: (etimológicamente, del latín *fortis*, “fuerza”, “brío”, “vigor”) consiste en “cierta disposición del alma por la que se afianza en lo que es conforme a la razón frente a cualquier ímpetu pasional o al cansancio de las operaciones” (Tomás de Aquino, I-II, q.61). Es la virtud moral que perfecciona el apetito sensible, concretamente el irascible y, en consecuencia, la voluntad, para que esta no decaiga en la búsqueda del bien arduo o difícil.

Para mejorar la comprensión de esta virtud afrontaremos primero aquello que busca moderar: el apetito sensible. Es el apetito por el que apetecemos lo que de forma sensible conocemos como agradable y, en contra, rechazamos lo que captamos como malo o molesto.

Ante un bien que amamos, pero que es difícil de conseguir, la virtud de la fortaleza permite resistir y actuar con firmeza de ánimo. Por un lado, para impulsar la realización de la obra buena. Por otro lado, para moderar la resistencia a los obstáculos. Esta doble acción, resistir y atacar, es obra de la fortaleza.

En el primer acto – *atacar* –, la persona se pone en marcha mediante acciones concretas que le ayudan a enfrentarse a la situación adversa y, de esta manera, alcanzar los objetivos planteados. En el segundo acto – *resistir* –, la persona hace frente a las situaciones adversas con esfuerzo y sacrificio, manteniéndose tranquilo y animado.

Es necesario considerar el orden de las virtudes en su educación, puesto que el logro de la virtud de la templanza, así como los hábitos que la perfeccionan, será el cimiento para el logro de las demás, en este caso, la que perfecciona el apetito irascible: la fortaleza.

Esta virtud se debe propiciar cuando el niño tiene la capacidad de considerar el bien arduo. Por esta razón, se estima que la edad aproximada es entre los 7 y 14 años. Es en esta edad cuando el niño tendrá la capacidad suficiente para hacer frente a las adversidades y luchar para alcanzar sus metas.

Para la educación de la fortaleza en el aula debemos atender a tres aspectos básicos: el ejemplo, mostrar bienes verdaderos y la confianza. En primer lugar, es necesario que los alumnos tengan ejemplos verdaderos que puedan servir de guía. Estos ejemplos pueden ser reales (como maestros, familiares y compañeros) o ficticios (personajes de libros). En segundo lugar, debemos mostrar bienes verdaderos que aunque sean difíciles de alcanzar, constituyan un esfuerzo y sacrificio para llegar a su consecución. Estos bienes deben proponerse de menos a más en cuanto al interés y

esfuerzo. En tercer lugar, inspirarles confianza, es decir, fomentar que se sientan seguros de sus capacidades y posibilidades.

A partir de estos aspectos, podemos llevar a cabo acciones para que los alumnos desarrollen los hábitos propios de la virtud de la fortaleza, que concretaremos a continuación.

Como hemos visto, la virtud de la fortaleza tiene dos actos: atacar y resistir. En cuanto al primer acto – atacar – se requiere del hábito de la *confianza* o *magnanimidad*, que es el ánimo generoso para emprender las más grandes cosas. Lo trabajaremos mediante actividades que estén acordes a sus capacidades, de esta manera, ganarán confianza. Algunos ejemplos son: potenciar sus intereses y gustos, darles responsabilidades y, finalmente, felicitarles si lo hacen bien y darles recomendaciones si fallan. Es en este momento cuando podrá aprender que si se equivoca, puede volver a intentarlo. Otro hábito necesario es la *magnificencia*, que tiene como punto de partida el anterior hábito, y es la administración de cosas grandes y elevadas en amplia y espléndida disposición de ánimo. Podemos trabajarlo mediante la proposición de retos, que generarán en ellos gran interés y, además, implicarán esfuerzo y sacrificio. Por ejemplo, en este contexto podríamos preguntarles qué harían para ayudar a personas que están en riesgo y necesitan comida. Puede ser una oportunidad para que ellos mismos propongan crear una campaña de recogida de alimentos; será un reto para todos prepararla y llevarla a cabo.

En relación al segundo acto – resistir –, el cual es considerado el más propio de la virtud de la fortaleza, será necesario forjar la virtud de la *paciencia*. El orden a seguir para desarrollarlo será, en primer lugar, ser un ejemplo de paciencia. Es cierto que su temperamento influye en el hábito de la paciencia. Sin embargo, con trabajo y esfuerzo es posible adquirirlo. En segundo lugar, es importante que aprovechemos las diversas situaciones que ocurren en el día a día para darles la posibilidad de hacer un ejercicio de paciencia. Por ejemplo, podemos aprovechar una situación en la que hagamos una salida a un teatro; deberán esperar tranquilos y en silencio a que empiece la función. Antes de realizar la excursión, es importante que les expliquemos cómo deben comportarse y, durante la realización, advertirles si es necesario o felicitarles si lo hacen bien. Otra manera es atender a sus pedidos en el tiempo justo y no cuando ellos lo deseen. Finalmente, podemos hacerlo mediante tareas y trabajos que les encomendemos a los alumnos; como por ejemplo los cargos asignados a cada uno: encargado de las ventanas y luces, del orden de la clase, de escribir los deberes en el calendario, etcétera.

También será necesario el desarrollo de la virtud de la *perseverancia*, que consiste en que la persona sea constante en las actividades y, a pesar de las adversidades y la duración, continuar esforzándose hasta que alcance el fin deseado. Nuevamente, el ejemplo es el primer paso a tener presente; pero, no cualquier ejemplo es válido: es necesario que el maestro sea un ejemplo y que muestre, con su actitud, un trabajo bien hecho y no de cualquier manera. Además, será necesario procurar que los alumnos vivan experiencias concretas que ejerciten el desarrollo de dicha virtud. Un buen ejemplo es la lectura de un libro. Les llevará tiempo y esfuerzo, y a los que les cueste más será motivo de frustración. A pesar de las adversidades, debemos proponerles retos que estén a su alcance. Por este motivo, el primer paso es mostrar y explicar cómo deben hacerlo, después dejar que los alumnos lo hagan individualmente y, finalmente, acompañarlos durante el proceso, cuando surjan dificultades el maestro será el que les ayude a solucionarlas y motivarles a seguir. Este tercer aspecto, está relacionado con la virtud de la *longanimidad*, que consiste en resistir las tristezas de larga duración. Cuando los alumnos tengan dificultades, debemos ayudarles a concretar el problema y examinar la importancia y magnitud que tiene, así como ayudarles a superarlo. De esta manera, será posible resistir la tristeza por posibles problemas que surjan.

3.3.3. Justicia

La Justicia: (del latín *iustitia*, que, a su vez; viene de *ius* —derecho— y significa en su acepción propia “lo justo”) “consiste en cierta rectitud del alma por la que el hombre obra lo que debe en cualquier materia” (Tomás de Aquino, I-II, q.61). Es la virtud que perfecciona el apetito superior o la voluntad. La justicia es el modo de conducta según el cual un hombre, movido por una voluntad constante e inalterable, da a cada cual su derecho. Este hecho, tal y como enseña santo Tomás, supone la existencia anterior de un derecho, “si no se da por supuesta la existencia anterior de un algo que le sea debido a alguien, no puede darse deber de justicia alguno” (Pieper, 2010, p.90).

El Aquinate afirma que cuando más expresa el hombre su verdadera esencia es cuando es justo. Entre las virtudes que reciben la denominación de morales, a saber: justicia, fortaleza y templanza. La virtud suprema es la justicia pues tal y como afirma Pieper (2010, p.113): “el hombre que mejor se merece ser llamado bueno es el justo”. En la Suma Teológica se desvela un distintivo peculiar de la virtud de la justicia puesto que tal y como dice Pieper: “tiene por misión ordenar al hombre en lo que dice relación al otro; ... mientras que las demás virtudes se limitan a perfeccionar al ser humano

exclusivamente en aquello que le conviene cuando se lo considera tan solo en sí mismo” (Pieper, 2010, p.92).

Podemos afirmar entonces que la justicia implica una referencia al otro (*iustitia est ad alterum*), es decir, que considera en todo momento la relación con las demás personas.

Como ya hemos dicho, la justicia es una virtud que modera la voluntad o apetito racional, por el que la persona tiende a hacer el bien que la razón le muestra. Por esta razón, se requiere que la persona tenga cierta madurez, que le ayude a comprender la realidad, más allá de lo puramente sensible. Si bien es cierto que se debe educar desde edades tempranas mediante el ejemplo de los adultos y la rectificación del apetito concupiscible e irascible, se estima que cuando el niño tiene la capacidad de hacer ejercicio de la razón, se debe prestar mayor atención al desarrollo de la virtud de la justicia.

La justicia es una virtud que se vive principalmente en el seno de la familia, puesto que el niño experimenta ser objeto de un amor de donación que le permite darse cuenta de su dignidad y la necesidad de sus padres para alcanzar ser quien es. Esta experiencia de amor, hará que el niño logre actuar con ese mismo amor y de manera justa hacia los demás. Es evidente que la virtud de la justicia se adquiere en el seno de la familia, bajo la acción amorosa y justa de los padres. Pero desde la escuela es necesario que acompañemos este proceso, A continuación, veremos tres factores que ayudarán en dicha tarea.

En primer lugar, es indispensable la vivencia de la justicia por medio del ejemplo. En la escuela esto se hace evidente a través de la figura del maestro. La vivencia de esta virtud se hará posible en el niño viendo los siguientes ejemplos de actuación por parte del maestro: siendo justo en el trato equitativo que deben tener todos los alumnos siempre considerando las peculiaridades y distinciones de cada uno, siendo justo en los castigos impuestos así como en los premios, ayudando a que los alumnos se traten de manera justa, etcétera.

En la escuela, no solo se cuenta con el ejemplo del maestro, sino que las artes y, en concreto la literatura, son el modo idóneo de educar el carácter, a través del ejemplo de los personajes y las virtudes que encarnan. Más adelante, ejemplificaremos esta idea en la propuesta literaria en la que los personajes muestran ejercer dichas virtudes, así como situaciones en las que no lo hacen. De esta manera, podremos poner ante los ojos de los niños una realidad que aparentemente es ficticia, pero que realmente nos desvela actos propios de la conducta humana, actos en los que pueden verse reflejados, que llevan a la virtud o al vicio.

En segundo lugar, otro aspecto a tener en cuenta es que en el desarrollo de la virtud de la justicia son necesarias las leyes, es decir, unas normas de convivencia que procuren un ambiente de armonía donde cada persona pueda desplegar su ser. En la escuela, es recomendable que estas normas sean dispuestas entre toda la clase. Por ejemplo: respetar a todas las personas, tanto a los maestros y adultos como a los compañeros y respetar las pertenencias de los demás, normas que se expresan en acciones como no utilizar algo sin permiso de su dueño, no romper las cosas, no hacer ruido mientras los compañeros leen o realizan un examen, respetar el turno de palabra, etcétera.

Para que esto sea posible es necesario el acompañamiento por parte del maestro, puesto que su figura es clave para ayudar a que los niños actúen de manera justa de dos modos. Por un lado, cuando no lo hagan, deberá intervenir para manifestar que una acción no ha sido justa y, por ende, la necesidad de rectificar dicha acción y si fuera necesario pedir perdón. Por otro lado, cuando actúen de manera justa, felicitar dicha acción y mostrar el ejemplo a los demás compañeros.

En tercer lugar, para educar la virtud de la justicia es necesario que se forme en otras virtudes a saber: *religión, piedad, observancia, gratitud, veracidad, vindicación, liberalidad y afabilidad*; estas virtudes serán el cimiento de una persona verdaderamente justa, capaz de dar a cada cual lo que le corresponde, considerar la dignidad de toda persona humana y relacionarse con los demás, respondiendo al deseo de encuentro que está inscrito en el corazón humano.

3.3.4. Prudencia

La prudencia consiste en "cierta rectitud de discreción en toda clase de actos y de materias" (Tomá de Aquino, I-II, q.61). Santo Tomás afirma que la prudencia es la "madre" y el fundamento de las restantes virtudes cardinales: justicia, fortaleza y templanza. Josef Pieper dice que "solo aquel que es prudente puede ser, por añadidura justo, fuerte y templado; y que si el hombre bueno es tal, lo es merced a su prudencia" (Pieper, 2010, p.33).

Por lo tanto, para llegar a ser una persona virtuosa, el punto de partida es el desarrollo de la prudencia, que como hemos visto pertenece a la "facultad cognoscitiva (...) y radica propiamente en el entendimiento" (Tomás de Aquino, I-II, q.47), pues la razón, perfeccionada por el conocimiento de la verdad, informa y plasma internamente el querer y el obrar del ser humano. De este modo, la virtud de la prudencia se denomina "preceptiva", en tanto que "hay que amar y practicar el bien" (Pieper, 2010, p.38).

La importancia de la adquisición y el ejercicio de la prudencia son de suma importancia en la consecución de la felicidad. Según Santo Tomás, el fin es la primera de las causas y la persona humana está ordenada a este fin. Dice Mercedes Palet (2007, p.52) citando a Abelardo Lobato:

En vistas a este fin definitivo, al hombre se le ha dado una estructura apta para la contemplación, fundamentalmente destinada al encuentro interpersonal, por medio de las relaciones propias de los sujetos espirituales, la del diálogo y la del amor: el diálogo para comunicar en la verdad, el amor para comunicar en el bien.

Si bien es cierto que la Prudencia, por ser una virtud moral, se iniciará en la familia, es importante que también se eduque en la escuela. Dice Santo Tomás con mucha claridad que la Prudencia no es una virtud innata sino que “proviene de la educación y la experiencia” (Tomás de Aquino, II-II, q.47).

Para la consecución de esta virtud, será esencial centrarnos en dos elementos: el conocimiento y la experiencia. En primer lugar, la prudencia como conocimiento de la realidad. Sin embargo, no solo es un saber sino que “lo esencial para ella es que este saber de la realidad sea transformado en imperio prudente, que inmediatamente se consuma en acción” (Pieper, 2010, p.40). Damos paso, pues, al segundo elemento: la prudencia como experiencia, que es causada a través de la repetición de actos y la necesidad de la experiencia y del tiempo. Respecto a lo cual, dice Mercedes Palet: “La experiencia en la que la prudencia se fundamenta y la única que puede perfeccionarla como conocimiento de la realidad presenta el requisito de una actitud silenciosa, humilde y atenta de expectación ante la realidad” (Palet, 2007, p.56).

En cuanto a la educación de la prudencia, centrándonos en el ámbito del conocimiento, Santo Tomás distingue tres momentos para que el conocimiento de la realidad se transforme en medida del obrar.

En primer lugar, el conocimiento en sí mismo, del cual participan la memoria (si se refiere a cosas pasadas) y la inteligencia (si se refiere a cosas presentes). En cuanto a su educación, es fundamental que les acompañemos en la experiencia del conocimiento de la realidad, puesto que este conocimiento se tornará en memoria, como fidelidad a esta realidad anteriormente conocida. Por esta razón, es de suma importancia trabajar la memoria en el aula, ya que será un medio para que los alumnos adquieran la capacidad de guardar y conservar hechos reales con objetividad. Este acto de conservación será fundamental como requisito de perfección de la prudencia. Les podemos ayudar mediante los cuatro procedimientos que santo Tomás propone: asociando, es decir, buscando semejanzas con las cosas que intentamos recordar; organizando debidamente las cosas que se pretenden conservar en la memoria;

poniendo interés y amor en aquello que queremos recordar y pensando con frecuencia en aquello que queremos recordar.

En segundo lugar, la adquisición del conocimiento, que se da a través de la inteligencia o entendimiento. Sin embargo, santo Tomás dice que "en las cosas que atañen a la prudencia nadie hay que se baste a sí mismo" (Tomás de Aquino, II-II, q.49). Es por este motivo que para conocer, necesitamos *docilitas*, es decir, "el saber-dejarse-decir-algo" (Pieper, 2010, p.49), una aptitud propia del niño que quiere recibir la verdad que acontece en el mundo. La docilidad se fundamenta en el silencio y la humildad expectantes (Palet, 2007, p.13). Para que esta virtud se desarrolle es necesario el esfuerzo humano. Por esta razón, debemos insistir en que los alumnos se esfuercen en sus tareas, en el deporte, en la relación con sus familiares y amigos; todo ello contribuirá a practicar el esforzarse por aquello que estiman como bueno para ellos.

Pero no solo debemos centrarnos en el esfuerzo, sino que debemos educar en el asombro. Tal y como decía Chesterton, en relación al asombro innato de los niños:

Los sabios más profundos no han alcanzado nunca la gravedad que habita en los ojos de un bebé de tres meses. Es la gravedad de su asombro ante el Universo. En cada niño, todas las cosas del mundo son hechas de nuevo y el Universo se pone de nuevo a prueba. Cuando paseamos por la calle y vemos debajo de nosotros esas deliciosas cabezas, deberíamos recordar que dentro de cada una hay un Universo recién estrenado, como lo fue el séptimo día de la creación. En cada uno de esos orbes hay un sistema nuevo de estrellas, hierba nueva, ciudades nuevas, un mar nuevo...

Los alumnos se asombran ante la realidad por el hecho de que exista. El asombro es el medio para trascender lo cotidiano y lo que posibilita una actitud de humildad y agradecimiento. Cuando el alumno vea que el maestro busca lo bueno y verdadero para él, dirigirá una especial atención a sus enseñanzas y consejos.

En tercer lugar, el uso del conocimiento en cuanto a que las cosas que conocemos nos llevan a conocer y juzgar otras, tarea que corresponde a la razón. Para practicar esta virtud, será necesario que les ayudemos a razonar, a pensar. Una manera de hacerlo es mediante la facultad de la providencia o la previsión, que permitirá adquirir la capacidad de determinar si ciertas acciones o hechos, conducen al fin deseado o propuesto. Virtud que recibe la asistencia de la circunspección y de la precaución, que ayudarán a descubrir si una acción es adecuada al fin y evitar los males. Podemos empezar desde razonamientos más simples, como es el caso de organizar el estudio de un examen. En primer lugar, se debe prever con anterioridad el estudio. En segundo lugar, planificar las sesiones y el contenido del estudio y comprobar si lo que están estudiando se corresponde con el fin que persiguen. Finalmente, evitar posibles males, como por ejemplo: distracciones, despistes o debilidad de ánimo.

4. La educación de las virtudes a través de la palabra

Después de haber analizado en profundidad la educación de las virtudes en el ámbito escolar, centrándonos en la formación intelectual y moral de manera teórica, creemos que es necesario hacernos la siguiente pregunta: ¿Cómo podemos llevar a cabo la educación moral en el aula?

Como vimos al principio de este trabajo, el punto del que partimos es la *emergencia educativa*, una crisis que tiene como consecuencia una mayor dificultad para transmitir los valores que dan sentido a la vida. Debido a esta cuestión, entre otras, no existe un consenso en la formación del carácter de los alumnos. Por esta razón, creemos que es vital ofrecer una respuesta al gran reto que se nos presenta en la actualidad.

En este último capítulo, se plantea una propuesta metodológica para la educación de las virtudes en el aula a través de la palabra: literatura y cine. En primer lugar, presentaremos el método neoaristotélico o mimético – catártico, que es el fundamento de la propuesta. En segundo lugar, conoceremos la obra escogida y las razones de su elección. Finalmente, presentaremos la propuesta literaria y cinematográfica, que se encontrará en el apéndice.

4.1. El método neoaristotélico o mimético-catártico

Como maestros, nuestra tarea es llegar al corazón del niño y, para ello, se ha pensado lograrlo a través del potencial de la literatura y el cine como herramientas formativas. De este modo, presentamos el método neoaristotélico o mimético-catártico, que tiene como punto de partida la reflexión llevada a cabo por Aristóteles en la Poética, y a su vez tiene como origen la educación arcaica griega.

El ideal de formación de la educación griega lo encontramos en la *paideia*, término que significa, en sentido estricto, formación. Sin embargo, también integra aspectos de lo que actualmente conocemos como cultura, literatura, educación, etcétera. Homero es el primer gran educador de Grecia y padre de la *paideia homérica*, que representa la base fundamental de la tradición clásica. Es un tipo de educación oral, fundada en la escucha de las narraciones de la Ilíada y la Odisea que tiene como objetivo el ideal de la *areté* heroica, el ideal del héroe o del caballero. Este tipo de educación muestra la capacidad que tienen la literatura para mover el deseo de imitar al héroe o al caballero.

En lo que se refiere a este trabajo, nos centraremos en dos conceptos: mimesis y catarsis. En primer lugar, mimesis se traduce como “imitación” y describe el hecho de que la obra de arte, en este caso la literatura, imita o refleja la realidad y, de este modo, se convierte en un método de conocimiento. En otras palabras, la visión clásica nos presenta la obra literaria como una mimesis de la realidad y, por ende, como un medio para conocerla. Dice Aristóteles que imitar es algo connatural en el hombre, que se produce de manera espontánea desde la infancia y esta actividad resulta agradable y placentera para el niño. Como consecuencia, el acto de imitar tiene el potencial de emular el vicio y la virtud.

En segundo lugar, catarsis se traduce como “purificación” y expresa el potencial de la obra literaria como medio en el receptor para repudiar el vicio e imitar la virtud. Así, el lector, al identificarse con el personaje puede experimentar en la misma persona tanto sus acciones como las consecuencias. Por consiguiente, se manifestará en él el deseo de imitar la acción virtuosa. Sin embargo, no solo por las consecuencias del vicio, sino que también y fundamentalmente porque se dejará cautivar por la virtud.

Como hemos visto, la literatura tiene el potencial de poner palabras al deseo natural de realizar el bien que está en toda persona humana, conformando una inclinación hacia la virtud. Para ver lo anteriormente expuesto, haremos una breve referencia al libro de *Pinocho*, escrito por Carlo Collodi. En el cuento, el niño es capaz de identificar claramente las actitudes virtuosas y las viciosas. Pinocho será atrapado por un titiritero al preferir ir al teatro en lugar de al colegio, después será engañado por unos ladrones que le robarán el dinero obtenido luego de actuar como títere y, finalmente, decidirá ir a jugar con un grupo de niños convirtiéndose en burro en vez de ir a buscar a su padre, que lo estaba buscando incesantemente. Pinocho deberá aprender a obedecer, a ser responsable y a decir la verdad. Sin embargo, para llegar hasta ahí recorrerá un largo camino. Este camino pondrá de manifiesto actitudes viciosas, que mostrarán las consecuencias de sus actos y actitudes virtuosas, que moverán el deseo de perfección que reside naturalmente en el niño, logrando rechazar el vicio y adherirse a la virtud.

4.2.El Señor de los Anillos: La vida, una lucha para vencer el mal

Siguiendo el esquema planteado en el trabajo, cabe preguntarse qué tipo de literatura debemos ofrecer a los alumnos. En efecto, no toda literatura es recomendable. Creemos que la siguiente propuesta puede lograr “mover el alma” de los alumnos, mostrando ejemplos de actitudes virtuosas que lograrán mover el deseo de perfección que está naturalmente en el niño.

La obra literaria escogida es *El Señor de los Anillos*, escrita por J. R. R. Tolkien. Sin embargo, la obra completa es inabarcable para alumnos de ciclo superior y, por esta razón, se ha realizado una propuesta de fragmentos. Además, la lectura de estos fragmentos se acompañará del visionado de escenas de la película que, a pesar de no ser totalmente fieles a los libros, pueden ser útiles para mostrar aspectos en los que queramos insistir.

4.2.1. Presentación

El Señor de los Anillos fue escrito entre 1954 y 1955. A pesar de su contemporaneidad, creemos que es un clásico de la literatura universal y que constituye una lectura recomendada desde el ámbito literario por diversos motivos. En primer lugar, Tolkien es un gran apasionado por la filología y esto se hace patente en que es un libro muy bien escrito. En segundo lugar, es una obra que se caracteriza por un contenido muy rico, en el que destacan las simbologías. Esta riqueza se debe a una de las influencias principales en su obra: el catolicismo, su fe. *El Señor de los Anillos* y, por extensión la mitología de Tolkien, es una obra catequética, que contiene en sus páginas el anuncio explícito del Evangelio. En tercer lugar, es una obra considerada de ficción y fantasía, influencia que se debe a su gusto por la mitología nórdica. Sin embargo, bajo la ficción, encierra verdades muy profundas.

Ahora veamos la relación entre el planteamiento del método neoaristotélico y la obra de *El Señor de los Anillos*. Por un lado, la mimesis describe el potencial de conocimiento de la obra literaria. *El Señor de los Anillos* es considerado un libro de fantasía y muchos pueden discrepar al pensar que esta obra pueda ser fiel reflejo de la realidad. Sin embargo, la ficción no es contraria a la realidad. La fantasía nos proporciona el medio para desvelar la verdad, contenida en la historia. Tolkien entiende la fantasía, considerándola como el canal de comunicación más adecuado para transmitir realidades espirituales profundas difícilmente abarcables por un lenguaje solamente racional. Más adelante comprenderemos cómo al escribir la obra hizo que estas encarnasen una profunda verdad. En definitiva, cuando el niño lea la obra, esta no solamente constituirá un medio para fomentar el hábito lector, sino que de ella aprenderá cosas sobre el obrar humano, tal y como dice Paul Ricoeur. Diego Blanco cita a Tolkien dando razón del concepto de aplicabilidad que propone en sus escritos (Blanco Alvaroba, 2016, p.43):

Detesto cordialmente la alegoría en todas sus manifestaciones, y siempre me ha parecido así desde que me hice bastante viejo y cauteloso como para detectarla. Prefiero la historia, auténtica o inventada, de variada aplicabilidad al pensamiento y experiencia de los lectores. Pienso que muchos confunden 'aplicabilidad' con alegoría; pero la primera reside en la libertad del lector, y la otra en un pretendido dominio del autor.

Por otro lado, la catarsis representa el potencial pedagógico de la obra literaria. El Señor de los Anillos es un libro que se fundamenta en la lucha del bien para vencer al mal. En la obra encontramos personajes que están sometidos al mal y personajes que, a pesar de su condición, luchan por el bien. De esta manera, les proponemos modelos positivos y negativos de conducta. Los alumnos podrán experimentar en la carne de los personajes sus acciones y, de este modo, se manifestará en ellos el deseo de imitar las buenas acciones, es decir, la virtud, rechazando las malas acciones y, por ende, el vicio.

4.2.2. Propuesta literaria y cinematográfica

El Señor de los Anillos nos muestra que el camino de la vida es igual al viaje hacia Mordor para destruir el Anillo. La educación de la virtud será necesaria para que el hombre pueda alcanzar el fin para el que ha sido creado. En esta obra, vemos con claridad cómo los personajes de la obra encarnan virtudes intelectuales, morales y teologales. Es precisamente el hombre que busca la virtud el que logra ponerse en camino. Sin embargo, no solo es necesaria la virtud sino que el hombre necesita la Gracia de Dios, puesto que eleva la naturaleza humana. En definitiva, esta obra combina a la perfección la educación de las virtudes y la educación de la trascendencia. Al fin y al cabo, El Señor de los Anillos invita a vivir una aventura donde el protagonista es el lector.

Los criterios que han servido para la elección y elaboración de la propuesta metodológica son los siguientes:

En primer lugar, la elección de estos fragmentos es personal; basándonos en el interés que puede suscitar la temática en los alumnos. Sin embargo, se podrían escoger muchos otros fragmentos, puesto que es una obra muy rica. Es necesario explicar a los alumnos que la obra es muy extensa y que, paralelamente a la lectura que realicen, estarán sucediendo episodios que no habrán leído.

En segundo lugar, se atiende a la edad de los alumnos y el grado de comprensión. Se han escogido una serie de fragmentos que son abarcables para su edad y con un sentido preciso, puesto que queremos educar una serie de virtudes concretas. Las

virtudes que se muestran son aquellas que queremos que conozcan y practiquen: las virtudes cardinales.

En tercer lugar, dada la extensión de la obra, se ha escogido un hilo conductor, que se concreta en el personaje de Frodo. Frodo es un joven que a lo largo de la obra sufre un gran cambio positivo. De esta manera, los alumnos podrán sentirse identificados con él y acompañarlo en la aventura. También, aparecen otros personajes que son ejemplos positivos y otros que por el contrario son ejemplos negativos. Ambos serán necesarios bajo el planteamiento mimético-catártico.

En cuarto lugar, en relación a la finalidad, no solo queremos llevar a cabo una formación del carácter sino también la formación intelectual de nuestros alumnos. Actualmente, la mayoría de los alumnos leen muy poco y si leen son libros que son insuficientes. Es una gran oportunidad para fomentar el hábito lector. Estos fragmentos les invitan a leer la obra completa a lo largo de su vida y, si cabe la posibilidad, obras del mismo autor que tengan relación, como por ejemplo El Hobbit.

La metodología propuesta se compone de la lectura de los fragmentos y visión de fragmentos de la película y, finalmente, una reflexión posterior a la lectura, en la que se incidirá en la formación del carácter. Los textos y los videos propuestos se encuentran en el apéndice.

La propuesta consta de tres conjuntos de fragmentos que son los siguientes:

Primera parte: El Anillo

Texto 1: ¡Ponte en camino!

Segunda parte: La Comunidad del Anillo

Texto 1: El Concilio de Elrond I

Texto 2: El Concilio de Elrond II

Texto 3: La Comunidad del Anillo

Texto 4: El viaje de la Comunidad

Tercera parte: Rumbo a Mordor

Texto 1: ¿Quién me mostrará el camino?

Texto 2: Gollum, la respuesta

Texto 3: La última etapa

A continuación damos paso a la justificación de los fragmentos escogidos, en la que se podrá encontrar la explicación del fragmento y las razones de su elección, así como los aspectos en los que se debe insistir o detalles que queremos remarcar.

Primera parte: El Anillo

En esta primera parte será necesario contextualizar a los alumnos el fragmento propuesto. Por esta razón, se les ofrecerá un resumen que les ayudará a entender qué está sucediendo.

En este fragmento titulado: “¡Ponte en camino!” vemos que Frodo ha heredado de su tío Bilbo un anillo y mantiene una conversación con Gandalf sobre su poder. En el libro se dirá más adelante acerca del anillo: “¿No es un extraño destino tener que sobrellevar tantos miedos y recelos por una cosa tan pequeña? ¡Una cosa tan pequeña!”. En efecto, el anillo parece algo pequeño e insignificante a primera vista, pero en él reside la idea clave de El Señor de los Anillos. ¿Qué es este anillo? Es un anillo ordinario, liso y sin adornos. ¿Para qué sirve? Es un objeto que tiene la capacidad de volver invisible al que se lo pone. Este hecho, no parece ser llamativo a priori por los que piensan que el libro pertenece al género fantástico. Sin embargo, en este poder radica su capacidad de dominio. Hay numerosas interpretaciones sobre el Anillo. Sin embargo, tras una extensa investigación Diego Blanco (2016, p.56) afirmará:

El Anillo es el arma del Enemigo, forjada con sus propias manos. El arma que le fue arrebatada hace mucho tiempo y que ahora anhela recuperar por todos los medios que estén al alcance de su voluntad. Lo necesita para adquirir el poder y los conocimientos suficientes para vencer toda resistencia, derribar las últimas defensas y cubrir todas las tierras con una segunda oscuridad. No necesita ni adornos ni un poder más espectacular. Al forjar el Anillo, el Enemigo depositó en él la médula de su poder y tanto su aspecto como capacidad fueron cuidadosamente planeados desde el principio para que pudiera servir adecuadamente a sus planes.

Si observamos detenidamente el texto nos fijaremos en que el Anillo lleva grabada una inscripción que dice: “Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos, un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas”.

Como hemos dicho, el Anillo es el arma del Enemigo. “Atarlos en las tinieblas” simboliza que la obra del Enemigo es sostener al hombre bajo su voluntad, ya que lo odia y lo envidia puesto que es una criatura amada por Dios. Su misión es infundir miedo en el hombre, miedo a la muerte. Para los niños, una afirmación de relevancia ontológica como esta, quizá no tenga sentido aún pero si concretamos lo

anteriormente expuesto, se extiende a todo aquello que tenga poder de hacernos sufrir, ya que, de algún modo, eso nos "mata".

Desde los principios de la historia hasta la contemporaneidad y, precisamente en la pandemia mundial estamos viviendo, es muy acertado el juicio que emite Tolkien sobre el hombre: el miedo al sufrimiento. No entendemos que el sufrimiento tenga sentido. El Anillo te hace escapar del sufrimiento y, por eso, es tan atrayente. Todos los personajes de la obra sufrirán la misma tentación. El Anillo tiene la capacidad de mostrar tu vida de un modo totalmente distinto a como es en realidad, experimentando una especie de felicidad. De ahí, que el Anillo será lo más deseado, codiciado, buscado... Al fin, ¡será tu tesoro! Una frase del Evangelio dice: "Donde está tu tesoro, ahí estará también tu corazón" (Mt 6, 21). Efectivamente, si el Anillo se convierte en tu tesoro, estarás entregado tu corazón al Enemigo.

Sin embargo, como dirá Sam "todas esas visiones son una trampa", puesto que te hacen vivir una vida que no es verdad. El Enemigo desea que reneguemos de Dios, de nuestra vida. La única solución será destruir el Anillo, porque el miedo a sufrir es un problema tan persistente que es imposible omitirlo. En la obra, el autor jamás emite un juicio moral negativo sobre los que sucumben al poder del Anillo, ya que sabe que la culpa es del miedo, del Enemigo. Pero, hay esperanza. Dice Blanco Alvaroba (2016, p.69):

Jesucristo ha arrebatado al Enemigo ese poder y ha humillado a la muerte en su resurrección, dándonos la capacidad de poder amar como él nos ha amado. Pero para llegar a amar así, es necesario ponerse en camino. Hay que destruir el Anillo.

¿Qué relación tiene este fragmento de la obra con los alumnos? ¿Por qué vale la pena leerlo? Es el momento de definir los puntos en que debemos insistir en la lectura de los fragmentos. Como ya mencionamos anteriormente, el Señor de los Anillos es una obra muy extensa y, por este motivo, es imposible leerla en ciclo superior. Ante todo, estos niños son personas y, como tal, hombres nacidos con el pecado original, que como consecuencia llevarán implícito el miedo. Desde que nacemos, necesitamos que nuestros padres nos cuiden, nos alimenten, nos enseñen... En definitiva, necesitamos ser amados. Todos experimentamos ese miedo del que hablábamos anteriormente. Mediante este fragmento de la obra, los alumnos podrán ver a través de los personajes, su propia naturaleza: hombres débiles, contingentes y necesitados de la Gracia de Dios y de la educación en la fortaleza.

Todos los alumnos tendrán la posibilidad de imaginar ser invisibles y plantearse qué harían con ese poder. Seguramente, uno de los primeros pensamientos que se les ocurrirían sería utilizarlo para librarse de un castigo. A medida que comprendan el

poder que encierra el Anillo, imaginarían poder utilizarlo para escapar de sus primeras frustraciones: con su familia, con sus amigos, con su físico, con los estudios, el deporte... Más adelante, habituados a ponerse el Anillo, siendo ya adolescentes, imaginarían escapar de la realidad mediante el deporte, la sexualidad, el alcohol o las drogas. Tal y como se ve en la obra, el Anillo te aparta de la realidad como a Gollum, haciéndote buscar la felicidad y no encontrándola en nada.

Este fragmento de la obra es vital para comprender la obra en profundidad. Sin él, no podremos entender los siguientes fragmentos que se proponen. Nos permitirá acercarnos a la realidad, una realidad que, en ocasiones, no es como nos imaginamos. Una realidad en que sufrimos, que nos permite ver la existencia del mal en el mundo. De ahí, que se pongan en juego las grandes preguntas acerca de la vida y nos pongamos en camino.

Pero ¿qué quiere decir ponerse en camino? Frodo, en compañía de tres hobbits, tendrá que salir de su tierra, emprender el viaje. Frodo es uno de los personajes que aparece en la obra de El Señor de los Anillos y pertenece a la raza de los hobbits. Los hobbits son parecidos a los hombres pero de mediana estatura. Viven en la Comarca y asientan su vida sobre la paz y la tranquilidad. Es por eso que no existen grandes crónicas, gestas o hazañas sobre ellos. Los demás pueblos de la Tierra Media desconocen su existencia. Sin embargo, lo que no saben es que esa tranquilidad en la que viven es gracias a otros que velan por ellos. Pero en estos últimos tiempos una sombra oscura vuelve a alzarse y unos pequeños hobbits deberán enfrentarse a la verdad. En un principio, no creen que se jueguen la vida en una batalla entre el bien y el mal, aunque acabarán siendo protagonistas de su propia aventura y paradójicamente indispensables para la destrucción del Anillo.

Tolkien se definía a sí mismo como un hobbit y, mediante la figura de estos pequeños, quiere hacernos ver que nuestro concepto de felicidad quizá sea insuficiente. La vida es una batalla. Los hobbits tendrán que dejar a un lado su vida y ponerse en camino. Esto se extiende a cada uno de nosotros, todos tenemos una lucha particular con el Anillo. Si bien, no todos conocemos esta realidad. Por eso, necesitamos que alguien nos desvele la realidad. De ahí que exista Gandalf, un personaje llamado por Tolkien "el enemigo de Sauron". Es el enemigo del mal, enviado por Dios para combatirlo. No nos podemos detener demasiado en detalles, a pesar de ello es necesario conocer que Gandalf es la imagen de la Iglesia.

Gandalf vuelve a la Comarca para comunicar un anuncio personal a Frodo, una invitación a salir: "Deberás salir de tu tierra, Frodo". Le explica la naturaleza del Anillo y su poder y narra la historia de cómo le fue arrebatado al Enemigo por un mortal. De

este modo, Gandalf le estará proclamando el acontecimiento Pascual: Cristo ha vencido a la muerte, o lo que es lo mismo, al miedo, mediante su cruz y Resurrección.

El fragmento escogido acaba con la respuesta de Frodo ante la noticia de Gandalf: "¡Este anillo! - farfulló -. ¿Cómo diablos vino a mí?". Es algo intencionado, queremos que los alumnos se hagan esta pregunta, que en el fondo es como decir ¿Por qué yo? Les invitamos a ponerse en camino; es una llamada a la conversión. Estamos llamados a conocer la Verdad, y esa Verdad nos hará libres. La salida de Frodo, al igual que la vida, es el inicio de la aventura del camino de la vida; el protagonista es el lector⁹. Como dice el Señor de los Anillos: "Hay que destruir el Anillo antes de que él te destruya a ti".

Segunda parte: La Comunidad del Anillo

En este conjunto de textos se pretende mostrar la virtud de fortaleza y sus dos movimientos: atacar y resistir. También, observaremos las virtudes que encarna Frodo: magnanimidad, pues se enfrenta a las más grandes cosas; coraje, puesto que tiene la valentía de ofrecerse voluntario para portar el Anillo Único y humildad, ya que reconoce su condición de debilidad. Frodo se presenta para llevar el Anillo, pero esto no quiere decir que lo haga solo. Gandalf le dirá: "Yo te ayudaré a llevar esa carga". Le acompañará en su destino la Comunidad del Anillo, formada por cuatro hobbits (Frodo, Sam, Merry y Pippin), un mago (Gandalf), dos hombres (Aragorn y Boromir), un elfo (Legolas) y un enano (Gimli). Estos personajes serán los que se pongan en camino para destruir el anillo. No nos podemos detener mucho en la descripción de los miembros de la Comunidad del Anillo. Sin embargo, cabe destacar que los personajes que le acompañan muestran diversas virtudes que también será interesante comentar tras la lectura. Es de gran importancia la simbología de cada uno de estos personajes. Gandalf es el enviado a la Tierra para combatir el mal y, por esta razón, a lo largo de la obra veremos que encarna todas las virtudes morales: templanza, fortaleza, justicia y prudencia.

Por el contrario, podremos ver ejemplos negativos en la carne de los personajes que están sometidos al mal: Sauron: un mago que ha sucumbido al mal y ahora es discípulo de Morgoth en la Tierra Media; un Balrog: un espíritu terrible, siervo del Enemigo; los Nazgûl: nueve esclavos de los nueve anillos que Sauron les entregó cuando aun eran hombres y que corrompidos por el Anillo se convirtieron en los siervos del Enemigo y los orcos y los trolls, criaturas creadas para hacer el mal.

Esta serie de fragmentos empieza en Rivendel, donde se convoca el Concilio de Elrond, al que acuden personajes de todos los rincones de la Tierra Media a pedir

consejo sin haber sido convocados por Elrond. Aquí empieza el texto que recibe el nombre de "El Concilio de Elrond I". El Concilio se celebra para tratar el problema fundamental al que se enfrentan: ¿Qué hacer con el Anillo? "Nuestra tarea aquí no es pensar en una estación, o en unas pocas generaciones de hombres, o en una época pasajera del mundo. Tenemos que buscar un fin definitivo a esta amenaza" (El Señor de los Anillos, «El concilio de Elrond»).

Para encontrar respuesta y lograr ver el alcance del peligro que el Anillo supone, Elrond dice volver a la raíz del problema y explicar la historia del Anillo desde el inicio hasta el presente. En el conjunto de textos, se ha decidido no añadir esta parte porque es un relato muy extenso. Por esta razón, les resumiremos la narración en un breve resumen.

En el texto llamado "El Concilio de Elrond II" se llega a la conclusión de que deben destruir el Anillo y se da paso a la siguiente cuestión: ¿quién lo llevará hasta Mordor? Frodo, sintiendo un gran temor, se ofreció voluntario para llevar el Anillo, siendo consciente de su debilidad y sin saber cómo. Es necesario destacar que para los alumnos será un claro ejemplo de magnanimidad, coraje y humildad en el que podrán verse reflejados ante posibles temores que tengan, invitándoles a enfrentarse como lo hará este pequeño hobbit. Además, es una oportunidad para descubrir que hay que destruir el Anillo en cada persona y arrojarlo al fuego para acabar con la maligna obra que realiza en cada uno de nosotros.

En el texto "La Comunidad del Anillo", se escogen a los componentes de esta. Como ya mencionamos anteriormente, estará formada por nueve representantes de los pueblos libres, para combatir a los nueve siervos del Enemigo. Personajes que no serán grandes señores, sino personas normales bajo la guía de Gandalf. Cada uno llegará hasta donde pueda. En este fragmento, los alumnos podrán ver que las grandes misiones no están hechas para grandes personas, sino que cada persona está llamada a vivir su propia aventura. Este texto le dice al lector: ¡tú eres el protagonista de tu vida! Debes enfrentarte al mal, acabar con el Anillo de una vez por todas y arrojar al "hombre viejo" al abismo. Se entenderá el sentido de este anuncio más adelante.

La Comunidad parte en una noche oscura, un 25 de diciembre frío y gris, sin ser notada. Esa misma fecha celebramos que Dios se ha hecho hombre para salvarnos de la muerte. El que quiera entender, que lo entienda. Cada uno ha recibido una llamada. La Comunidad del Anillo tiene por misión salvar el mundo, precisamente a causa de su debilidad. El Enemigo es incapaz de imaginar que este grupo de personajes puedan destruir el Anillo; esta será su fuerza.

Parece ser que Tolkien quisiera enseñarnos la importancia del camino, de ponerse en camino. El actual Papa Francisco, siendo cardenal de Buenos Aires, dirigiéndose a las comunidades educativas dijo: "Caminar es el medio por el cual puede conocerse el drama que se libra entre el bien y el mal en un mundo amenazado por la oscuridad". En la primera noche de viaje, la Comunidad del Anillo se dará cuenta de que la búsqueda de la felicidad está en el camino hacia Mordor. ¿Qué les puede enseñar esto a los niños? Sencillamente que a medida que crecen, las cosas ya no les satisfarán como antes lo hacían, y es más, como nunca les satisficieron. Parece algo oscuro, como la noche que vive la Comunidad, porque entonces ¿qué me podrá satisfacer? Dice Blanco Alvaroba (2016, p.211): "el camino a Mordor es un camino de humildad para renovar el bautismo arrojando el Anillo en las aguas de la muerte transformadas por Jesucristo en este río de agua de la vida y salir resucitados con Él".

El viaje de la Comunidad será muy difícil. Cabe destacar la importancia de sus miembros. Los hobbits parecen ser un lastre para los demás, son pequeños y débiles. En una ocasión, Aragorn, Boromir y Legolas deberán cargar con ellos. La Comunidad debe retroceder para que cada miembro esté a salvo. Es cierto que sin ellos, los demás miembros podrían haber continuado el camino. Pero precisamente un hobbit, Frodo, lleva colgado al cuello el Anillo. ¿Qué pondrán aprender sobre esto? Es necesario insistir en que uno no se salva solo: el rápido espera al lento y el fuerte carga al débil. Esta es la fortaleza de la Comunidad: el fuerte será necesario para el débil y sin el débil será imposible arrojar el Anillo al fuego. Solos no somos nada; el otro es imprescindible para mi conversión.

El texto titulado "El viaje de la Comunidad" tiene lugar en Moria, justamente en las minas de Moria, el más importante de los reinos de los enanos, perdido a manos del Enemigo. En última instancia, Frodo debe decidir que camino tomarán y, obedeciendo el consejo de Gandalf, deciden atravesar Moria.

No se han podido incluir todos los acontecimientos que les suceden a estos personajes por su extensión, pero sí que podemos y debemos hacer un resumen a los alumnos. Tras escapar de un huargo, la Comunidad entra al fin en el reino de los enanos. Allí, Gandalf les guiará y Frodo notará como puede ver mejor en la oscuridad, a causa de una cuchillada en el hombro y también cómo le pesa el Anillo. En las minas de Moria pasarán verdaderos estragos. La Comunidad se da cuenta de que es un combate a muerte: el Enemigo te quiere matar. Sin embargo, vencen de momento.

El texto titulado "El viaje de la Comunidad" será la última carrera, como dice Gandalf. Para llegar al tramo de escaleras que lleva afuera de Moria, deberán atravesar un estrecho puente sobre un negro abismo, de uno en uno. Pero una criatura aparece,

una bestia oscura, un Balrog. Gandalf volverá a tomar la iniciativa y le dirá: “No puedes pasar”. Es como si le dijera al mal: “Vete del corazón del hombre”. Se da una batalla entre ambos y Gandalf decide golpear el puente con su vara, haciendo que se quiebre y consiguiendo que el Balrog caiga al abismo. Gandalf vence. Sin embargo, el Balrog consigue arrastrar al mago. Mientras cae al abismo dirá: “¡Huid, insensatos!”. La Comunidad obedece y huye. Veremos más adelante cómo acaba realmente.

Finalmente, la Compañía, partiendo de las Puertas del Este de Moria y atravesando el Valle del Arroyo Sombrío, llega a los bosques de árboles dorados de Lothlórien. Allí son acogidos en Caras Galadhon, capital del bosque, por Celeborn y Galadriel, y reposan allí durante tres semanas. Durante el tiempo de descanso, Gimli y Legolas se hacen amigos, Galadriel invita a Frodo y a Sam a ver su espejo mágico y Boromir empieza a notarse preocupado. Finalmente, la Comunidad partirá por el río Anduin con regalos de Galadriel y sobre unos botes de parte de los elfos de Lothlórien.

A partir de este momento, dada la extensión de El Señor de los Anillos, daremos un salto considerablemente grande hasta los próximos textos propuestos. En realidad, solo habrán pasado tres días desde la separación de la Comunidad, aunque durante este tiempo se darán cantidad de acontecimientos que, a pesar de su importancia, no podemos detenernos a explicar y analizar.

Tercera parte: Rumbo a Mordor

En este conjunto de textos seguimos el largo viaje de Frodo y Sam por Mordor hasta la destrucción del Anillo. El primer texto propuesto empezará tres días después de que la Comunidad del Anillo se separe. Frodo se plantea una gran pregunta. Esta pregunta será respondida en el segundo texto, con la aparición de un nuevo personaje, Gollum. En el tercer texto se muestra el destino del Anillo.

En esta serie de textos, nos corresponde insistir en dos cuestiones primordiales. Por un lado, se mostrará de qué maneras aparece la virtud. Por otro lado, se expondrá cómo aparece el vicio y el pecado en los personajes de la obra.

En primer lugar, hablaremos de la virtud y, concretamente, de la justicia. Estos dos hobbits intentan actuar de manera justa, puesto que hacen el bien y evitan hacer el mal. Se dice “intentan” porque a pesar de sus esfuerzos, el Anillo es demasiado pesado, es decir, el pecado original. A pesar de su pecado, ambos personajes actuarán con gran fortaleza. Además, salen a relucir otras virtudes encarnadas en el personaje de Sam, a saber: la humildad (perteneciente a la virtud cardinal de la templanza), la magnanimidad (perteneciente a la virtud cardinal de la fortaleza) y la

afabilidad o amistad (perteneciente a la virtud cardinal de la justicia). Finalmente, se debe recalcar que Frodo y Sam se hacen humildes durante el camino a Mordor y, actúan con piedad ante Gollum. Sin embargo, van más allá de apiadarse; deciden perdonarle, actuando con misericordia (que pertenece a la virtud teologal de la Caridad).

En segundo lugar, hablaremos de los vicios que muestran estos fragmentos. Gollum será un personaje esencial para la destrucción del Anillo. Durante los fragmentos podemos preguntarles si es el bien o el mal. A lo que Tolkien nos responderá de manera majestuosa, puesto que encarna el bien y el mal en su doble personalidad Sméagol – Gollum. Cuando actúa como Gollum, se muestra como un personaje corrompido, que vive por y para el Anillo. Así veremos como actúa con ira, envidia y acidia.

Es necesario que los alumnos identifiquen tanto los actos buenos que llevan a la virtud como los actos malos que llevan al vicio. Sin embargo, es muy interesante el juicio moral de Tolkien sobre aquellos que sucumben al poder del Anillo: jamás emite un juicio negativo, haciéndonos ver que la culpa es del Anillo. Como vemos en la obra, lo normal es caer en su poder, lo asombroso es que alguien pueda resistirse. De ahí que para el hombre sea necesario un don sobrenatural: la Gracia. La misma Gracia que hará que se destruya el Anillo a pesar de la traición final de Frodo. La naturaleza humana se completa con la Gracia santificante de Dios.

El primer texto titulado “¿Quién me mostrará el camino?” nos presenta a dos hobbits cansados y desorientados. Frodo y Sam llevan días perdidos por los escarpados montes de Eryn Muiil sin conseguir avanzar. Frodo tiene una crisis; piensa que ha tomado mal todas las decisiones y se siente superado por la misión. A pesar de esto, tiene una gran intuición: si su destino es arrojar el Anillo al fuego, tarde o temprano se les mostrará el camino. ¿Qué enseña este fragmento? Enseña que en el camino hay dificultades y que no debemos desfallecer ni caer en el desánimo. Dios está por encima de las dificultades. Este acontecimiento nos recuerda al Salmo 26 que dice: “Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor”. Sin embargo, para ser capaz de confiar es necesario ser humilde. Frodo es humilde y se hace una pregunta que será providencial: “¿Quién me mostrará el camino, el bien o el mal?”

El segundo texto “Gollum, la respuesta” aparece, como dice el título, Gollum, en respuesta a la pregunta de Frodo. Parece ser que el destino de los pequeños hobbits depende de Gollum. ¿Qué nos muestra este personaje? No es ni el bien ni el mal, es ambas cosas. Lo observamos en la doble personalidad que tiene. Sméagol es la parte buena y Gollum la mala. Ambas partes dialogan y luchan entre sí. ¿A qué nos recuerda

este personaje? Bajo este personaje esquizofrénico que puede parecer exagerado, observamos al hombre mismo. Contiene una enseñanza profundamente espiritual: Gollum se presenta como la imagen del hombre esclavizado por el pecado original, que en la obra se muestra como el Anillo. ¿Qué puede enseñar este fragmento a los alumnos? Les podremos hacer ver que, en ocasiones, sabiendo dónde está el bien, hacemos el mal. Podemos poner el siguiente ejemplo a los niños: ¿Habéis pensado alguna vez en por qué a pesar de que améis a vuestros padres, a veces les gritáis, os enfadáis e incluso llegáis a decirles cosas que les pueden hacer daño?

Sin duda alguna, todos vivimos esta realidad de conocer el bien pero no ser capaces de hacerlo por el pecado que nos somete. Con gran acierto nos lo muestra san Pablo en la Carta a los Romanos:

En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco; y si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con que la ley es buena. Ahora bien, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Pues sé que lo bueno no habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. Y si lo que no deseo es precisamente lo que hago, no soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí. Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. (Rm 7,15-23).

Aunque pudiera parecer que no hay salida, la realidad es que la naturaleza humana está herida, no destruida. De este modo, mediante la educación del carácter podemos ayudar a que esta naturaleza humana herida adquiera, por medio de la repetición de actos buenos, mayor estado de perfección en cuanto hombre, que es el estado de virtud. Es importante que los alumnos se sientan identificados con esta posición, puesto que es el punto de partida para ser humilde. No solo podrán verlo en Gollum, ya que también es el problema de Frodo. Es por esta razón que Frodo, ante la dicotomía de qué hacer con esa criatura, decide no matarlo.

En este momento, Frodo muestra misericordia y se apiada de Gollum. Frodo decide perdonarle la vida porque verle consumido por el poder del Anillo, por el pecado, le inspira compasión. Ha comprendido que él es igual que Gollum porque le ha tocado llevar al cuello el Anillo y entiende que su poder le ha convertido en un esclavo. En definitiva, Gollum es él; en lo que podría convertirse si no consigue destruir el Anillo.

En cambio, su compañero Sam no piensa como él: no es humilde. Se cree mejor que Gollum. Podemos preguntar a los alumnos por qué. Si han seguido con atención los textos, comprenderán que Sam no sabe lo que es llevar al cuello el Anillo.

Frodo perdona la vida a Gollum, en contra de la opinión de Sam. Frodo consigue llegar a un acuerdo con él: les guiará a Mordor a cambio de perdonarle la vida. Sin embargo, tras el juramento parece que se descubre un cambio en la criatura. Veamos un fragmento del libro:

A partir de entonces hubo en él una curiosa transformación que se prolongó un cierto tiempo. La voz era menos sibilante y menos llorosa, y hablaba directamente con los hobbits, no con aquel tesoro bienamado. Se encogía y retrocedía si los hobbits se le acercaban o hacían algún movimiento brusco, y evitaba todo contacto con las capas élficas; pero se mostraba amistoso, y en verdad daba lástima observar cómo se afanaba tratando de complacer a los hobbits. Se desternillaba de risa y hacía cabriolas ante cualquier broma, o cuando Frodo lo hablaba con dulzura; y se echaba a llorar si lo reprendía. Sam casi no le hablaba. Desconfiaba de este nuevo Gollum, de Sméagol, más que nunca, y le gustaba, si era posible, aún menos que el antiguo.

Así Gollum les guiará por el camino, pero una noche Sam se despierta bruscamente y ve que este está hablando solo. Tiene un duro combate interior, sus dos personalidades: Sméagol y Gollum. Por un lado, Sméagol cree que debe respetar la promesa y, por otro lado, Gollum cree que es necesario recuperar el Anillo. Por esta razón, decide llevar a los hobbits por un camino en el que morirán, a través del paso de Cirith Ungol, la guardia de Ella-Laraña.

Tras este episodio, suceden unos cuantos acontecimientos que no es apropiado explicar dada su extensión. De este modo, deberemos avanzar hasta el momento en que Sam rescata a Frodo del lugar donde se encuentra retenido por los orcos. Se lo encuentra al borde de la muerte. Cuando se despierta, Frodo cree haber perdido el Anillo y Sam le confiesa que se lo ha cogido él. Entonces Sam experimenta su poder y ahora no le parece tan buena idea devolvérselo. Ha experimentado en su carne la carga que conlleva el Anillo. Frodo le grita diciéndole que se lo devuelva y Sam se lo entrega llorando. En este momento, Sam cambia su posición inicial. Cargar con el Anillo le ha hecho humilde, es capaz de entender la tentación a la que se ha visto sometido. Siendo humilde se apiada de su amigo, Frodo.

En el tercer texto: "La última etapa" observamos como Frodo no es capaz de dar un paso más; el peso del Anillo es insoportable. Sam se ofrece para cargar con él pero, de nuevo, vemos a Gollum en el rostro de Frodo. Entonces, comprende que debe cargar con Frodo y lo hace con gran delicadeza. También, entiende que a pesar de ser personajes aburguesados, vagos, comilones y cotillas estos vicios no les definen. Estos dos hobbits llegarán a su Destino; cumplirán la misión que se les ha encomendado.

¿Qué podremos mostrar a los alumnos mediante este fragmento? Es necesario remarcar la humildad, la magnanimidad y la afabilidad o amistad que muestra Sam en el fragmento. En primer lugar, es humilde porque reconoce que su misión es cargar con Frodo a sus espaldas. Nadie lo hubiera hecho como él. Sam es el protagonista de su historia, a pesar de parecer segundón. En segundo lugar, es magnánimo ya que decide cargar a sus espaldas con Frodo, emprendiendo una gran heroicidad. En tercer lugar, es afable ya que cuando Frodo no puede más, acude en su ayuda. Hay que incidir en que por sí solos no somos nada. Algo que se repite constantemente en la obra de Tolkien.

Sin embargo, cuando menos lo esperamos Gollum vuelve a aparecer e intenta arrebatarse el Anillo a Frodo. Se abalanza violentamente contra Frodo: es una lucha a muerte por el Anillo. El pequeño hobbit consigue deshacerse y corre hacia las grietas para arrojarlo al fuego. Sam le cubre y, entonces, tiene la oportunidad de ajustar las cuentas con la malvada criatura. Sam empuña la espada y cuando está a punto de atravesarle no es capaz. Veamos el fragmento de la obra:

La mano de Sam titubeó. Ardía de cólera, recordando pasadas felonías. Matar a aquella criatura pérfida y asesina sería justo: se lo había merecido mil veces; y además, parecía ser la única solución segura. Pero en lo profundo del corazón, algo retenía a Sam: no podía herir de muerte a aquel ser desvalido, deshecho, miserable que yacía en el polvo. Él, Sam, había llevado el Anillo, sólo por poco tiempo, pero ahora imaginaba oscuramente la agonía del desdichado Gollum, esclavizado al Anillo en cuerpo y alma, abatido, incapaz de volver a conocer en la vida paz y sosiego.

Como vimos anteriormente, Sam se ha hecho humilde en el camino y es capaz de perdonarle la vida. Surge en él la compasión, la misericordia. Todo parece haberse cumplido. Entonces, Sam sube con Frodo y ve como fracasa. En el último momento, después de haber recorrido todo el camino para acabar con el Enemigo, decide no hacerlo y grita: "¡El Anillo es mío!", se lo pone y desaparece. En ese momento, el ojo de Sauron se vuelve hacia él y descubre lo que está pasando. Envió a los Nazgûl para que le arrebatasen el Anillo.

Sin embargo, de nuevo, aparece Gollum ya que no puede permitir que el Anillo sea destruido. Golpea con una piedra a Sam y se abalanza contra Frodo lleno de ira. Sam contempla una historia que parece irreal: Gollum se ha colgado a Frodo, que permanece invisible, al borde del abismo. Entonces le agarra de la mano y le muerde el dedo en el que porta el Anillo con tal violencia que se lo arranca. Pero cuando ha conseguido recuperar su amado tesoro, con el rostro lleno de una extraña emoción, cae al abismo con él. Finalmente, el Anillo ha sido destruido. Hay un instante de silencio en Mordor, que se rompe por un gemido de dolor que no es humano. Sauron

ha sido vencido. Mordor cae. Se ha destruido el Anillo un 25 de marzo, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Encarnación del Señor, un Viernes Santo.

Después de este largo camino recorrido ¿qué nos muestra este fragmento? Lo veremos en las palabras de Blanco Alvaroba (2016, p.409):

El Anillo ha sido destruido por el amor al enemigo, he aquí el fin de todas las cosas. El sentido del camino de la fe. El amor al enemigo es Jesucristo mismo, Él, que se ha hecho pecado por nosotros y nos ha amado cuando éramos sus enemigos. Esta es la victoria sobre el miedo y la muerte. ¡Esta es la vida inmortal, el testimonio que salva al mundo! Un amor que es más fuerte que la muerte y que el odio. Esta es la esencia de Dios, su impronta, su ser más íntimo, su propia identidad. ¿Quién es Dios? Dios es el que ama a sus enemigos, el que da la vida por ellos para salvarlos de la esclavitud. ¿Qué miedo a la muerte tendrá aquel que ama hasta a sus enemigos? Pero no porque se lo inventa, sino porque los ama de verdad, porque siente amor por ellos.

Aunque amar de esta forma es prácticamente imposible para el hombre. Por esta razón, Frodo fracasó en el último momento. Para amar así, es necesario un don sobrenatural: la fe. Como hemos visto, el camino hacia Mordor es el destino de la vida de todo hombre, el camino de la fe. Los hombres somos libres de escoger si queremos o no arrojar el Anillo al fuego. Tolkien (1981, p.260), en una de sus cartas, dijo:

Por el ejercicio de la piedad, la misericordia y el perdón de la ofensa, se produjo una situación en la que todo quedó enderezado y se evitó el desastre. Gandalf, por cierto, lo previó. Por supuesto, no quiso decir que uno debía ser misericordioso porque podría resultar útil más tarde: no sería entonces misericordia o piedad, que sólo están verdaderamente presentes cuando son contrarias a la prudencia. ¡No nos cabe planearlas! Pero tenemos la seguridad de que nosotros mismos debemos ser extravagantemente generosos si queremos esperar la extravagante generosidad que representa el más ligero alivio de las consecuencias de nuestros propios errores y locuras. Frodo merecía todo honor porque derramó hasta la última gota de la capacidad de su voluntad y de su cuerpo, y eso fue suficiente para llevarlo al punto destinado y no más allá. Quizá ninguno más de su tiempo podría haber llegado tan lejos. El Otro Poder se hizo cargo entonces del control: el Escritor de la Historia (que no soy yo mismo), ese que siempre está presente, que nunca está ausente y a quien nunca se le nombra.

Justamente con la destrucción del Anillo, acaba esta propuesta literaria. Sin embargo, no es el final de la historia. Debemos remarcar que, a pesar de que en la película no aparezca, los hobbits, junto a Gandalf, deberán enfrentarse a una última batalla. Si los alumnos desean conocerla deberán profundizar en la lectura de la obra completa de El Señor de los Anillos. Como le dirá Gandalf a Frodo: "Lo único que podemos decidir es qué hacer con el tiempo que se nos ha dado".

Conclusión

Tras la realización del presente trabajo se han llegado a una serie de conclusiones:

En primer lugar, la educación es de la persona en su totalidad y, por lo tanto, es integral, principalmente de las dos facultades eminentemente humanas: la *razón* y la *voluntad*. El ser humano tiene la capacidad de interrogarse y darle sentido a su vida, puesto que goza de pensamiento y de voluntad. Esta libertad nace de la razón e implica el riesgo de ejercerla erróneamente. Sin embargo, un medio para que el hombre razone y obre conforme a la verdad y el bien es la educación de las virtudes, que fundamentalmente se agrupan en dos tipos: las *virtudes intelectuales* (que perfeccionan el entendimiento en la capacidad de conocer la verdad) y las *virtudes morales* (que perfeccionan la voluntad en orden al bien). De este modo, la educación humana integral consiste en lograr que el educando adquiriera las virtudes intelectuales y morales.

En segundo lugar, educar es esencialmente formar virtudes morales. En relación a la formación de virtudes hemos visto, en primer lugar, que las virtudes intelectuales perfeccionan la inteligencia, guiando al hombre al recto conocimiento de la verdad y, en segundo lugar, que las morales, al ser de carácter apetitivo y perfeccionar el acto humano en orden al fin, perfeccionan a la totalidad del hombre. La virtud moral es la que hace buena a la persona. Es sabido que es más perfecto quien logra obrar el bien que quien es capaz de definirlo en conceptos, sin dejar de considerar la importancia y necesidad de las virtudes intelectuales, puesto que es necesario el conocimiento de la Verdad y del Bien para el desarrollo de las demás virtudes. En la tradición filosófica, la clasificación de las virtudes morales se ha reducido a las denominadas virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; que llevan implícitas otras muchas virtudes y constituyen el eje de la educación moral integral. De ahí que la propuesta literaria se haya centrado en la formación de las virtudes morales.

En tercer lugar, existe una gradualidad en el desarrollo de las virtudes en el niño – y de la persona en general –, que corresponde a la naturaleza de la persona en cuanto a sus posibilidades de crecimiento y maduración. Es la misma naturaleza humana la que muestra un orden en su consecución de manera gradual, ya que es necesaria la rectificación de las potencias sensitivas para pasar más tarde a la de las potencias racionales. Es por ello que se propone un orden en el camino de la educación de las virtudes: en primer lugar, se ha de incidir en la educación del apetito concupiscible a través del desarrollo de la templanza; en segundo lugar, el apetito irascible por medio del desarrollo de la fortaleza; en tercer lugar, la voluntad mediante la justicia y,

finalmente, la razón práctica por la virtud de la prudencia. Este hecho no quiere decir que se hayan de educar de manera separada, sino que habrá que hacer mayor incidencia según la etapa educativa en la que se encuentre el educando. La consecución de una virtud vendrá acompañada del logro de las demás, pues la adquisición y la vivencia de las virtudes se da de manera conectada.

En cuarto lugar, la naturaleza humana – fruto del pecado original – se encuentra herida, por ello necesita de la Gracia para alcanzar la plenitud para la que fue creada. El Papa Pío XI señala muy acertadamente que la acción educativa integral debe tomar en cuenta el aspecto espiritual. De ahí que incidamos en la educación de la trascendencia. Es por esta razón que la educación ha de tomar en consideración la Gracia de la acción de Dios en el hombre, puesto que posibilita el pleno despliegue del ser.

En quinto lugar, las artes, y más concretamente la literatura y el cine, son herramientas eficaces en la educación de las virtudes. A lo largo de este trabajo, se ha intentado defender la hipótesis de que la lectura es un medio idóneo para promover la educación moral en las aulas, a través del método neoaristotélico o mimético-catártico. En primer lugar, porque la obra de arte imita la realidad y esto permite a los alumnos conocer y ampliar el conocimiento del mundo. En segundo lugar, porque la presentación de personajes que encarnan la virtud y el vicio es el modo de que los alumnos puedan identificarse con los actos buenos, imitando rasgos del carácter positivo. Al mismo tiempo, porque la lectura es un bien ya que fomenta el hábito lector, ayuda a desarrollar estrategias de comprensión oral y lectora, a mejorar la gramática, el vocabulario y la escritura. Sin embargo, esta no es suficiente para llevar a cabo una sólida educación moral. De algún modo, la lectura nos proporciona el medio para educar los afectos y la inteligencia, pero la voluntad requiere el ejercicio de la virtud, que como vimos anteriormente se adquiere a través de la repetición de hábitos operativos buenos que dan lugar a la justa moralidad.

En conclusión final, la educación busca que el alumno logre la inclinación permanente al bien, para que obre conforme a esa disposición difícilmente movable, es decir, que alcance – en la medida de sus posibilidades – el estado de virtud, que es lo máximo a lo que puede aspirar el hombre, en conocimiento de que el Status Virtutis deberá suscitarse en un camino que le llevará toda la vida, mucho más allá del umbral de la etapa escolar y que obtendrá la perfección en la otra.

La formación en virtudes en el ámbito escolar intentará que el alumno se acerque al estado de virtud. En primer lugar, con la participación de los padres, pues la primera formadora en virtudes es la familia y la educación de los hijos es por derecho natural

e inalienable de los padres. En segundo lugar, con la disposición del mismo educando que es la causa eficiente. Finalmente, con la colaboración del maestro, que debe aspirar a que el educando logre y cultive ciertas disposiciones estables en el alma, pues la conquista de las virtudes será lo que le permita la perfección de las potencias operativas y, en consecuencia, su propia perfección.

Ciertamente, el estado de virtud es el fin de la educación, pero no el fin último de la persona humana. El fin de la educación es un medio para la perfección humana y el maestro, encaminando al alumno hacia la búsqueda de la virtud, procurará que logre alcanzar los instrumentos que le ayudarán a alcanzar dicha perfección. En este marco de formación en virtudes se establecerá el medio inequívoco para que el hombre alcance la plenitud última a la que verdaderamente está llamado: la felicidad.

Bibliografía

Aristóteles (2012). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos.

Blanco Alvaroba, D. (2016). *Un camino inesperado. Desvelando la parábola de El Señor de los Anillos*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Day, D. (1992). *Tolkien, enciclopedia ilustrada*. Barcelona: Timun Mas.

Echavarría, M. F. (2005). *La praxis de la Psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*. España: Documenta Universitaria

Martínez García, E. (2004). *Ser y educar: fundamentos de pedagogía tomista*. Santiago de Chile: Universidad Santo Tomás.

Millán Puelles, A. (1973). *La formación de la personalidad humana (2a edición)*. Madrid: Rialp.

Palet Comas, M. (2007). *La educación de las virtudes en la familia*. Barcelona: Ediciones Scire.

Pieper, J. (2010). *Las virtudes fundamentales (3a edición)*. Madrid: Rialp.

Kazmierczak, M. y Signes Signes, M.T. (2014). *Educando a través de la palabra hoy: aportaciones sobre teoría y didáctica de la lengua y la literatura*. España: Editorial Academia del Hispanismo.

Kazmierczak, M. y Signes Signes, M.T. (2017). *Palabra y educación. La reflexión de la práctica educativa a través de la palabra*. España: Editorial Academia del Hispanismo.

Tolkien, J.R.R. (1954 – 1955). *El Señor de los Anillos*. Barcelona: Editorial Minotauro.

ARTÍCULOS DE REVISTA

Corchuelo, F. (2012). "Reflexiones sobre la educación integral a través del pensamiento de Santo Tomás de Aquino". *Espiral, Revista de Docencia e Investigación*, pp. 79 – 92.

Echavarría, M.F. (2009). "Virtud y ser según Tomás de Aquino". *Espíritu, cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, pp. 9 – 36.

PÁGINA WEB

Hernán J. González (2012). *Suma Teológica*. Recuperado fecha de consulta: septiembre – diciembre 2020, desde <https://hjj.com.ar/sumat/>

RECURSOS AUDIOVISUALES

Universitat Abat Oliba – Departamento de Humanidades (2017). *Las virtudes fundamentales según Josef Pieper*, [SEMINARIO]. Barcelona: <https://istomas.org/las-virtudes-fundamentales-segun-josef-pieper/>.

Peter Jackson (2001). *El Señor de los Anillos: La Comunidad del Anillo* [PELÍCULA]. Nueva Zelanda: Co-production Nueva Zelanda – Estados Unidos; Wingnut Films (New Line Cinema).

Peter Jackson (2002). *El Señor de los Anillos: Las dos torres* [PELÍCULA]. Nueva Zelanda: Co-production Nueva Zelanda – Estados Unidos; Wingnut Films (New Line Cinema).

Peter Jackson (2003). *El Señor de los Anillos: El retorno del rey* [PELÍCULA]. Nueva Zelanda: Co-production Nueva Zelanda – Estados Unidos; Wingnut Films (New Line Cinema).

Apéndice: Dossier del alumno

J. R. R. TOLKIEN

El Señor de los Anillos

¿Te gustaría vivir una
aventura ?

Tres Anillos para los Reyes Elfos bajo el
cielo. Siete para los Señores Enanos en
palacios de piedra. Nueve para los
Hombres Mortales condenados a morir.
Uno para el Señor Oscuro, sobre el trono
oscuro en la Tierra de Mordor donde se
extienden las Sombras. Un Anillo para
gobernarlos a todos. Un Anillo para
encontrarlos, un Anillo para atraerlos a
todos y atarlos en las tinieblas en la
Tierra de Mordor donde se extienden las
Sombras .

1 Primera parte: El Anillo

Texto 1: ¡Ponte en camino!

2 Segunda parte: La Comunidad del Anillo

Texto 1: El Concilio de Elrond I

Texto 2: El Concilio de Elrond II

Texto 3: La Comunidad del Anillo

Texto 4: El viaje de la Comunidad

3 Tercera parte: Rumbo a Mordor

Texto 1: ¿Quién me mostrará el camino?

Texto 2: Gollum, la respuesta

Texto 3: La última etapa

PRIMERA PARTE: EL ANILLO



Tras una gran fiesta que causa gran revuelo en la Comarca, Frodo Bolsón, sobrino de Bilbo, recibe como parte de la herencia de su tío un misterioso anillo que Bilbo encontró en su viaje sesenta años atrás.

Sin embargo, Gandalf el Mago, amigo suyo y de Bilbo, le recomienda que no lo use porque no le gusta el comportamiento que tuvo Bilbo antes de renunciar al Anillo.

Después de veinte años de idas y venidas, Gandalf confirma a Frodo sus temores: el anillo de Bilbo (que antes era de Gollum) es nada más y nada menos que el mismísimo Anillo Único, que le fue arrebatado por Isildur a Sauron, el Señor Oscuro, en la tierra de Mordor en tiempos inmemoriales. Ahora Sauron ha vuelto con fuerzas renovadas, y busca con insistencia su anillo perdido.

El único modo de impedir que Sauron se apodere de él y domine la Tierra Media es viajar a Mordor y arrojarlo al cráter del Orodruin, el Monte del Destino, el volcán en el que Sauron lo forjó y el único cuyos fuegos pueden destruir el objeto.

Como Gandalf ve que esta tarea es demasiado grande para Frodo, le recomienda que viaje sólo hasta Rivendel con amigos de confianza, y allí tendrá lugar un Concilio en el que se decidirá que hacer con el Anillo Único.

TEXTO 1: ‘‘PONTE EN CAMINO’’

A la mañana siguiente, luego de un desayuno tardío, el mago se sentó junto a la ventana abierta del estudio. Un fuego brillante ardía en el hogar, aunque el sol era cálido y el viento soplaba del sur. Todo parecía fresco: el verde nuevo de la primavera asomaba en los campos y en las yemas de los árboles. Gandalf recordaba otra primavera, unos ochenta años atrás, cuando Bilbo había partido de Bolsón Cerrado sin llevarse ni siquiera un pañuelo. El mago tenía el cabello más blanco ahora y la barba y las cejas quizá más largas y la cara más marcada por las preocupaciones y la experiencia, pero los ojos le brillaban como siempre y fumaba haciendo anillos de humo con el vigor y el placer de antaño.

Fumaba ahora en silencio y Frodo estaba allí sentado y muy quieto, ensimismado. Aun a la luz de la mañana sentía la sombra oscura de las noticias que Gandalf había traído. Al fin quebró el silencio.

—Gandalf, anoche empezaste a contarme cosas extrañas sobre mi Anillo — dijo —, y en seguida callaste diciendo que tales asuntos era mejor ventilarlos a la luz del día. ¿No piensas que sería mejor terminar la conversación ahora? Me has dicho que el Anillo es peligroso; mucho más peligroso de lo que creo. ¿En qué sentido?

—En muchos sentidos —respondió el mago—. Es mucho más poderoso de lo que me atreví a pensar en un comienzo, tan poderoso que al fin puede llegar a dominar a cualquier mortal que lo posea. El Anillo lo poseería a él.

» En tiempos remotos fueron fabricados en Eregion muchos anillos de elfos, anillos mágicos como vosotros los llamáis; eran, por supuesto, de varias clases, algunos más poderosos y otros menos. Los menos poderosos fueron sólo ensayos, anteriores al perfeccionamiento de este arte: bagatelas para los herreros de los elfos, aunque a mi entender peligrosos para los mortales. Pero los realmente peligrosos eran los Grandes Anillos, los Anillos de Poder.

» Un mortal que conserve uno de los Grandes Anillos no muere, pero no crece ni adquiere más vida. Simplemente continúa hasta que al fin cada minuto es un agobio. Y si lo emplea a menudo para volverse invisible, se desvanecerá, se transformará al fin en un ser perpetuamente invisible que se paseará en el crepúsculo bajo la mirada del Poder Oscuro, que rige los Anillos. Sí, tarde o temprano (tarde, si es fuerte y honesto, pero ni la fortaleza ni los buenos propósitos duran siempre), tarde o temprano el Poder Oscuro lo devorará.

—¡Qué aterrador! —dijo Frodo.

Hubo otro largo silencio. Sam Gamgy cortaba el césped en el jardín y el sonido subía hasta el estudio.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —preguntó Frodo por último—. ¿Cuánto sabía Bilbo?

—Bilbo no sabía más de lo que te dije; estoy seguro —respondió Gandalf—. Ciertamente, nunca te habría dejado algo si hubiera pensado que podía hacerte daño, aunque yo te prometiera cuidarte. Pensaba que el Anillo era muy hermoso y útil en caso de necesidad, y que si había allí algo raro o que andaba mal era él mismo. Dijo que el Anillo le ocupaba cada vez más la mente, cosa que lo inquietaba; pero no sospechaba que el Anillo fuera el único culpable, aunque había descubierto que necesitaba

que lo vigilaran, pues no siempre parecía tener el mismo tamaño y el mismo peso; se encogía o crecía de manera curiosa y de pronto podía deslizarse fuera del dedo.

—Sí, me lo recomendó en su última carta —dijo Frodo—; por eso no lo saco de la cadena.

—Muy prudente —dijo Gandalf—. Pero en cuanto a su larga vida, Bilbo nunca la relacionó con el Anillo; se atribuyó todo el mérito y estaba muy orgulloso, aunque cada vez más inquieto y molesto. Delgado y estirado, decía. Señal de que el Anillo lo estaba dominando.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? preguntó Frodo de nuevo.

—¿Saber? He sabido muchas cosas que sólo saben los sabios, Frodo. Pero si te refieres a lo que sé de este Anillo en particular, bueno, todavía no sé, podría decir. Me falta una última prueba. Pero y a no pongo en duda mis sospechas.

» ¿Cuándo empecé a sospechar? —musitó Gandalf, recordando—. Espera... fue el año en que el Concilio Blanco expulsó al Poder Oscuro del Bosque Negro, poco antes de la batalla de los Cinco Ejércitos, cuando Bilbo encontró el Anillo. El corazón se me ensombreció entonces, aunque sin saber todavía cuáles eran mis verdaderos temores. Me preguntaba a menudo cómo Gollum había obtenido un Gran Anillo, de un modo tan simple... Esto fue claro desde el principio. Después oí la extraña historia de Bilbo acerca de cómo lo había "ganado", y no pude creerlo. Cuando al fin le saqué la verdad, entendí en seguida que había estado defendiendo sus derechos al Anillo. Algo parecido a la explicación de Gollum: "un regalo de cumpleaños". Las mentiras eran demasiado semejantes, a mi juicio, y al fin entendí: el Anillo tenía un poder nocivo que actuaba inmediatamente sobre su dueño. Fue para mí el primer aviso de que las cosas no andaban bien. A menudo le dije a Bilbo que era mejor no usar esos Anillos. Pero se ofendió y no tardó en enojarse. No había muchas otras cosas que yo pudiera hacer. Era imposible quitárselo sin causarle un daño mayor y yo tampoco tenía derecho a hacerlo, de todos modos. Sólo me restaba esperar y observar. Quizá debía haber consultado a Saruman el Blanco, pero algo me detenía siempre.

—¿Quién es? —preguntó Frodo—. Nunca lo oí nombrar.

—Quizá no —respondió Gandalf—. Nunca tuvo ninguna relación con los hobbits. Aunque es un grande entre los Sabios, el jefe de mi orden, el principal del Concilio. Tiene profundos conocimientos y un orgullo que ha crecido a la par y se toma a mal cualquier intrusión. Ha estudiado mucho la ciencia de los Anillos de los elfos y ha buscado largo tiempo los secretos perdidos de la fabricación de los Anillos; pero cuando se debatió el asunto en el Concilio lo que accedió a revelarnos casi borró del todo mis temores. Mis dudas se echaron a dormir, pero con un sueño intranquilo. Continué observando y esperando.

» Todo parecía desarrollarse normalmente con Bilbo; los años pasaron; sí, pasaron y parecía que no lo tocaban. Bilbo no mostraba signos de vejez; la sombra cayó sobre mí nuevamente, pero me dije: "Al fin y al cabo descendiendo por línea materna de una familia de longevos; hay tiempo aún. ¡Espera!"

» Y esperé hasta la noche en que Bilbo dejó esta casa. Bilbo dijo e hizo cosas entonces que me llenaron de un temor que ni las palabras de Saruman hubiesen podido calmar. Supe así que algo oscuro y mortal estaba operando y me he pasado la mayoría de estos años tratando de descubrir la verdad.

—No hubo ningún daño permanente, espero —inquirió Frodo con ansiedad—. Se pondrá bien con el

tiempo, ¿no es así? Quiero decir, podrá descansar en paz, ¿no es cierto?

—Se sintió mejor inmediatamente —contestó Gandalf—. Pero hay un Poder en este mundo que lo sabe todo acerca de los Anillos y sus efectos y no hay poder conocido que lo sepa todo respecto de los hobbits. Entre los Sabios soy el único que estudia la ciencia hobbit: una oscura rama del conocimiento, pero colmada de raras sorpresas. Hay hobbits blandos como manteca, y otros resistentes como viejas raíces de árbol. Creo sinceramente que algunos podrían resistir a los Anillos mucho más de lo que la mayoría de los Sabios supone. No te preocupes por Bilbo.

» Por supuesto, tuvo el Anillo muchos años y lo usó; la influencia tardará entonces algún tiempo en desaparecer, antes que pueda verlo de nuevo sin que le haga daño, por ejemplo. Hubiera podido seguir viviendo así largos años y muy feliz; la influencia se detuvo cuando se libró del Anillo; y él mismo decidió dejarlo, no lo olvides. No, y a no me inquieto por el querido Bilbo, que resolvió terminar con el Anillo. Eres tú quien me hace sentir responsable. Desde la partida de Bilbo me he interesado profundamente en ti y en todos estos encantadores, absurdos y desvalidos hobbits. Si el Poder Oscuro se apodera de la Comarca, sería un doloroso golpe para el mundo; si vuestros amables, alegres, estúpidos Bolger, Corneta, Boffin, Cifñatiesa y los demás, sin mencionar a los ridículos Bolsón, fuesen esclavizados...

—¿Pero por qué nos esclavizaría? —preguntó Frodo estremeciéndose—. ¿Y para qué querría esos esclavos?

—Te diré la verdad —replicó Gandalf—; creo que hasta ahora, «hasta ahora», grábalo en tu mente, el Poder Oscuro ha pasado por alto la existencia de los hobbits. Tendrías que estar agradecidos, pero vuestra seguridad es y a cosa del pasado. El Poder no os necesita: tiene sirvientes mucho más útiles, pero y a no olvidará a los hobbits. Le agradaría más verlos como esclavos miserables, que felices y libres. ¡En todo esto hay maldad y venganza!

—¡Venganza! ¿Venganza de qué? Todavía no entiendo qué tiene que ver todo esto con Bilbo, conmigo y con nuestro Anillo.

—Todo tiene que ver —dijo Gandalf—. Todavía no sabes en qué peligro te encuentras. Yo tampoco estaba seguro la última vez que vine, pero ha llegado la hora de hablar. Dame el Anillo un momento. Frodo lo sacó del bolsillo del pantalón, donde lo guardaba enganchado a una cadena que le colgaba del cinturón. Lo soltó y se lo alcanzó lentamente al mago. El Anillo se hizo de pronto muy pesado, como si él mismo o Frodo no quisiesen que Gandalf lo tocara.

Gandalf lo sostuvo. Parecía de oro puro y sólido.

—¿Puedes ver alguna inscripción? —preguntó a Frodo.

—No —dijo Frodo—, no hay ninguna. Es completamente liso y no tiene rayas ni señales de uso.

—Bien, ¡entonces mira!

Ante la sorpresa y zozobra de Frodo el mago arrojó el Anillo al fuego. Frodo gritó y buscó las tenazas, pero Gandalf lo retuvo.

—¡Espera! —le ordenó con voz autoritaria, echando a Frodo una rápida mirada desde debajo de unas erizadas cejas.

No hubo en el Anillo ningún cambio aparente. Un momento después Gandalf se levantó, cerró los postigos y corrió las cortinas. La habitación se oscureció, se hizo un silencio y se oyó el ruido de las tijeras de Sam, ahora cerca de la ventana. El mago se quedó unos minutos mirando el fuego; luego se inclinó, sacó el Anillo con las tenazas, poniéndolo sobre la chimenea y en seguida lo tomó con los dedos. Frodo ahogó un grito.

—Está completamente frío —dijo Gandalf—. ¡Tómalo!

Frodo lo recibió con mano temblorosa; parecía más pesado y macizo que nunca.

—¡Álzalo! —ordenó Gandalf—, y míralo muy de cerca.

Frodo lo alzó y miró y vio líneas finas, más finas que los más finos rasgos de pluma y que corrían a lo largo del Anillo, en el interior y el exterior: líneas de fuego, como los caracteres de una fluida escritura. Brillaban con una penetrante intensidad, pero con una luz remota, que parecía venir de unas profundidades abismales.

—No puedo leer las letras ígneas —dijo Frodo con voz trémula.



—No —dijo Gandalf—, pero yo sí; son antiguos caracteres élficos. El idioma es el de Mordor, que no pronunciaré aquí. Esto es lo que dice en la lengua común, en una traducción bastante fiel.

Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos, un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas.

» Sólo dos versos de una estrofa muy conocida en la tradición élfica:

Tres Anillos para los Reyes Elfos bajo el cielo.

Siete para los Señores Enanos en palacios de piedra. Nueve para los Hombres Mortales condenados a morir.

Uno para el Señor Oscuro, sobre el trono oscuro en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras.

Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos, un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras.

Gandalf hizo una pausa y luego dijo lentamente, con voz profunda:

—Este es el Dueño de los Anillos, el Anillo Único que los gobierna. Este es el Anillo Único que el Señor Oscuro perdió en tiempos remotos, junto con parte de su poder. Lo desea terriblemente, pero es necesario que no lo consiga.

Frodo se sentó en silencio, inmóvil: el miedo parecía extender una mano enorme, como una vasta nube oscura que se levantaba en oriente y que y a iba a devorarlo.

—¡Este anillo! —farfulló—. ¿Cómo diablos vino a mí?

SEGUNDA PARTE: LA COMUNIDAD DEL ANILLO



EL CONCILIO DE ELROND

Frodo recobra la conciencia ya en Rivendel, donde es recibido por sus amigos y, al fin, por Gandalf. Frodo tiene muchas preguntas que hacer, pero el mago le pide que espere y que disfrute de la Casa de Elrond, todo se aclarará en un concilio que tendrá lugar la mañana siguiente. Paseando por Rivendel, Frodo encuentra nada más y nada menos que a su tío Bilbo, ya viejo y retirado en Rivendel, escribiendo canciones y muy contento de ver a su sobrino. Se revela también que la ola del Bruinen que se llevó a los Nazgûl fue comandada por Elrond para ayudarlo en su huida.

A la mañana siguiente, en Rivendel se convoca el Concilio de Elrond, en el que acuden miembros importantes de las Razas Libres y en el que se hablan de muchos hechos sobre la historia del anillo y los movimientos de las fuerzas de Sauron. En él, Gandalf relata la mala noticia de que Saruman el Blanco, otrora líder de los Magos, se ha pasado también al Enemigo, teniendo retenido a Gandalf, que sólo pudo escapar con la ayuda de Gwaihir, el Señor de las Águilas, siendo este el motivo de su larga ausencia. Frodo y sus amigos descubren también que Trancos-Aragorn es nada más y nada menos que un descendiente de la Casa de Isildur, y por lo tanto, heredero en pleno derecho al trono del reino dúnedain de Gondor, al sur de la Tierra Media.

En el Concilio de Elrond, se deciden los miembros de la Comunidad del Anillo, que se encargará de portar el Anillo Único para intentar destruirlo. Son: Frodo, Sam, Pippin, Merry, Aragorn, Gandalf, Legolas, Gimli y Boromir.

Tras mucho deliberar, Elrond acuerda en crear una compañía, formada por representantes de las Razas Libres, que lleve a cabo la gran misión de portar el Anillo Único y a ser posible, destruirlo en las Grietas del Destino. El grupo, llamado la Comunidad del Anillo, se acaba conformando de Nueve Caminantes: Frodo, el Portador del Anillo, sus amigos hobbits Sam, Pippin y Merry; Gandalf el Mago, Aragorn; Legolas, elfo hijo del rey Thranduil del Bosque Negro; Gimli el Enano, hijo de Glóin, que acompañó a Bilbo en la Reconquista de Erebor; y Boromir, un valiente hombre de Gondor hijo mayor de Denethor, el senescal del reino.

EL VIAJE DE LA COMUNIDAD

Tras varios preparativos, la Comunidad parte en su viaje el 25 de diciembre con la bendición de Elrond. Durante muchos días, el grupo avanza hacia el sur paralelo a las Montañas Nubladas hasta llegar a Acebeda, donde descubren que bandadas de crebain espías de Saruman peinan la región. La Compañía entonces intenta cruzar las montañas por el paso de Caradhras. Sin embargo, una incesante tormenta de nieve impide la travesía del paso y el grupo debe replantearse qué rumbo seguir. Boromir propone cruzar las montañas por el Paso de Rohan o rodearlas e ir por la costa, pero la presencia de las tropas de Saruman no deja perspectivas muy alentadoras. Gandalf propone intentar atravesar las Minas de Moria, una inmensa mina de Enanos ahora abandonada que discurre por las raíces del pico Caradhras. A pesar del tétrico nombre de Moria, la Compañía acuerda en cruzarlas. Tras un día de viaje, la compañía entra en las minas por las Puertas del Oeste, aunque han sido encerrados por una criatura maligna que montaba guardia en el lago de la entrada.

A pesar del incidente, las primeras etapas del cruce de las minas son tranquilas y sin contratiempos, y Gandalf, que ya había estado antes en las minas, logra orientarse suficientemente en el laberinto de las minas. Sin embargo, Frodo empieza a oír pasos muy lejanos que persiguen a la Comunidad, pero no sabe decir si son imaginaciones suyas o los oye de verdad. Al tercer día de viaje, poco después de descubrir tristemente la tumba del enano Balin, que había intentado recuperar Moria, la Comunidad es atacada por un grupo de Orcos y Trolls comandados por nada más y nada menos que un Balrog, el mismo que fue despertado por los Enanos por su excavación y el mismo que acabó con el rico reino que llegó a ser Moria.

En Moria, la Compañía se encuentra con nada más y nada menos que el Balrog que hizo caer las antiguas minas de los Enanos. Gandalf se enfrenta a él para ganar tiempo a los demás. Gandalf se enfrenta cara a cara con el Balrog en el Puente de Khazad-dum muy

cerca de la salida de las minas, y logra arrojarlo al abismo, pero el látigo infernal del Balrog arrastra también al viejo mago, que insta a la compañía que huya cuanto antes. Los miembros de la compañía logran salir de las Minas y muy apenados, lloran por Gandalf y lo dan por muerto.

La Compañía, partiendo de las Puertas del Este de Moria y atravesando el Valle del Arroyo Sombrío, llega a los bosques de árboles dorados de Lothlórien. Allí son acogidos en Caras Galadhon, capital del bosque, por Celeborn y Galadriel, y reposan allí durante tres semanas. Durante el tiempo de descanso, Gimli y Legolas se hacen amigos, Galadriel invita a Frodo y a Sam a ver su espejo mágico y Boromir empieza a notarse preocupado. Finalmente, la compañía parte por el río Anduin con varios obsequios de Galadriel y sobre unos botes élficos de parte de los elfos de Lothlórien

TEXTO 1: EL CONCILIO DE ELROND I

A la mañana siguiente Frodo despertó temprano, sintiéndose descansado y bien. Caminó a lo largo de las terrazas que dominaban las aguas tumultuosas del Bruinen y observó el sol pálido y fresco que se elevaba por encima de las montañas distantes proyectando unos rayos oblicuos a través de la tenue niebla de plata; el rocío refulgía sobre las hojas amarillas y las telarañas centelleaban en los arbustos. Sam caminaba junto a Frodo, sin decir nada, pero husmeando el aire y mirando una y otra vez con ojos asombrados las grandes elevaciones del este. La nieve blanqueaba las cimas.

En una vuelta del sendero, sentados en un banco tallado en la Piedra, tropezaron con Gandalf y Bilbo que conversaban, abstraídos.

—¡Hola! ¡Buenos días! —dijo Bilbo—. ¿Listo para el gran Concilio?

—Listo para cualquier cosa —respondió Frodo—. Pero sobre todas las cosas me gustaría caminar un poco y explorar el valle. Me gustaría visitar esos pinares de allá arriba. —Señaló las alturas del lado norte de Rivendel.

—Quizás encuentres la ocasión más tarde —dijo Gandalf—. Hoy hay mucho que oír y decidir. De pronto mientras caminaban se oyó el claro tañido de una campana.

—Es la campana que llama al Concilio de Elrond —exclamó Gandalf—.

¡Vamos! Se requiere tu presencia y la de Bilbo.

Frodo y Bilbo siguieron rápidamente al mago a lo largo del camino serpeante que llevaba a la casa; detrás de ellos trotaba Sam, que no estaba invitado y a quien habían olvidado por el momento. Gandalf los llevó hasta el pórtico donde Frodo había encontrado a sus amigos la noche anterior. La luz de la clara mañana otoñal brillaba ahora sobre el valle. El ruido de las aguas burbujeantes subía desde el espumoso lecho del río. Los pájaros cantaban y una paz serena se

extendía sobre la tierra. Para Frodo, la peligrosa huida, los rumores de que la oscuridad estaba creciendo en el mundo exterior, le parecían ahora meros recuerdos de un sueño agitado, pero las caras que se volvieron hacia ellos a la entrada de la sala eran graves.

Elrond estaba allí y muchos otros que esperaban sentados en Silencio, alrededor. Frodo vio a Glorfindel y Glóin; y en un rincón estaba sentado Trancos, envuelto otra vez en aquellas gastadas ropas de viaje. Elrond le indicó a Frodo que se sentara junto a él y lo presentó a la compañía, diciendo:

—He aquí, amigos míos, al hobbit Frodo, hijo de Drogo. Pocos han llegado atravesando peligros más grandes o en una misión más urgente.

Luego señaló y nombró a todos aquellos que Frodo no conocía aún. Había un enano joven junto a Glóin: su hijo Gimli. Al lado de Glorfindel se alineaban otros consejeros de la casa de Elrond, de quienes Erebor era el jefe; y junto a él se encontraba Galdor, un elfo de los Puertos Grises a quien Cirdan, el carpintero de barcos, le había encomendado una misión. Estaba allí también un elfo extraño, vestido de castaño y verde, Legolas, que traía un mensaje de su padre, Thranduil, el Rey de los Elfos del Bosque Negro del Norte. Y sentado un poco aparte había un hombre alto de cara hermosa y noble, cabello oscuro y ojos grises, de mirada orgullosa y seria.

Estaba vestido con manto y botas, como para un viaje a caballo, y en verdad aunque las ropas eran ricas y el manto tenía borde de piel, parecía venir de un largo viaje. De una cadena de plata que tenía al cuello colgaba una piedra blanca; el cabello le llegaba a los hombros. Sujeto a un tahalí llevaba un cuerno grande guarnecido de plata que ahora apoyaba en las rodillas. Examinó a Frodo y Bilbo con repentino asombro.

—He aquí —dijo Elrond volviéndose hacia Gandalf— a Boromir, un hombre del Sur. Llegó en la mañana gris y busca consejo. Le pedí que estuviera presente, pues las preguntas que trae tendrán aquí respuesta.

No es necesario contar ahora todo lo que se habló y discutió en el Concilio. Se dijeron muchas cosas a propósito de los acontecimientos del mundo exterior, especialmente en el Sur y en las vastas regiones que se extendían al este de las montañas. De todo esto Frodo y a había oído muchos rumores, pero el relato de Glóin era nuevo para él y escuchó al enano con atención. Era evidente que en medio del esplendor de los trabajos manuales los enanos de la Montaña Solitaria estaban bastante perturbados.

—Hace ya muchos años —dijo Glóin— una sombra de inquietud cayó sobre nuestro pueblo. Al principio no supimos decir de dónde venía. Hubo ante todo murmullos secretos: se decía que vivíamos encerrados en un sitio estrecho y que en un mundo más ancho encontraríamos mayores riquezas y esplendores. Algunos hablaron de Moria: las poderosas obras de nuestros padres que en la lengua de los enanos llamamos Khazad-dûm y decían que al fin teníamos el poder y el número suficiente para emprender la vuelta. —Glóin suspiró—.

¡Moria! ¡Moria! ¡Maravilla del mundo septentrional! Allí cavamos demasiado hondo y despertamos el miedo sin nombre. Mucho tiempo han estado vacías esas grandes mansiones, desde la huida de los niños de Durin. Pero ahora hablamos de ella otra vez con nostalgia y sin embargo con temor, pues ningún enano se ha atrevido a cruzar las puertas de Khazad-dûm durante muchas generaciones de rey es, excepto Thrór, que pereció. No obstante, Balin prestó atención al fin a los rumores y resolvió partir y, aunque Dáin no le dio permiso de buena gana, llevó consigo a Ori y Oin y muchas de nuestras gentes, y fueron hacia el sur.

» Esto ocurrió hace unos treinta años. Durante un tiempo tuvimos noticias y parecían buenas. Los informes decían que habían entrado en Moria y que habían iniciado allí grandes trabajos. Luego siguió un silencio y ni una palabra llegó de Moria desde entonces.

» Más tarde, hace un año, un mensajero llegó a Dáin, pero no de Moria... de Mordor: un jinete nocturno que llamó a las puertas de Dáin. El Señor Sauron el Grande, así dijo, deseaba nuestra amistad. Por esto nos daría anillos, como los que había dado en otro tiempo. Y en seguida el mensajero solicitó información perentoria sobre los hobbits, de qué especie eran y dónde vivían. "Pues Sauron sabe", nos dijo, "que conocisteis a uno de ellos en otra época".

» Al oír esto nos sentimos muy confundidos y no contestamos. Entonces el tono feroz del mensajero se hizo más bajo, y hubiera endulzado la voz, si hubiese podido. "Sólo como pequeña prueba de amistad Sauron os pide", dijo, "que encontréis a ese ladrón", tal fue la palabra, "y que le saquéis a las buenas o a las malas un anillito, el más insignificante de los anillos, que robó hace tiempo. Es sólo una fruslería, un capricho de Sauron y una demostración de buena voluntad de vuestra parte. Encontradlo y tres anillos que los señores enanos poseían en otro tiempo os serán devueltos y el reino de Moria será vuestro para siempre. Dadnos noticias del ladrón, si todavía vive y dónde y obtendréis una gran recompensa y la amistad imperecedera del Señor. Rehusad y no os irá tan bien. ¿Rehusáis?".

» El soplo que acompañó a estas palabras fue como el silbido de las serpientes y aquellos que estaban cerca sintieron un escalofrío, pero Dáin dijo: "No digo ni sí ni no. Tengo que pensar detenidamente en este mensaje y en lo que significa bajo tan hermosa apariencia."

» "Piénsalo bien, pero no demasiado tiempo", dijo él.

» "El tiempo que me lleve pensarlo es cosa mía", respondió Dáin.

» "Por el momento", dijo él y desapareció en la oscuridad.

» Desde aquella noche un peso ha agobiado los corazones de nuestros jefes. No hubiésemos necesitado oír la voz lóbrega del mensajero para saber que palabras semejantes encerraban a la vez una amenaza y un engaño, pues el poder que se había aposentado de nuevo en Mordor era el mismo de siempre y ya nos había traicionado antes. Dos veces regresó el mensajero y las dos veces se fue sin respuesta. La tercera y última vez, así nos dijo, llegar pronto, antes que el año acabe.

» Al fin Dáin me encomendó advertirle a Bilbo que el enemigo lo busca y averiguar, si esto era posible, por qué deseaba ese Anillo, el más insignificante de los anillos. Deseábamos oír además el consejo de Elrond. Pues la Sombra crece y se acerca. Hemos sabido que otros mensajeros han llegado hasta el Rey Brand en el valle y que está asustado. Tememos que ceda. La guerra y a está a punto de estallar en las fronteras occidentales del valle. Si no respondemos, el enemigo puede atraerse a algunos hombres y atacar al Rey Brand y también a Dáin.

—Has hecho bien en venir —dijo Elrond—. Oirás hoy todo lo que necesitas saber para entender los propósitos del enemigo. No hay nada que podáis hacer, aparte de resistiros, con esperanza o sin ella. Pero no estáis solos. Sabrás que vuestras dificultades son sólo una parte de las dificultades del mundo del Oeste.

¡El Anillo! ¿Qué haremos con el Anillo, el más insignificante de los Anillos, la fruslería que es un capricho de Sauron? Ese es el destino que hemos de considerar.

» Para este propósito habéis sido llamados. Llamados, digo, pero yo no os he llamado, no os he dicho que vengáis a mí, extranjeros de tierras distantes. Habéis venido en un determinado momento y aquí estáis todos juntos, parecía que por casualidad, pero no es así. Creed en cambio que ha sido ordenado de esta manera: que nosotros, que estamos sentados aquí y no otras gentes, encontremos cómo responder a los peligros que amenazan al mundo.

» Hoy, por lo tanto, se hablará claramente de cosas que hasta este momento habían estado ocultas a casi todos. Y como principio y para que todos entiendan de qué peligro se trata, se contará la historia del Anillo, desde el comienzo hasta el presente. Y yo comenzaré esa historia, aunque otros la terminen.

LA HISTORIA DEL ANILLO

La última alianza entre hombres y elfos se enfrentó al Señor Oscuro hace miles de años. Sauron, copiando el arte de los elfos, forjó en secreto el Anillo soberano. Pero Isildur, hijo de Elendil, rey de los hombres, logró arrancarle de la mano el anillo con la misma espada de su padre, la misma que había derrotado al Señor Oscuro. Sin embargo, Isildur, pasado el peligro, decidió quedarse para sí el Anillo en lugar de destruirlo. El Anillo, fiel a su naturaleza, acabó por provocarle la muerte a Isildur y se perdió en las aguas del río Grande. Así durante mucho tiempo, los pueblos libres creyeron estar en paz. Sin embargo, el Anillo supo cuidar de sí mismo y se hizo descubrir para una pareja de hobbits que vivían a la orilla del río. Déagol encontró el Anillo y Sméagol le asesinó para quedarse con él. De esta manera, con el transcurso de los años, se convirtió el Gollum, una criatura que vive por y para el Anillo, de la que hablaremos más adelante. Gollum descuidó por un momento el Anillo y fue a parar a manos de Bilbo Bolsón. Llevando el Anillo y haciéndose invisible tuvo la oportunidad de acabar con Gollum pero en un acto de misericordia, le perdonó la vida y

escapó de él. Más tarde, pasó a manos de Frodo.

TEXTO 2: ‘EL CONCILIO DE ELROND II’

—¿Pero qué sucederá si el Anillo Soberano es destruido, como tú aconsejas?

—preguntó Glóin.

—No lo sabemos con seguridad —respondió Elrond tristemente—. Algunos esperan que los Tres Anillos, que Sauron nunca tocó, se liberen entonces y quienes gobiernen los Anillos podrían curar así las heridas que el Único ha causado en el mundo. Pero es posible también que cuando el Único desaparezca, los Tres se malogren y que junto con ellos se marchiten y olviden muchas cosas hermosas. Eso es lo que creo.

—Sin embargo todos los elfos están dispuestos a correr ese riesgo —dijo Glorfindel—, si pudiéramos destruir el poder de Sauron y librarnos para siempre del miedo a que domine el mundo.

—Así volvemos otra vez a la destrucción del Anillo —dijo Erestor y sin embargo no estamos más cerca. ¿De qué fuerza disponemos para encontrar el Fuego en que fue forjado? Es el camino de la desesperación. De la locura, podría decir, si la larga sabiduría de Elrond no me lo impidiese.

—¿Desesperación, o locura? —dijo Gandalf—. No desesperación, pues sólo desesperan aquellos que ven el fin más allá de toda duda. Nosotros no. Es sabiduría reconocer la necesidad, cuando todos los otros cursos y a han sido considerados, aunque pueda parecer locura a aquellos que se atan a falsas esperanzas. Bueno, ¡que la locura sea nuestro manto, un velo en los ojos del enemigo! Pues él es muy sagaz y mide todas las cosas con precisión, según la escala de su propia malicia. Pero la única medida que conoce es el deseo, deseo de poder, y así juzga todos los corazones. No se le ocurrirá nunca que alguien pueda rehusar el poder, que teniendo el Anillo queramos destruirlo. Si nos ponemos en meta, confundiremos todas sus conjeturas.

—Al menos por un tiempo —dijo Elrond—. Hay que tomar ese camino, pero recorrerle será difícil. Y ni la fuerza ni la sabiduría podrían llevarnos muy lejos. Los débiles pueden intentar esta tarea con tantas esperanzas como los fuertes. Sin embargo, así son a menudo los trabajos que mueven las ruedas del mundo. Las manos pequeñas hacen esos trabajos porque es menester hacerlos, mientras los ojos de los grandes se vuelven a otra parte.

—¡Muy bien, muy bien, señor Elrond! —dijo Bilbo de pronto—. ¡No digas más! El propósito de tu discurso es bastante claro. Bilbo el hobbit tonto comenzó este asunto y será mejor que Bilbo lo termine, o que termine él mismo. Yo estaba muy cómodo aquí, ocupado en mi obra. Si quieres saberlo, en estos días estoy escribiendo una conclusión. Había pensado poner: y desde entonces vivió feliz hasta el fin de sus días. Era un buen final, aunque se hubiera usado antes. Ahora tendré que alterarlo: no parece que vay a a ser verdad, y de todos modos es evidente que habrá que añadir otros varios capítulos, si vivo para escribirlos. Es muy fastidioso. ¿Cuándo he de ponerme en

camino? Boromir miró sorprendido a Bilbo, pero la risa se le apagó en los labios cuando vio que todos los otros miraban con grave respeto al viejo hobbit. Sólo Glóin sonreía, pero la sonrisa le venía de viejos recuerdos.

—Por supuesto, mi querido Bilbo —dijo Gandalf—. Si tú iniciaste realmente este asunto, tendrás que terminarlo. Pero sabes muy bien que decir he iniciado es de una pretensión excesiva para cualquiera, y que los héroes desempeñan siempre un pequeño papel en las grandes hazañas. No tienes por qué inclinarte. Sabemos que tus palabras fueron sinceras, y que bajo esa apariencia de broma nos hacías un ofrecimiento valeroso. Pero que supera tus fuerzas, Bilbo. No puedes empezar otra vez, el problema ha pasado a otras manos. Si aún tienes necesidad de mi consejo, te diría que tu parte ha concluido, excepto como cronista. ¡Termina el libro, y no cambies el final! Todavía hay esperanzas de que sea posible. Pero prepárate a escribir una continuación, cuando ellos vuelvan. Bilbo rió.

—No recuerdo que me hayas dado antes un consejo agradable —dijo—. Como todos tus consejos desagradables han resultado buenos, me pregunto si éste no será malo. Sin embargo, no creo que me quede bastante fuerza o suerte como para tratar con el Anillo. Ha crecido y y o no. Pero dime, ¿a quién te refieres cuando dices ellos?

—A los mensajeros que llevarán el Anillo.

—¡Exactamente! ¿Y quiénes serán? Eso es lo que el Concilio ha de decidir, me parece, y ninguna otra cosa. Los elfos se alimentan de palabras y los enanos soportan grandes fatigas; yo soy sólo un viejo hobbit y extraño el almuerzo. ¿Se te ocurren algunos nombres? ¿O lo dejamos para después de comer?

Nadie respondió. Sonó la campana del mediodía. Nadie habló tampoco ahora. Frodo echó una ojeada a todas las caras, pero no lo miraban a él; todo el Concilio bajaba los ojos, como sumido en profundos pensamientos. Sintió que un gran temor lo invadía, como si estuviese esperando una sentencia que ya había previsto hacía tiempo, pero que no deseaba oír. Un irresistible deseo de descansar y quedarse a vivir en Rivendel junto a Bilbo le colmó el corazón. Al fin habló haciendo un esfuerzo y oyó sorprendido sus propias palabras, como si algún otro estuviera sirviéndose de su vocecita.

—Yo llevaré el Anillo —dijo—, aunque no sé cómo.

Elrond alzó los ojos y lo miró y Frodo sintió que aquella mirada penetrante le traspasaba el corazón.

—Si he entendido bien todo lo que he oído —dijo Elrond—, creo que esta tarea te corresponde a ti, Frodo y, si tú no sabes cómo llevarla a cabo, ningún otro lo sabrá. Esta es la hora de quienes viven en la Comarca, de quienes dejan los campos tranquilos para estremecer las torres y los concilios de los grandes.

¿Quién de todos los Sabios pudo haberlo previsto? Y si son sabios, ¿por qué esperarían saberlo, antes que sonara la hora?

» Pero es una carga pesada. Tan pesada que nadie puede pasársela a otro. No la pongo en ti. Pero si tú la tomas libremente, te diré que tu elección es buena; y aunque todos los poderosos amigos de los elfos de antes, Hador y Húrin y Túrin y Beren mismo aparecieran juntos aquí, tu lugar estaría entre ellos.

—¿Pero seguramente usted no lo enviará solo, señor? —gritó Sam, que ya no pudo seguir conteniéndose y saltó desde el rincón donde había estado sentado en el suelo.

—¡No por cierto! —dijo Elrond volviéndose hacia él con una sonrisa—. Tú lo acompañarás al menos. No parece fácil separarte de Frodo, aunque él haya sido convocado a un Concilio secreto y tú no.

Sam se sentó, enrojeciendo y murmurando.

—¡En bonito enredo nos hemos metido, señor Frodo! —dijo moviendo la cabeza.

TEXTO 3: ‘LA COMUNIDAD DEL ANILLO’

Elrond les indicó a los hobbits que se acercaran. Miró gravemente a Frodo.

—Ha llegado la hora —dijo—. Si el Anillo ha de partir, que sea cuanto antes. Pero que quienes lo acompañan no cuenten con ningún apoyo, ni de guerra ni de fuerzas. Tendrán que entrar en los dominios del enemigo, lejos de toda ayuda.

¿Todavía mantienes tu palabra, Frodo, de que serás el Portador del Anillo?

—Sí —dijo Frodo—. Iré con Sam.

—Pues bien, no podré ayudarte mucho, ni siquiera con consejos —dijo Elrond. No alcanzo a ver cuál será tu camino y no sé cómo cumplirás esa tarea. La Sombra se ha arrastrado ahora hasta el pie de las montañas y ha llegado casi a las orillas del Fontegrís; y bajo la Sombra todo es oscuro para mí. Encontrarás muchos enemigos, algunos declarados, otros ocultos, y quizá tropieces con amigos, cuando menos los busques. Mandaré mensajes, tal como se me vayan ocurriendo, a aquellos que conozco en el ancho mundo; pero las tierras han llegado a ser tan peligrosas que algunos se perderán sin duda, o no llegarán antes que tú.

» Y elegiré los compañeros que irán contigo, siempre que ellos quieran o lo permita la suerte. Tienen que ser pocos, y a que tus mayores esperanzas dependen de la rapidez y el secreto. Aunque contáramos con una tropa de elfos con armas de los Días Antiguos, sólo conseguiríamos despertar el poder de Mordor.

» La Compañía del Anillo será de Nueve y los Nueve Caminantes se opondrán a los Nueve Jinetes malvados. Contigo y tu fiel sirviente irá Gandalf; pues éste será el mayor de sus trabajos y quizás el último.

» En cuanto al resto, representarán a los otros Pueblos Libres del mundo: elfos, enanos y hombres. Legolas irá por los elfos y Gimli hijo de Glóin por los enanos. Están dispuestos a llegar por lo menos a los pasos de las montañas y quizá más allá. Por los hombres tendrán a Aragorn hijo de

Arathorn, pues el Anillo de Isildur le concierne íntimamente.

—¡Trancos! —exclamó Frodo.

—Sí —dijo Trancos con una sonrisa—. Te pido una vez más que me permitas ser tu compañero.

—Yo te hubiera rogado que vinieras —dijo Frodo—, pero pensé que irías a Minas Tirith con Boromir.

—Iré —dijo Aragorn—. Y la Espada Quebrada será forjada de nuevo antes que yo parta para la guerra. Pero tu camino y el nuestro corren juntos por muchos cientos de millas. Por lo tanto Boromir estará también en la Compañía. Es un hombre valiente.

—Faltan todavía dos —dijo Elrond—. Lo pensaré. Quizás encuentre a alguien entre las gentes de la casa que me convenga mandar.

—¡Pero entonces no habrá lugar para nosotros! —exclamó Pippin consternado—. No queremos quedarnos. Queremos ir con Frodo.

—Eso es porque no entiendes y no alcanzas a imaginar lo que les espera dijo Elrond.

—Tampoco Frodo —dijo Gandalf, apoyando inesperadamente a Pippin—. Ni ninguno de nosotros lo ve con claridad. Es cierto que si estos hobbits entendieran el peligro, no se atreverían a ir. Pero seguirían deseando ir, o atreviéndose a ir, y se sentirían avergonzados e infelices. Creo, Elrond, que en este asunto sería mejor confiar en la amistad de estos hobbits que en nuestra sabiduría. Aunque eligieras para nosotros un Señor de los Elfos, como Glorfindel, los poderes que hay en él no alcanzarían para destruir la Torre Oscura ni abrirnos el camino que lleva al Fuego.

—Hablas con gravedad —dijo Elrond—, pero no estoy seguro. La Comarca, presiento, no está libre ahora de peligros y había pensado enviar a estos dos de vuelta como mensajeros y para que trataran allí de prevenir a la gente, de acuerdo con las normas del país. De cualquier modo me parece que el más joven de los dos, Peregrin Tuk, tendría que quedarse. Me lo dice el corazón.

—Entonces, señor Elrond, tendrá usted que encerrarme en prisión, o mandarme a casa metido en un saco —dijo Pippin—. Pues de otro modo y o seguiría a la Compañía.

—Que sea así entonces. Irás —dijo Elrond y suspiró—. La cuenta de Nueve y a está completa. La Compañía partirá dentro de siete días.

TEXTO 4: ‘‘EL VIAJE DE LA COMUNIDAD’’

—¡Ahora la última carrera! —dijo Gandalf—. Si afuera brilla el sol, aún podemos escapar. ¡Seguidme!

Se volvió a la izquierda y echó a correr por el piso liso de la sala. La distancia era mayor de lo que habían creído. Mientras corrían oyeron los golpeteos y los ecos de muchos pies que venían detrás. Se oyó un chillido agudo: los habían visto. Hubo luego un clamor y un repiqueteo de aceros. Una flecha silbó por encima de la cabeza de Frodo.

Boromir rió.

—No lo esperaban —dijo—. El fuego les cortó el paso. ¡Estamos del mal lado!

—¡Mirad adelante! —llamó Gandalf—. Nos acercamos al puente. Es angosto y peligroso.

De pronto Frodo vio ante él un abismo negro. En el extremo de la sala el piso desapareció y cayó a pique a profundidades desconocidas. No había otro modo de llegar a la puerta exterior que un estrecho puente de piedra, sin barandilla ni parapeto, que describía una curva de cincuenta pies sobre el abismo. Era una antigua defensa de los enanos contra cualquier enemigo que pusiera el pie en la primera sala y los pasadizos exteriores. No se podía cruzar sino en fila de a uno. Gandalf se detuvo al borde del precipicio y los otros se agruparon detrás.

—¡Tú adelante, Gimli! —dijo—. Luego Pippin y Merry. ¡Derecho al principio y escaleras arriba después de la puerta!

Las flechas cayeron sobre ellos. Una golpeó a Frodo y rebotó. Otra atravesó el sombrero de Gandalf y allí se quedó sujeta como una pluma negra. Frodo miró hacia atrás. Más allá del fuego vio un enjambre de figuras oscuras, que podían ser centenares de orcos. Esgrimían lanzas y cimitarras que brillaban rojas como la sangre a la luz del fuego. Bum, bum resonaba el redoble, cada vez más alto y más alto, bum, bum.

Legolas se volvió y puso una flecha en la cuerda, aunque la distancia era excesiva para aquel arco tan pequeño. Iba a tirar de la cuerda cuando de pronto soltó la mano dando un grito de desesperación y terror. La flecha cayó al suelo. Dos grandes trolls se acercaron cargando unas pesadas losas y las echaron al suelo para utilizarlas como un puente sobre las llamas. Pero no eran los trolls lo que había aterrorizado al elfo. Las filas de los orcos se habían abierto y retrocedían como si ellos mismos estuviesen asustados. Algo asomaba detrás de los orcos. No se alcanzaba a ver lo que era; parecía una gran sombra y en medio de esa sombra había una forma oscura, quizás una forma de hombre, pero más grande, y en esa sombra había un poder y un terror que iban delante de ella.

Llegó al borde del fuego y la luz se apagó como detrás de una nube. Luego y con un salto, la sombra pasó por encima de la grieta. Las llamas subieron rugiendo a darle la bienvenida y se retorcieron alrededor; y un humo negro giró en el aire. Las crines flotantes de la sombra se encendieron y ardieron detrás. En la mano derecha llevaba una hoja como una penetrante lengua de fuego y en la mano izquierda empuñaba un látigo de muchas colas.

—¡Ay, ay ! —se quejó Legolas—. ¡Un Balrog! ¡Ha venido un Balrog! Gimli miraba con los ojos muy abiertos.

—¡El Daño de Durin! —gritó y dejando caer el hacha se cubrió la cara con las manos.

—Un Balrog —murmuró Gandalf—. Ahora entiendo. —Trastabilló y se apoyó pesadamente en la vara—. ¡Qué mala suerte! Y estoy tan cansado.

La figura oscura de estela de fuego corrió hacia ellos. Los orcos aullaron y se desplomaron sobre las losas que servían como puentes. Boromir alzó entonces el cuerno y sopló. El desafío resonó y rugió como el grito de muchas gargantas bajo la bóveda cavernosa. Los orcos titubearon un momento y la sombra ardiente se detuvo. En seguida los ecos murieron, como una llama apagada por el soplo de un viento oscuro, y el enemigo avanzó otra vez.

—¡Por el puente! —gritó Gandalf, recurriendo a todas sus fuerzas ¡Huid! Es un enemigo que supera todos vuestros poderes. Yo le cerraré aquí el paso. ¡Huid!

Aragorn y Boromir hicieron caso omiso de la orden y afirmando los pies en el suelo se quedaron juntos detrás de Gandalf, en el extremo del puente. Los otros se detuvieron en el umbral del extremo de la sala, y miraron desde allí, incapaces de dejar que Gandalf enfrentara solo al enemigo.

El Balrog llegó al puente. Gandalf aguardaba en el medio, apoyándose en la vara que tenía en la mano izquierda; pero en la otra relampagueaba Glamdring, fría y blanca. El enemigo se detuvo de nuevo, enfrentándolo, y la sombra que lo envolvía se abrió a los lados como dos vastas alas. En seguida esgrimió el látigo y las colas crujieron y gimieron. Un fuego le salía de la nariz. Pero Gandalf no se movió.

—No puedes pasar —dijo. Los orcos permanecieron inmóviles y un silencio de muerte cayó alrededor—. Soy un servidor del Fuego Secreto, que es dueño de la llama de Anor. No puedes pasar. El fuego oscuro no te servirá de nada, llama de Udûn. ¡Vuelve a la Sombra! No puedes pasar.

El Balrog no respondió. El fuego pareció extinguirse y la oscuridad creció todavía más. El Balrog avanzó lentamente y de pronto se enderezó hasta alcanzar una gran estatura, extendiendo las alas de muro a muro; pero Gandalf era todavía visible, como un débil resplandor en las tinieblas; parecía pequeño y completamente solo; gris e inclinado, como un árbol seco poco antes de estallar la tormenta. De la sombra brotó llameando una espada roja.

Glamdring respondió con un resplandor blanco.

Hubo un sonido de metales que se entrecocaban y una estocada de fuego blanco. El Balrog cayó de espaldas y la hoja le saltó de la mano en pedazos fundidos. El mago vaciló en el puente, dio un paso atrás y luego se irguió otra vez, inmóvil.

—¡No puedes pasar! —dijo.

El Balrog dio un salto y cayó en medio del puente. El látigo restalló y silbó.

—¡No podrá resistir solo! —gritó Aragorn de pronto y corrió de vuelta por el puente—. ¡Elendil!
—gritó—. ¡Estoy contigo, Gandalf!

—¡Gondor! —gritó Boromir y saltó detrás de Aragorn.

En ese momento, Gandalf alzó la vara y dando un grito golpeó el puente ante él. La vara se quebró en dos y le cayó de la mano. Una cortina enceguedora de fuego blanco subió en el aire. El puente crujió, rompiéndose justo debajo de los pies del Balrog y la piedra que lo sostenía

se precipitó al abismo mientras el resto quedaba allí, en equilibrio, estremeciéndose como una lengua de roca que se asoma al vacío.

Con un grito terrible el Balrog se precipitó hacia adelante; la sombra se hundió y desapareció. Pero aún mientras caía sacudió el látigo y las colas azotaron y envolvieron las rodillas del mago, arrastrándolo al borde del precipicio. Gandalf se tambaleó y cayó al suelo, tratando vanamente de asirse a la piedra, deslizándose al abismo.

—¡Huid, insensatos! —gritó, y desapareció.

El fuego se extinguió y volvió la oscuridad. La Compañía estaba como clavada al suelo, mirando el pozo, horrorizada. En el momento en que Aragorn y Boromir regresaban de prisa, el resto del puente crujió y cayó. Aragorn llamó a todos con un grito.

—¡Venid! ¡Yo os guiaré ahora! Tenemos que obedecer la última orden de Gandalf. ¡Seguidme! Subieron atropellándose por las grandes escaleras que estaban más allá de la puerta. Aragorn delante, Boromir detrás. Arriba había un pasadizo ancho y habitado de ecos. Corrieron por allí. Frodo oyó que Sam lloraba junto a él y en seguida descubrió que él también lloraba y corría. Bum, bum, bum, resonaban detrás los redobles, ahora lúgubres y lentos.

Siguieron corriendo. La luz crecía delante; grandes aberturas traspasaban el techo. Corrieron más rápido. Llegaron a una sala con ventanas altas que miraban al este y donde entraba directamente la luz del día. Cruzaron la sala, pasando por unas puertas grandes y rotas y de pronto se abrieron ante ellos las Grandes Puertas, un arco de luz resplandeciente. Huyó aterrorizado. La Compañía pasó de largo, sin prestarles atención. Ya fuera de las puertas bajaron corriendo los amplios y gastados escalones, el umbral de Moria.

Así, al fin y contra toda esperanza, estuvieron otra vez bajo el cielo y sintieron el viento en las caras.

No se detuvieron hasta encontrarse fuera del alcance de las flechas que venían de los muros. El Valle del Arroyo Sombrío se extendía alrededor. La sombra de las Montañas Nubladas caía en el valle, pero hacia el este había una luz dorada sobre la tierra. No había pasado una hora desde el mediodía. El sol brillaba; la luz era alta y blanca.

Miraron atrás. Las puertas oscuras bostezaban a la sombra de la montaña. Los lentos redobles subterráneos resonaban lejanos y débiles. Bum. Un tenue humo negro salía arrastrándose. No se veía nada más; el valle estaba vacío. Bum. La pena los dominó a todos al fin y lloraron: algunos de pie y en silencio, otros caídos en tierra. Bum, bum. El redoble se apagó.

Los vídeos que acompañarán a estos fragmentos son los siguientes:

El Concilio de Elrond Parte 1: http://bit.ly/video_1_TOLKIEN

El Concilio de Elrond Parte 2: http://bit.ly/video_2_TOLKIEN

El Viaje de la Comunidad del Anillo: http://bit.ly/video_3_TOLKIEN

TERCERA PARTE: RUMBO A MORDOR



RUMBO A MORDOR CON AYUDA DE SMÉAGOL

Tres días después de haberse separado de la Comunidad, Sam y Frodo se encuentran totalmente desorientados en el laberinto de colinas de Emyr Muil. Durante tres jornadas han intentado bajar de la cordillera por el este sin resultado, pero al fin encuentran una profunda garganta que parece conducir a las tierras bajas. Sin embargo, durante el descenso se encuentran con alguien inesperado: Gollum les ha estado siguiendo y cae ahora sobre ellos. Sin embargo, Sam y Frodo, armados con dagas logran retenerlo. Gollum se queja con lloriqueos e intenta que le liberen diciéndoles que les hará de guía para ir a Mordor, puesto que en un tiempo lo retuvieron allí y tuvo que escapar. Frodo apoya este alegato y como agradecimiento, llama a Gollum por el nombre de Sméagol, que era el que tenía cuando Gollum era un hobbit y no había encontrado el Anillo. Sméagol cambia de personalidad y se muestra mucho más agradable con Frodo y Sam, aunque este último no se fía del todo.

Sméagol guía a los hobbits a través de una garganta oculta y descienden hasta las Ciénagas de los Muertos. Procuran viajar sobre todo de noche para cruzarlas, algo peligroso ya que en las Ciénagas son acosados por los fuegos fatuos de los Muertos. Sméagol aconseja a los hobbits que no se queden mirándolos y finalmente, al cabo de unos días, llegan a los pies de las Ered Lithui, montañas que bordean el norte de Mordor.

En el día siguiente llegan ya a las Puertas de Mordor, y se esconden en un hueco pedregoso del terreno para vigilar. Ven que muchas tropas de Hombres malvados provenientes de Rhûn y de Harad entran en Morannon, la Puerta Negra; pero deciden claramente que es imposible entrar a Mordor por allí, ya que la entrada se encuentra completamente vigilada. Sméagol les dice entonces que existe otro camino para entrar a Mordor, el que utilizó él para huir del País Oscuro; y que para encontrarlo deben ir al sur por las tierras de la ribera oriental del Anduin. Frodo, y Sam (aunque a regañadientes) aceptan la proposición de Sméagol y siguen el camino que se dirige al sur desde Morannon.

TEXTO 1: ‘‘¿QUIÉN ME MOSTRARÁ EL CAMINO?’’

Y bien, mi amo, no hay duda de que estamos metidos en un brete —dijo Sam Gamyi. De pie junto a Frodo, desanimado, la cabeza hundida entre los hombros, Sam entornaba los ojos escudriñando la oscuridad.

Hacía tres noches que se habían separado de la Compañía, o por lo menos eso creían ellos: casi habían perdido la cuenta de las horas mientras escalaban afanosamente las pendientes áridas y pedregosas de Emyr Muil, a menudo obligados a volver sobre sus pasos, pues no encontraban una salida, o descubriendo que habían estado dando vueltas en un círculo que los llevaba siempre a un mismo punto. No obstante, a pesar de todas las idas y venidas, no habían dejado de avanzar hacia el este, procurando en lo posible no alejarse del borde exterior de aquel grupo de colinas, intrincado y extraño. Pero siempre tropezaban con los flancos de las montañas, altas e infranqueables, que miraban ceñudamente a la llanura; y más allá de las faldas pedregosas se extendían unas ciénagas lívidas y putrefactas, donde nada se movía y ni siquiera se veía un pájaro.

Los hobbits se encontraban ahora en la orilla de un alto acantilado, desolado y desnudo, envuelto a los pies en una espesa niebla; a espaldas de ellos se erguían las cadenas de montañas coronadas de nubes fugitivas. Un viento glacial soplaba desde el este. Ante ellos la noche se cerraba sobre un paisaje informe; el verde malsano se transformaba en un pardo sombrío. Lejos, a la derecha, el Anduin, que durante el día había centelleado de tanto en tanto, cada vez que el sol aparecía entre las nubes, estaba ahora oculto en las sombras. Pero los ojos de los hobbits no miraban más allá del río, no se volvían hacia Gondor, hacia sus amigos, hacia la tierra de los hombres. Escudriñaban la orilla de sombras del sur y el este por donde la noche avanzaba, allí donde se insinuaba una línea oscura, como montañas distantes de humo inmóvil. De vez en cuando un diminuto resplandor rojo titilaba allá lejos en los confines del cielo y la tierra.

—¡Qué brete! —dijo Sam—. Entre todos los lugares de que nos han hablado, aquel es el único que no desearíamos ver de cerca; ¡y justamente a él estamos tratando de llegar! Y por lo que veo, no hay modo de llegar. Tengo la impresión de que hemos errado el camino de medio a medio. Posibilidad de bajar, no tenemos ninguna; y si la tuviésemos descubriríamos, se lo aseguro, que toda esa tierra verde no es otra cosa que un pantano inmundo. ¡Puaj! ¿Huele usted? — Husmeó el viento.

—Sí, huelo —dijo Frodo, pero no se movió, ni apartó los ojos de la línea oscura y de la llama trémula—. ¡Mordor! —murmuró—. ¡Si he de ir allí, quisiera llegar cuanto antes y terminar de una vez! —Se estremeció. Soplaba un viento helado, cargado a la vez de un frío olor a podredumbre—. Bueno —dijo al fin, desviando la mirada—. No podemos quedarnos aquí la noche entera, brete o no brete. Necesitamos encontrar un sitio más reparado y volver a acampar; y tal vez la luz del nuevo día nos muestre algún sendero.

—O la del siguiente, o la del otro o la del tercero —murmuró Sam—. O la de ninguno. Por aquí no llegaremos a ninguna parte.

—Quién sabe —dijo Frodo—. Si es mi destino, como creo, ir allá, al lejano País de las Sombras, tarde o temprano algún sendero tendrá que aparecer. ¿Pero quién me lo mostrará, el bien o el mal? Todas nuestras esperanzas se cifraban en la rapidez. Esta demora favorece al enemigo... y heme aquí: demorado. ¿Es la voluntad de la Torre Oscura la que nos dirige? Todas mis elecciones resultaron equivocadas. Debí separarme de la Compañía mucho antes, y bajar desde el norte, por el camino que corre al este del río y los Eryn Muil, y cruzar por tierra firme el Llano de la Batalla hasta los Pasos de Mordor. Pero ahora no será posible que tú y yo solos encontremos un camino, y en la orilla oriental merodean los orcos. Cada día que pasa es un tiempo precioso que perdemos. Estoy cansado, Sam. No sé qué hacer. ¿Qué comida nos queda?

—Sólo esas... ¿cómo se llaman...? esas lembas, señor Frodo. Una buena cantidad. Son mejor que nada, en todo caso. Sin embargo, nunca me imaginé, la primera vez que les hincó el diente, que llegarían a cansarme. Pero eso es lo que me pasa ahora: un mendrugo de pan común y un jarro de cerveza... ay, siquiera medio jarro... me caerían de perlas. Desde la última vez que acampamos traigo auestas mis enseres de cocina, ¿y de qué me han servido? Nada con que encender un fuego, para empezar; y nada que cocinar; ¡ni una mísera hierba!

Dieron media vuelta y descendieron a una hondonada pedregosa. El sol y a en el ocaso desapareció entre unas nubes y la noche cayó rápidamente. A pesar del frío consiguieron dormir por turno en un recoveco entre unos pináculos altos y mellados de roca carcomida por el tiempo; por lo menos estaban al reparo del viento del este.

—¿Los ha vuelto a ver, señor Frodo? —preguntó Sam, cuando estuvieron sentados, ateridos de frío, mascando lembas a la luz yerta y gris del amanecer.

—No —dijo Frodo—, no he oído ni visto nada desde hace dos noches.

—Yo tampoco —dijo Sam—. ¡Grrr! Esos ojos me helaron la sangre. Tal vez hay amos conseguido despistarlo, a ese miserable fisgón. Gollum! Gollum le voy a dar y o en el gaznate si algún día le pongo las manos encima.

—Espero que y a no sea necesario —dijo Frodo—. No sé cómo habrá hecho para seguirnos; pero es posible que hay a vuelto a perder el rastro, como tú dices. En esta región seca y desierta no podemos dejar muchas huellas, ni olores, ni aún para esa nariz husmeadora.

—Ojalá sea como usted dice —dijo Sam—. ¡Ojalá nos libráramos de él para siempre!

—Sí —dijo Frodo—; pero no es él mi mayor preocupación. ¡Quisiera poder salir de estas colinas! Les tengo horror. Me siento desamparado aquí en el este, sin nada que me separe de la Sombra sino esas tierras muertas y desnudas. Hay un Ojo en la oscuridad. ¡Coraje! ¡De una u otra manera, hoy tenemos que bajar.

TEXTO 2: ‘‘GOLLUM, LA RESPUESTA’’

—¡Bueno! —dijo Frodo, poniéndose de pie y arrebujándose en la capa—. Tú, Sam, duerme un poco y toma mi manta. Mientras tanto y o caminaré de arriba abajo y vigilaré. —De pronto se irguió, muy tieso; en seguida se agachó y tomó a Sam por el brazo—. ¿Qué es eso? —murmuró—. Mira, allá arriba, en el acantilado.

Sam miró y contuvo el aliento.

—¡Sss! —susurró—. Ya está ahí. ¡Es ese Gollum! ¡Sapos y culebras! ¡Y pensé que lo habíamos despistado con nuestra pequeña hazaña! ¡Mírelo!

¡Arrastrándose por la pared como una araña horrible!

A lo largo de una cara del precipicio, que parecía casi lisa a la pálida luz de la luna, una pequeña figura negra se desplazaba con los miembros delgados extendidos sobre la roca. Quizás aquellos pies y manos blandos y prensiles encontraban fisuras y asideros que ningún hobbit hubiera podido ver o utilizar, pero parecía deslizarse sobre patas pegajosas, como un gran insecto merodeador de alguna extraña especie. Y bajaba de cabeza, como si viniera olfateando el camino. De tanto en tanto levantaba el cráneo lentamente, haciéndolo girar sobre el largo pescuezo descarnado, y los hobbits veían entonces dos puntos pálidos, dos ojos, que parpadeaban un instante a la luz de la luna y en seguida volvían a ocultarse.

—¿Le parece que puede vernos? —dijo Sam.

—No sé —respondió Frodo en voz baja—, pero no lo creo. Estas capas élficas son poco visibles, aun para ojos amigos: y o no te veo en la sombra ni a dos pasos. Y por lo que sé, es enemigo del Sol y de la Luna.

—¿Por qué entonces desciende aquí, precisamente? —inquirió Sam.

—Calma, Sam —dijo Frodo—. Tal vez pueda oírnos. Y tiene un oído tan fino como el de los elfos, dicen. Me parece que ha oído algo ahora; nuestras voces probablemente. Hemos gritado mucho allá arriba; y hasta hace un momento hablábamos en voz demasiado alta.

—Bueno, estoy harto de él —dijo Sam—. Nos ha seguido demasiado tiempo para mi gusto y le cantaré cuatro frescas, si puedo. De todos modos creo que ahora será inútil que tratemos de evitarlo. — Cubriéndose la cara con la caperuza gris, Sam se arrastró con pasos furtivos hacia el acantilado.

—¡Ten cuidado! —le susurró Frodo, que iba detrás—. ¡No lo alarmes! Es mucho más peligroso de lo que parece.

La forma negra había descendido y a las tres cuartas partes de la pared y estaba a unos quince metros o menos del pie del acantilado. Acurrucados e inmóviles como piedras a la sombra de una roca, los hobbits lo observaban. Al parecer había tropezado con un pasaje difícil, o tenía alguna preocupación. Lo oían olisquear y de tanto en tanto escuchaban una respiración áspera y siseante que sonaba como un juramento reprimido. Levantó la cabeza, y a los hobbits les pareció que escupía. Luego siguió avanzando. Ahora lo oían hablar con una voz cascada y sibilante.

—¡Ajjj, sss! ¡Cauto, mi tesoro! Más prisa menos ligereza. No corramos el riesgo de rompernos el pescuezo, no, tesoro. ¡No!, tesoro... gollum — Levantó otra vez la cabeza, le guiñó los ojos a la luna, y volvió a cerrarlos rápidamente—. La aborrecemos —siseó—. Odiossa, odiossa luz trémula es... sss... nos espía, tesoro... nos lastima los ojos.

Se iba acercando y los siseos eran ahora más agudos y claros.

—¿Dónde esstá, dónde esstá: mi tesoro, mi tesoro? Es nuestro, es, y nosotros lo queremos. Los ladrones, los inmundos ladronzuelos. ¿Dónde están con mi tesoro? ¡Malditos! Los odiamos de veras.

—No parece saber dónde estamos ¿eh? —susurró Sam—. ¿Y qué es su tesoro? ¿Se referirá al...?

—¡Calla! —susurró Frodo—. Se está acercando y ya podría oírnos.

Y en efecto, Gollum había vuelto a detenerse de improviso, e inclinaba la cabezota hacia uno y otro lado como si estuviese escuchando. Había abierto a medias los ojillos pálidos. Sam se contuvo, aunque los dedos le escocían. Tenía los ojos encendidos de cólera y asco, fijos en la miserable criatura, que ahora avanzaba otra vez, siempre cuchicheando y siseando entre dientes.

Por fin, se encontró a no más de una docena de pies del suelo, justo encima de las cabezas de los hobbits. Desde esa altura la caída era vertical, pues la pared se inclinaba ligeramente hacia adentro, y ni el propio Gollum hubiera podido encontrar en ella un punto de apoyo. Trataba al parecer de darse vuelta, y ponerse con las piernas para abajo, cuando de pronto, con un chillido estridente y sibilante, cayó enroscando las piernas y los brazos alrededor del cuerpo, como una araña a la que han cortado el hilo por el que venía descendiendo.

Sam salió de su escondite como un rayo y en un par de saltos cruzó el espacio que lo separaba de la pared de piedra. Antes que Gollum pudiera levantarse, cayó sobre él. Pero descubrió que aun así, tomado por sorpresa después de una caída, Gollum era más fuerte y hábil de lo que había creído. No había alcanzado a sujetarlo cuando los largos miembros de Gollum lo envolvieron en un abrazo implacable, blando pero horriblemente poderoso que le impedía todo movimiento, y lo estrujaba como cuerdas que fuesen apretando lentamente. Unos dedos pegajosos le tantearon la garganta. Luego unos dientes afilados se le hincaron en el hombro. Todo cuanto Sam pudo hacer fue sacudir con violencia la cabeza dura y redonda contra la cara de la criatura. Gollum siseó escupiendo, pero no lo soltó.

Las cosas habrían terminado mal para Sam si hubiera estado solo. Pero Frodo se levantó de un salto, desenvainando a Dardo. Con la mano izquierda tomó a Gollum por los cabellos ralos y lacios y le tironeó la cabeza hacia atrás, estirándole el pescuezo, y obligándolo a fijar en el cielo los pálidos ojos venenosos.

—¡Suéltalo, Gollum! —dijo—. Esta espada es Dardo. Ya la has visto antes. ¡Suéltalo, o esta vez sentirás la hoja! ¡Te degollaré! Gollum se aflojó y se derrumbó como una cuerda mojada. Sam se incorporó, palpándose el hombro. Echaba fuego por los ojos, pero no podía vengarse: su miserable enemigo se arrastraba por el suelo gimoteando. —¡No nos hagas daño! ¡No dejes que nos hagan daño, mi tesoro! No nos harán daño, ¿verdad que no, pequeños y simpáticos hobbits? No teníamos intención de hacer daño, pero nos saltaron encima como gatos sobre unos pobres ratones, eso hicieron, mi tesoro. Y estamos tan solos, gollum. Seremos buenos con ellos, muy buenísimos, si también ellos son buenos

con nosotros, ¿no? Sí, así. —Bueno ¿qué hacemos con él? —dijo Sam—. Atarlo, para que no nos siga más espiándonos, digo y o. —Pero eso nos mataría, nos mataría —gimoteó Gollum—. Crueles pequeños hobbits. Atarnos y abandonarnos en las duras tierras frías, gollum, gollum. —Los sollozos se le ahogaban en gorgoteos. —No —dijo Frodo—. Si lo matamos, tenemos que matarlo ahora. Pero no podemos hacerlo, no en esta situación. ¡Pobre miserable! ¡No nos ha hecho ningún daño! —¿Ah no? —dijo Sam restregándose el hombro—. En todo caso tenía la intención y la tiene aún. Apuesto cualquier cosa. Estrangularnos mientras dormimos, eso es lo que planea. —Puede ser —dijo Frodo—. Pero lo que intenta hacer es otra cuestión. — Calló un momento, ensimismado. Gollum yacía inmóvil, pero y a no gimoteaba. Sam le echaba miradas amenazadoras. De pronto Frodo creyó oír, muy claras pero lejanas, unas voces que venían del pasado: « ¡Qué lástima que Bilbo no hay a matado a esa vil criatura, cuando tuvo la oportunidad!» « ¿Lástima? Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad.» « No siento ninguna lástima por Gollum. Merece la muerte. La merece, sin duda. Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures en dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos.» —Muy bien —respondió en voz alta, bajando la espada—. Pero todavía tengo miedo. Y sin embargo, como ves, no tocaré a este desgraciado. Porque ahora que lo veo, me inspira lástima.

—¡Suéltalo, Gollum! —dijo—. Esta espada es Dardo. Ya la has visto antes. ¡Suéltalo, o esta vez sentirás la hoja! ¡Te degollaré! Gollum se aflojó y se derrumbó como una cuerda mojada. Sam se incorporó, palpándose el hombro. Echaba fuego por los ojos, pero no podía vengarse: su miserable enemigo se arrastraba por el suelo gimoteando. —¡No nos hagas daño! ¡No dejes que nos hagan daño, mi tesoro! No nos harán daño, ¿verdad que no, pequeños y simpáticos hobbits? No teníamos intención de hacer daño, pero nos saltaron encima como gatos sobre unos pobres ratones, eso hicieron, mi tesoro. Y estamos tan solos, gollum. Seremos buenos con ellos, muy buenísimos, si también ellos son buenos con nosotros, ¿no? Sí, así. —Bueno ¿qué hacemos con él? —dijo Sam—. Atarlo, para que no nos siga más espiándonos, digo y o. —Pero eso nos mataría, nos mataría —gimoteó Gollum—. Crueles pequeños hobbits. Atarnos y abandonarnos en las duras tierras frías, gollum, gollum. —Los sollozos se le ahogaban en gorgoteos. —No —dijo Frodo—. Si lo matamos, tenemos que matarlo ahora. Pero no podemos hacerlo, no en esta situación. ¡Pobre miserable! ¡No nos ha hecho ningún daño! —¿Ah no? —dijo Sam restregándose el hombro—. En todo caso tenía la intención y la tiene aún. Apuesto cualquier cosa. Estrangularnos mientras dormimos, eso es lo que planea. —Puede ser —dijo Frodo—. Pero lo que intenta hacer es otra cuestión. — Calló un momento, ensimismado. Gollum yacía inmóvil, pero y a no gimoteaba. Sam le echaba miradas amenazadoras. De pronto Frodo creyó oír, muy claras pero lejanas, unas voces que venían del pasado: « ¡Qué lástima que Bilbo no hay a matado a esa vil criatura, cuando tuvo la oportunidad!» « ¿Lástima? Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad.» « No siento ninguna lástima por Gollum. Merece la muerte. La merece, sin duda. Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures en dispensar la muerte, pues ni

el más sabio conoce el fin de todos los caminos.» —Muy bien —respondió en voz alta, bajando la espada—. Pero todavía tengo miedo. Y sin embargo, como ves, no tocaré a este desgraciado. Porque ahora que lo veo, me inspira lástima.

Sam clavó la mirada en su amo, que parecía hablar con alguien que no estaba allí. Gollum alzó la cabeza. —Sssí, somos desgraciados, tesoro —gimió—. ¡Miseria! ¡Miseria! Los hobbits no nos matarán, buenos hobbits. —No, no te mataremos —dijo Frodo—. Pero tampoco te soltaremos. Eres todo maldad y malicia, Gollum. Tendrás que venir con nosotros, sólo eso, para que podamos vigilarte. Pero tú tendrás que ayudarnos, si puedes. Favor por favor. —Sssí, sí, por supuesto —dijo Gollum incorporándose—. ¡Buenos hobbits! Iremos con ellos. Les buscaremos caminos seguros en la oscuridad, sí. ¿Y a dónde van ellos por estas tierras frías, preguntamos, sí, preguntamos? Levantó la mirada hacia ellos y un leve resplandor de astucia y ansiedad apareció un instante en los ojos pálidos y temerosos. Sam le clavó una mirada furibunda y apretó los dientes; pero notó que había algo extraño en la actitud de su amo, y comprendió que las discusiones estaban fuera de lugar. Pero la respuesta de Frodo lo dejó estupefacto. Frodo miró a Gollum y la criatura apartó los ojos. —Tú lo sabes, o lo adivinas, Sméagol —dijo Frodo con voz severa y tranquila—. Vam os camino de Mordor, naturalmente. Y tú conoces ese camino, me parece. —¡Aj! ¡Sss! —dijo Gollum, cubriéndose las orejas con las manos, como si tanta franqueza y esos nombres pronunciados en voz alta y clara le hicieran daño—. Lo adivinamos, sí lo adivinamos —murmuró—, y no queríamos que fueran, ¿no es verdad? No, tesoro, no los buenos hobbits. Cenizas, cenizas, y polvo, y sed, hay allí, y fosos, fosos, fosos, y orcos, orcos, millares de orcos. Los buenos hobbits evitan... sss... esos lugares. —¿Entonces has estado allí? —insistió Frodo—. Y ahora tienes que volver, ¿no? —Ssí. Ssí. ¡No! —chilló Gollum—. Una vez, por accidente ¿no fue así, mi tesoro? Sí, por accidente. Pero no volveremos, no, ¡no! —De pronto la voz y el lenguaje de Gollum cambiaron, los sollozos se le ahogaron en la garganta, y habló, pero no para ellos—. « ¡Déjame solo gollum! Me haces daño. Oh mis pobres manos, ¡Gollum! Yo, nosotros, no quisiera volver. No lo puedo encontrar. Estoy cansado. Yo, nosotros no podemos encontrarlo, gollum, gollum, no, en ninguna parte. Ellos siempre están despiertos. Enanos, hombres y elfos, elfos terribles de ojos brillantes. No puedo encontrarlo. ¡Aj!» —Se puso de pie y cerró la larga mano en un nudo de huesos, y la sacudió mirando al este—. ¡No queremos! —gritó—. ¡No para ti! —Luego volvió a derrumbarse—. Gollum, gollum —gimió de cara al suelo—. ¡No nos mires! ¡Vete a dormir! —No se marchará ni se dormirá porque tú se lo ordenes, Sméagol —le dijo Frodo—. Pero si realmente quieres librarte de él, tendrás que ay udarme. Y eso, me temo, significa encontrar un camino que nos lleve a él. Tú no necesitas llegar hasta el final, no más allá de las puertas de ese país.

Gollum se incorporó otra vez y miró a Frodo por debajo de los párpados.

—¡Está allí! —dijo con sarcasmo—. Siempre allí. Los orcos te indicarán el camino. Es fácil encontrar orcos al este del río. No se lo preguntes a Sméagol. Pobre, pobre Sméagol, hace mucho tiempo que partió. Le quitaron su Tesoro y ahora está perdido.

—Tal vez podamos encontrarlo, si vienes con nosotros —dijo Frodo.

—No. No, ¡jamás! Ha perdido el Tesoro —dijo Gollum.

—¡Levántate! —ordenó Frodo.

Gollum se puso en pie y retrocedió hasta el acantilado.

—¡A ver! —dijo Frodo—. ¿Cuándo es más fácil encontrar el camino, de día o de noche? Nosotros estamos cansados; pero si prefieres la noche, partiremos hoy mismo.

—Las grandes luces nos dañan los ojos, sí —gimió Gollum—. No la luz de la Cara Blanca, no, todavía no. Pronto se esconderá detrás de las colinas, sssí. Descansad antes un poco, buenos hobbits.

—Siéntate entonces —dijo Frodo— ¡y no te muevas!

Los hobbits se sentaron uno a cada lado de Gollum, de espaldas a la pared pedregosa, y estiraron las piernas. No fue preciso que hablaran para ponerse de acuerdo: sabían que no tenían que dormir ni un solo instante. Lentamente desapareció la luna. Las sombras cayeron desde las colinas y todo fue oscuridad. Las estrellas se multiplicaron y brillaron en el cielo. Ninguno de los tres se movía. Gollum estaba sentado con las piernas encogidas, las rodillas debajo del mentón, las manos y los pies planos abiertos contra el suelo, los ojos cerrados; pero parecía tenso, como si estuviera pensando o escuchando.

Frodo cambió una mirada con Sam. Los ojos se encontraron y se comprendieron. Los hobbits aflojaron el cuerpo, apoyaron la cabeza en la piedra, y cerraron los ojos, o fingieron cerrarlos. Pronto se los oyó respirar regularmente. Las manos de Gollum se crisparon, nerviosas. La cabeza se volvió en un movimiento casi imperceptible a la izquierda y a la derecha, y primero entornó apenas un ojo y luego el otro. Los hobbits no reaccionaron.

De súbito, con una agilidad asombrosa y la rapidez de una langosta o una rana, Gollum se lanzó de un salto a la oscuridad. Eso era precisamente lo que Frodo y Sam habían esperado. Sam lo alcanzó antes de que pudiera dar dos pasos más. Frodo, que lo seguía, le aferró la pierna y lo hizo caer.

—Tu cuerda podrá sernos útil otra vez, Sam —dijo. Sam sacó la cuerda.

—¿Y a dónde iba usted por estas duras tierras frías, señor Gollum? —gruñó—. Nos preguntamos, sí, nos preguntamos. En busca de algunos de tus amigos orcos, apuesto. Repugnante criatura traicionera. Alrededor de tu gaxate tendría que ir esta cuerda y con un nudo bien apretado.

Gollum y acía inmóvil y no intentó ninguna otra jugarreta. No le contestó a Sam, pero le echó una mirada fugaz y venenosa.

—Sólo nos hace falta algo con que sujetarlo —dijo Frodo—. Es necesario que camine, de modo que no tendría sentido atarle las piernas... o los brazos, pues por lo que veo los utiliza indistintamente. Átale esta punta al tobillo y no sueltes el otro extremo.

Permaneció junto a Gollum, vigilándolo, mientras Sam hacía el nudo. El resultado desconcertó a los dos hobbits. Gollum se puso a gritar: un grito agudo, desgarrador, horrible al oído. Se retorció tratando de alcanzar el tobillo con la boca y morder la cuerda, aullando siempre.

Frodo se convenció al fin de que Gollum sufría de verdad; pero no podía ser a causa del nudo. Lo examinó y comprobó que no estaba demasiado apretado; al contrario. Sam había sido más compasivo que sus propias palabras.

—¿Qué te pasa? —dijo—. Si intentas escapar, tendremos que atarte; pero no queremos hacerte daño.

—Nos hace daño, nos hace daño —siseó Gollum—. ¡Hiela, muerde! ¡La hicieron los elfos, malditos sean! ¡Hobbits sucios y crueles! Por eso tratamos de escapar, claro, tesoro. Adivinamos que eran hobbits crueles. Hobbits que visitan a los elfos, elfos feroces de ojos brillantes. ¡Quitad la cuerda! ¡Nos hace daño!

—No, no te la sacaré —dijo Frodo— momento para reflexionar—... a menos que hay a una promesa de tu parte en la que y o confíe.

—Juraremos hacer lo que él quiere, sí, sssí —dijo Gollum, siempre retorciéndose y aferrándose el tobillo—. Nos hace daño.

—¿Jurarías? —dijo Frodo.

—Sméagol —dijo Gollum con voz súbitamente clara, abriendo grandes los ojos y mirando a Frodo con una extraña luz—. Sméagol jurará sobre el Tesoro.

Frodo se irguió y una vez más Sam escuchó estupefacto las palabras y la voz grave de Frodo.

—¿Sobre el Tesoro? ¿Cómo te atreves? —dijo—. Reflexiona.

Un Anillo para gobernarlos a todos y atarlos en las Tinieblas.

» ¿Te atreves a hacer una promesa semejante, Sméagol? Te obligará a cumplirla. Pero es aún más traicionero que tú. Puede tergiversar tus palabras.

¡Ten cuidado!

Gollum se encogió.

—¿Sobre el Tesoro, sobre el Tesoro! —repitió.

—¿Y qué jurarías? —preguntó Frodo.

—Ser muy muy bueno —dijo Gollum. Luego, arrastrándose por el suelo a los pies de Frodo, murmuró con voz ronca, y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, como si el terror de las palabras le estremeciera los huesos—: Sméagol jurará que nunca, nunca, permitirá que Él lo tenga. ¡Nunca! Sméagol lo salvará. Pero ha de jurar sobre el Tesoro.

—¡No! No sobre el Tesoro —dijo Frodo, mirándolo con severa piedad—. Lo que deseas es verlo y tocarlo, si puedes, aunque sabes que enloquecerías. No sobre el Tesoro. Jura por él, si quieres. Pues tú sabes dónde está. Sí, tú lo sabes, Sméagol. Está delante de ti.

Por un instante Sam tuvo la impresión de que su amo había crecido y que Gollum había empequeñecido: una sombra alta y severa, un poderoso y luminoso señor que se ocultaba en una nube gris, y a sus pies, un perrito lloroso. Sin embargo, no eran dos seres totalmente distintos, había entre ellos alguna afinidad: cada uno podía adivinar lo que pensaba el otro.

Gollum se incorporó y se puso a tocar a Frodo, acariciándole las rodillas.

—¡Abajo! ¡Abajo! Ahora haz tu promesa.

—Prometemos, sí, ¡y o prometo! —dijo Gollum—. Serviré al señor del Tesoro. Buen amo, buen Sméagol, ¡gollum, gollum! —Súbitamente se echó a llorar y volvió a morderse el tobillo.

—¡Sácale la cuerda, Sam! —dijo Frodo.

De mala gana, Sam obedeció. Gollum se puso de pie al instante y caracoleó como un cuzco que recibe una caricia luego del castigo.

A partir de entonces hubo en él una curiosa transformación que se prolongó un cierto tiempo.

La voz era menos sibilante y menos llorosa, y hablaba directamente con los hobbits, no con aquel tesoro bienamado. Se encogía y retrocedía si los hobbits se le acercaban o hacían algún movimiento brusco, y evitaba todo contacto con las capas élficas; pero se mostraba amistoso, y en verdad daba lástima observar cómo se afanaba tratando de complacer a los hobbits. Se desternillaba de risa y hacía cabriolas ante cualquier broma, o cuando Frodo le hablaba con dulzura; y se echaba a llorar si lo reprendía. Sam casi no le hablaba. Desconfiaba de este nuevo Gollum, de Sméagol, más que nunca, y le gustaba, si era posible, aún menos que el antiguo.

—Y bien, Gollum, o como rayos te llames —dijo—, ¡ha llegado la hora! La luna se ha escondido y la noche se va. Convendría que nos pusiéramos en marcha.

—Sí, sí —asintió Gollum, brincando alrededor—. ¡En marcha! No hay más que un camino entre el extremo norte y el extremo sur. Yo lo descubrí, yo. Los orcos no lo utilizan, los orcos no lo conocen. Los orcos no atraviesan las Ciénagas, hacen rodeos de millas y millas. Es una gran suerte que hayáis venido por aquí. Es una gran suerte que os encontrarais con Sméagol, sí. Seguid a Sméagol

EL VALLE DE MORGUL

A pesar de los últimos sucesos ocurridos, Sméagol decide seguir guiando a los hobbits. Tras un apresurado viaje, los tres viajeros llegan a la Encrucijada y entran al Valle de Morgul, donde según Sméagol hay un camino escalonado poco vigilado que permite el acceso a Mordor. Instantes después de llegar al camino, llamado Escaleras de Cirith Ungol, los hobbits, a hurtadillas, contemplan cómo de la tenebrosa ciudadela de Minas Morgul sale un gran ejército capitaneado por el Capitán de los Nazgûl, algo que les congela de miedo.

Una vez las fuerzas de Mordor se alejan, Frodo, Sam y Sméagol siguen subiendo por el camino lleno de escalones hasta llegar a la entrada de un túnel oscuro y maloliente. Sméagol-Gollum les dice que el camino sigue por ahí, sin decirles el nombre de la cueva: Torech Ungol, el Antro de Ella-Laraña. Los hobbits avanzan en lo que parece ser una eternidad por el túnel y de pronto descubren que Sméagol ha desaparecido. Poco después llegan a la salida, encontrándola cubierta de gruesas telarañas, pero Frodo y Sam logran romperlas con sus espadas. Frodo, envalentonado por el éxito del viaje, avanza hacia el paso hacia Mordor, y Sam intenta advertirle de que la torre que hay en el paso parece ocupada cuando Gollum sale tras él y lo ataca.

Mientras Sam forcejea con Gollum, un monstruo similar a una araña gigante, Ella-Laraña, va directo a Frodo. El peligro hace a Sam más fuerte y lanza Gollum a un lado, que huye despavorido. Seguidamente, se lanza contra Ella-Laraña, a la que clava profundamente su daga, y encuentra a Frodo moribundo por el veneno de la araña. Muy triste, Sam cree que su amo ha fallecido y decide encargarse él mismo de portar el Anillo, guardándose el. En ese momento, un grupo de orcos sale de la torre del paso (Cirith Ungol), y se llevan al cuerpo

de Frodo mientras Sam se hace invisible con el anillo para esconderse. Escuchando a los orcos, descubre que Frodo no está muerto, sino que está sedado por el veneno de Ella-Laraña, y que deben registrarlo por órdenes del Señor de Mordor. Sam decide entonces ir a salvar a Frodo, aunque no sabe cómo.

TEXTO 3: ‘LA ÚLTIMA ETAPA’

—¡Fuerza ahora! ¡El último aliento! —dijo Sam mientras se incorporaba con dificultad.

Se inclinó sobre Frodo y lo despertó. Frodo gimió, pero con un gran esfuerzo logró ponerse en pie; vaciló, y en seguida cayó de rodillas. Alzó los ojos a los flancos oscuros del Monte del Destino, y apoyándose sobre las manos empezó a arrastrarse.

Sam, que lo observaba, lloró por dentro, pero ni una sola lágrima le asomó a los ojos secos y arrasados.

—Dije que lo llevaría a cuestras aunque me rompiese el lomo —murmuró—

¡y lo haré!

» ¡Venga, señor Frodo! —llamó—. No puedo llevarlo por usted, pero puedo llevarlo a usted junto con él. ¡Vamos, querido señor Frodo! Sam lo llevará a babuchas. Usted le dice por dónde, y él irá.

Frodo se le colgó a la espalda, echándole los brazos alrededor del cuello y apretando firmemente las piernas; y Sam se enderezó, tambaleándose; y entonces notó sorprendido que la carga era ligera. Había temido que las fuerzas le alcanzaran a duras penas para alzar al amo, y que por añadidura tendrían que compartir el peso terrible y abrumador del Anillo maldito. Pero no fue así. O Frodo estaba consumido por los largos sufrimientos, la herida del puñal, la mordedura venenosa, las penas, y el miedo y las largas caminatas a la intemperie, o él, Sam, era capaz aún de un último esfuerzo: lo cierto es que levantó a Frodo con la misma facilidad con que llevaba a horcajadas a algún hobbit niño cuando retozaba en los prados o los henares de la Comarca. Respiró hondo y se puso en camino.

Habían llegado al pie de la cara septentrional de la montaña, un poco hacia el oeste; allí los largos flancos grises, aunque anfractuosos, no eran escarpados. Frodo no hablaba y Sam avanzó como pudo, sin otro guía que la resolución inquebrantable de trepar lo más alto posible antes que le flaquearan las fuerzas y la voluntad. Trepaba y trepaba, doblando el cuerpo hacia uno u otro lado para atenuar la subida, trastabillando con frecuencia, y ya al final arrastrándose como un caracol que lleva a cuestras una pesada carga. Cuando la voluntad se negó a obedecerle, y las piernas cedieron, se detuvo, y bajó con cuidado a su amo.

Frodo abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire. Aquí, lejos de los vapores que allá abajo flotaban a la deriva y se retorcían en espirales, respirar era mucho más fácil.

—Gracias, Sam —dijo en un susurro entrecortado—. ¿Cuánto falta aún para llegar?

—No lo sé —respondió Sam—, pues no sé en verdad a dónde vamos.

Volvió la cabeza, y luego miró para arriba, y al ver el largo trecho que acababa de recorrer quedó estupefacto. Vista desde abajo, solitaria y siniestra, la montaña le había parecido más alta. Ahora veía

que era menos elevada que las gargantas que él y Frodo habían escalado en los Ephel Dúath. Los contrafuertes informes y dilapidados de la enorme base se elevaban hasta unos tres mil pies por encima de la llanura, y sobre ellos, en el centro, se erguía el cono central, que sólo tenía la mitad de aquella altura, y que parecía un horno o una chimenea gigantesca coronada por un cráter mellado. Pero y a Sam había subido hasta la mitad, y la llanura de Gorgoroth apenas se veía, envuelta en humos y sombras. Y si la garganta reseca se lo hubiese permitido, Sam habría dado un grito de triunfo al mirar hacia la altura; porque allá arriba, entre las jibas y las estribaciones escabrosas, acababa de ver claramente un sendero o camino. Trepaba como una cinta desde el oeste, y serpeando alrededor de la montaña, y antes de desaparecer en un recodo, llegaba a la base del cono en la cara occidental.

Sam no alcanzaba a ver por dónde pasaba el camino directamente encima, pues una cuesta empinada lo ocultaba a lo lejos; pero adivinaba que lo encontraría si era capaz de hacer un último esfuerzo, y la esperanza volvió a él. Quizá pudiera aún conquistar la montaña.

« ¡Hasta diría que lo han puesto a propósito! », se dijo. « Si ese sendero no estuviera allí, ahora tendría que aceptar que he sido derrotado. »

El camino no había sido construido a propósito para Sam. Él no lo sabía, pero aquel era el Camino de Sauron, el que iba desde Barad-dûr hasta los Sammath Naur, los Recintos del Fuego. Partía de la gran puerta occidental de la Torre Oscura, atravesaba por un largo puente de hierro un abismo profundo, y se internaba luego en los llanos; durante una legua corría entre dos precipicios humeantes y llegaba a un extenso terraplén empinado en el flanco oriental. Desde allí, girando y enroscándose en la ancha cintura de la montaña de norte a sur, trepaba por fin alrededor del cono, pero lejos aún de la cima humeante, hasta una entrada oscura que miraba al este, a la ventana del Ojo en la fortaleza envuelta en sombras de Sauron. La vorágine de los hornos de la montaña obstruía o destruía el camino con frecuencia, y una tropa de orcos trabajaba día y noche reparándolo y limpiándolo.

Sam respiró con fuerza. Había un sendero, pero no sabía cómo escalaría la ladera que llevaba a él. Ante todo necesitaba aliviar la espalda dolorida. Se acostó un rato junto a Frodo. Ninguno de los dos hablaba. La claridad crecía lentamente. De pronto lo asaltó un sentimiento inexplicable de apremio, como si alguien le hubiese gritado: ¡Ahora, ahora, o será demasiado tarde! Se incorporó. También Frodo parecía haber sentido la llamada. Trató de ponerse de rodillas.

—Me arrastraré, Sam —jadeó.

Y así, palmo a palmo, como pequeños insectos grises, reptaron cuesta arriba. Cuando llegaron al sendero notaron que era ancho y que estaba pavimentado con cascajo y ceniza apisonada. Frodo gateó hasta él, y luego, como de mala gana, giró con lentitud sobre sí mismo para mirar al Este. Las sombras de Sauron flotaban a lo lejos; pero desgarradas por una ráfaga de algún viento del mundo, o movidas quizá por una profunda desazón interior, las nubes envolventes ondularon y se abrieron un instante; y entonces Frodo vio, negros, más negros y más tenebrosos que las vastas sombras de alrededor, los pináculos crueles y la corona de hierro de la torre más alta de Barad-dûr: espió un segundo apenas, pero fue como si desde una ventana enorme e inconmensurablemente alta brotara una llama roja, un puñal de fuego que apuntaba hacia el Norte: el parpadeo de un Ojo escrutador y penetrante; en seguida las sombras se replegaron y la terrible visión desapareció. El Ojo no apuntaba hacia ellos: tenía la

mirada fija en el norte, donde se encontraban acorralados los Capitanes del Oeste; y en ellos concentraba ahora el Poder toda su malicia, mientras se preparaba a asestar el golpe mortal; pero Frodo, ante aquella visión pavorosa, cayó como herido mortalmente. La mano buscó a tientas la cadena alrededor del cuello.

Sam se arrodilló junto a él. Débil, casi inaudible, escuchó la voz susurrante de Frodo:

—¡Ayúdame, Sam! ¡Ayúdame! ¡Detenme la mano! Yo no puedo hacerlo.

Sam le tomó las dos manos y juntándolas, palma contra palma, las besó; y las retuvo entre las suyas.

De pronto, tuvo miedo. « ¡Nos han descubierto! », se dijo

« Todo ha terminado, o terminará muy pronto. Sam Gamyi, este es el fin del fin.»

Levantó de nuevo a Frodo, y sosteniéndole las manos apretadas contra su propio pecho, lo cargó una vez más, con las piernas colgantes. Luego inclinó la cabeza, y echó a andar cuesta arriba. El camino no era tan fácil de recorrer como le había parecido a primera vista. Por fortuna, los torrentes de fuego que la montaña había vomitado cuando Sam se encontraba en Cirith Ungol, se habían precipitado sobre todo a lo largo de las laderas meridional y occidental, y de este lado el camino no estaba obstruido, aunque sí desmoronado en muchos sitios, o atravesado por largas y profundas fisuras. Luego de trepar hacia el este durante un trecho, se replegaba sobre sí mismo en un ángulo cerrado, y continuaba avanzando hacia el oeste. Allí, en la curva, lo cortaba un risco de vieja piedra carcomida por la intemperie, vomitada en días remotos por los hornos de la montaña. Jadeando bajo su carga, Sam volvió el recodo; y en el momento mismo en que doblaba alcanzó a ver de soslayo algo que caía desde el risco, algo que parecía ser un pedacito de roca negra que se hubiera desprendido mientras él pasaba.

Sintió el golpe de un peso repentino, y cayó de bruces, lastimándose el dorso de las manos, que aún sujetaban las de Frodo. Entonces comprendió lo que había pasado, porque por encima de él, mientras yacía en el suelo, oyó una voz que odiaba.

—¡Amo malvado! —siseó la voz—. ¡Amo malvado que nos traiciona; traiciona a Sméagol, gollum! No tiene que ir en esta dirección. No tiene que dañar el Tesoro. ¡Dáselo a Sméagol, dáselo a nosotros! ¡Dáselo a nosotros!

De un tirón violento, Sam se levantó y desenvainó a Dardo; pero no pudo hacer nada. Gollum y Frodo estaban en el suelo, trabados en lucha. De bruces sobre Frodo, Gollum manoteaba, tratando de aferrar la cadena y el Anillo. Aquello, un ataque, una tentativa de arrebatarse por la fuerza el tesoro, era quizá lo único que podía avivar las ascuas moribundas en el corazón y en la voluntad de Frodo. Se debatía con una furia repentina que dejó atónito a Sam, y también a Gollum. Sin embargo, el desenlace habría sido quizá muy diferente, si Gollum hubiera sido la criatura de antes; pero los senderos tormentosos que había transitado, solo, hambriento y sin agua, impulsado por una codicia devoradora y un miedo aterrador, habían dejado en él huellas lastimosas. Estaba flaco, consumido y macilento, todo piel y huesos. Una luz salvaje le ardía en los ojos pero y a la fuerza de los pies y las manos no respondía como antes a la malicia de la criatura. Frodo se desembarazó de él de un empujón, y se levantó temblando.

—¡Al suelo, al suelo! —jadeó, mientras apretaba la mano contra el pecho para aferrar el Anillo bajo

el justillo de cuero—. ¡Al suelo, criatura rastrera, apártate de mi camino! Tus días están contados. Ya no puedes traicionarme ni matarme. Entonces, como le sucediera y a una vez a la sombra de los Eryn Muil, Sam vio de improviso con otros ojos a aquellos dos adversarios. Una figura acurrucada, la sombra pálida de un ser viviente, una criatura destruida y derrotada, y poseída a la vez por una codicia y una furia monstruosa; y ante ella, severa, insensible ahora a la piedad, una figura vestida de blanco, que lucía en el pecho una rueda de fuego. Y del fuego brotó imperiosa una voz.

—¡Vete, no me atormentes más! ¡Si me vuelves a tocar, también tú serás arrojado al Fuego del Destino!

La forma acurrucada retrocedió; los ojos contraídos reflejaban terror, pero también un deseo insaciable.

Entonces la visión se desvaneció, y Sam vio a Frodo de pie, la mano sobre el pecho, respirando afanoso, y a Gollum de rodillas a los pies de su amo, las palmas abiertas apoyadas en el suelo.

—¡Cuidado! —gritó Sam—. ¡Va a saltar! —Dio un paso adelante, blandiendo la espada—. ¡Pronto, Señor! —jadeó—. ¡Siga adelante! ¡Adelante! No hay tiempo que perder. Yo me encargo de él. ¡Adelante!

—Sí, tengo que seguir adelante —dijo Frodo—. ¡Adiós, Sam! Este es el fin.

En el Monte del Destino se cumplirá el destino. ¡Adiós!

Dio media vuelta, y lento pero erguido echó a andar por el sendero ascendente.

—¡Ahora! —dijo Sam—. ¡Por fin puedo arreglar cuentas contigo! —Saltó hacia delante, con la espada pronta para la batalla. Pero Gollum no reaccionó. Se dejó caer en el suelo cuan largo era, y se puso a lloriquear.

—No mates a nosssotros —gimió—. No lassstimes a nosssotros con el horrible y cruel acero. ¡Déjanosss vivir, sssí, déjanosss vivir sólo un poquito más!

¡Perdidos perdidos! Essstamos perdidos. Y cuando el Tesssoro desaparezca, nosssotros moriremos, sssí, moriremos en el polvo. —Con los largos dedos descarnados manoteó un puñado de cenizas—. ¡Sssí! —siseó—, ¡en el polvo!

La mano de Sam titubeó. Ardía de cólera, recordando pasadas felonías. Matar a aquella criatura páfida y asesina sería justo: se lo había merecido mil veces; y además, parecía ser la única solución segura. Pero en lo profundo del corazón, algo retenía a Sam: no podía herir de muerte a aquel ser desvalido, deshecho, miserable que yacía en el polvo. Él, Sam, había llevado el Anillo, sólo por poco tiempo, pero ahora imaginaba oscuramente la agonía del desdichado Gollum, esclavizado al Anillo en cuerpo y alma, abatido, incapaz de volver a conocer en la vida paz y sosiego. Pero Sam no tenía palabras para expresar lo que sentía.

—¡Maldita criatura pestilente! —dijo—. ¡Vete de aquí! ¡Lárgate! No me fío de ti, no, mientras te tenga lo bastante cerca como para darte un puntapié; pero lárgate. De lo contrario te lastimaré, sí, con el horrible y cruel acero.

Gollum se levantó en cuatro patas y retrocedió varios pasos, y de improviso, en el momento en que Sam amenazaba un puntapié, dio media vuelta y echó a correr sendero abajo. Sam no se ocupó más de él. De pronto se había acordado de Frodo. Escudriñó la cuesta y no alcanzó a verlo. Corrió arriba,

trepando. Si hubiera mirado para atrás, habría visto a Gollum que un poco más abajo daba otra vez media vuelta, y con una luz de locura salvaje en los ojos, se arrastraba veloz pero cauto, detrás de Sam: una sombra furtiva entre las piedras.

El sendero continuaba en ascenso. Un poco más adelante describía una nueva curva, y luego de un último tramo hacia el este, entraba en un saliente tallado en la cara del cono, y llegaba a una puerta sombría en el flanco de la montaña, la Puerta de los Sammath Naur. Subiendo ahora hacia el sur a través de la bruma y la humareda, el sol ardía amenazante, un disco borroso de un rojo casi lívido; y Mordor yacía como una tierra muerta alrededor de la Montaña, silencioso, envuelto en sombras, a la espera de algún golpe terrible.

Sam fue hasta la boca de la cavidad y se asomó a escudriñar. Estaba a oscuras y exhalaba calor, y un rumor profundo vibraba en el aire.

—¡Frodo! ¡Mi amo! —llamó. No hubo respuesta. Sintiendo que el miedo le encogía el corazón, aguardó un momento, y luego se precipitó a la cavidad. Una sombra se escurrió detrás de él.

Al principio no vio nada. Sacó una vez más el frasco de Galadriel, pero estaba pálido y frío en la mano temblorosa, y en aquella oscuridad asfixiante no emitía ninguna luz. Sam había penetrado en el corazón del reino de Sauron y en las fraguas de su antiguo poderío, el más omnipotente de la Tierra Media, que subyugara a todos los otros poderes. Había avanzado unos pasos temerosos e inciertos en la oscuridad, cuando un relámpago rojo saltó de improviso, y se estrelló contra el techo negro y abovedado. Sam vio entonces que se encontraba en una caverna larga o en una galería perforada en el cono humeante de la montaña. Un poco más adelante el pavimento y las dos paredes laterales estaban atravesados por una profunda fisura, y de ella brotaba el resplandor rojo, que de pronto trepaba en una súbita llamarada, de pronto se extinguía abajo, en la oscuridad; desde los abismos subía un rumor y una conmoción, como de máquinas enormes que golpearan y trabajaran.

La luz volvió a saltar, y allí, al borde del abismo de pie delante de la Grieta del Destino, vio a Frodo, negro contra el resplandor, tenso, erguido pero inmóvil, como si fuera de piedra.

—¡Amo! —gritó Sam.

Entonces Frodo pareció despertar, y habló con una voz clara, una voz límpida y potente que Sam no le conocía, y que se alzó sobre el tumulto y los golpes del Monte del Destino, y retumbó en el techo y las paredes de la caverna.

—He llegado —dijo—. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré. ¡El Anillo es mío! Y de pronto se lo puso en el dedo, y desapareció de la vista de Sam. Sam abrió la boca y jadeó, pero no llegó a gritar, porque en aquel instante ocurrieron muchas cosas.

Algo le asestó un violento golpe en la espalda, que lo hizo volar piernas arriba y caer a un costado, de cabeza contra el pavimento de piedra, mientras una forma oscura saltaba por encima de él. Se quedó tendido allí un momento, y luego todo fue oscuridad.

Y allá lejos, mientras Frodo se ponía el Anillo y lo reclamaba para él, hasta en los Sammath Naur, el corazón mismo del reino de Sauron, el Poder de Barad- dûr se estremecía, y la Torre temblaba desde

los cimientos hasta la cresta fiera y orgullosa. El Señor Oscuro comprendió de pronto que Frodo estaba allí, y el Ojo, capaz de penetrar en todas las sombras, escrutó a través de la llanura hasta la puerta que él había construido; y la magnitud de su propia locura le fue revelada en un relámpago enceguecedor, y todos los ardides del enemigo quedaron por fin al desnudo. Y la ira ardió en él con una llama devoradora, y el miedo creció como un inmenso humo negro, sofocándolo. Pues conocía ahora qué peligro mortal lo amenazaba, y el hilo del que pendía su destino.

Y al abandonar de pronto todos los planes y designios, las redes de miedo y perfidia, las estratagemas y las guerras, un estremecimiento sacudió al reino entero, de uno a otro confín; y los esclavos se encogieron, y los ejércitos suspendieron la lucha, y los capitanes, de pronto sin guía, privados de voluntad, temblaron y desesperaron. Porque habían sido olvidados. La mente y los afanes del poder que los conducía se concentraban ahora con una fuerza irresistible en la montaña. Convocados por él, remontándose con un grito horripilante, en una última carrera desesperada, más raudos que los vientos volaron los Nazgûl, los Espectros del Anillo, y en medio de una tempestad de alas se precipitaron al sur, hacia el Monte del Destino.

Sam se levantó. Se sentía aturdido, y la sangre que le manaba de la cabeza le oscurecía la vista. Avanzó a tientas, y de pronto se encontró con una escena terrible y extraña. Gollum en el borde del abismo luchaba frenéticamente con un adversario invisible. Se balanceaba de un lado a otro, tan cerca del borde que por momentos parecía que iba a despeñarse; retrocedía, se caía, se levantaba y volvía a caer. Y siseaba sin cesar, pero no decía nada.

Los fuegos del abismo despertaron iracundos, la luz roja se encendió en grandes llamaradas, y un resplandor incandescente llenó la caverna. Y de pronto Sam vio que las largas manos de Gollum subían hasta la boca; los blancos colmillos relucieron y se cerraron con un golpe seco al morder. Frodo lanzó un grito, y apareció, de rodillas en el borde del abismo. Pero Gollum bailaba desenfrenado, y levantaba en alto el Anillo, con un dedo todavía ensartado en el aro. Y ahora brillaba como si en verdad lo hubiesen forjado en fuego vivo.

—¡Tessoro, tessoro, tessoro! —gritaba Gollum—. ¡Mi tessoro! ¡Oh mi Tessoro! —Y entonces, mientras alzaba los ojos para deleitarse en el botín, dio un paso de más, se tambaleó un instante en el borde, y luego, con un alarido, se precipitó en el vacío. Desde los abismos llegó su último lamento ¡Tessoro! y desapareció para siempre.

Hubo un rugido y una gran confusión de ruidos. Las llamas brincaron lamieron el techo. Los golpes aumentaron y se convirtieron en un tumulto, y la montaña tembló. Sam corrió hacia Frodo, lo levantó y lo llevó en brazos hasta la puerta. Y allí, en el oscuro umbral de los Sammath Naur, allá arriba, lejos, muy lejos de las llanuras de Mordor, quedó de pronto inmóvil de asombro y de terror, y olvidándose de todo miró en torno, como petrificado.

Tuvo una visión fugaz de nubes turbulentas, en medio de las cuales se erguían torres y murallas altas como colinas, levantadas sobre el poderoso trono de la montaña por encima de fosos insondables; vastos patios y mazmorras, y prisiones de muros ciegos y verticales como acantilados, y puertas

entreabiertas de acero y adamante; y de pronto todo desapareció. Se desmoronaron las torres y se hundieron las montañas; los muros se resquebrajaron, derrumbándose en escombros; trepó el humo en espirales, y unos grandes chorros de vapor se encresparon, estrellándose como la cresta impetuosa de una ola, para volcarse en espuma sobre la tierra. Y entonces, por fin, llegó un rumor sordo y prolongado que creció y creció hasta transformarse en un estruendo y en un estrépito ensordecedor; tembló la tierra, la llanura se hinchó y se agrietó, y el Orodruin vaciló. Y por la cresta hendida vomitó ríos de fuego. Estriados de relámpagos, atronaron los cielos. Restallando como furiosos latigazos, cayó un torrente de lluvia negra. Y al corazón mismo de la tempestad, con un grito que traspasó todos los otros ruidos, desgarrando las nubes, llegaron los Nazgûl; y atrapados como dardos incandescentes en la vorágine de fuego de las montañas y los cielos, crepitaron, se consumieron, y desaparecieron.

—Y bien, éste es el fin, Sam Gamyi —dijo una voz junto a Sam. Y allí estaba Frodo, pálido y consumido, pero otra vez él, y ahora había paz en sus ojos: no más locura, ni lucha interior, ni miedos. Ya no llevaba la carga consigo. Era ahora el querido amo de los dulces días de la Comarca.

—¡Mi amo! —gritó Sam, y cayó de rodillas. En medio de todo aquel mundo en ruinas, por el momento sólo sentía júbilo, un gran júbilo. El fardo y a no existía. El amo se había salvado y era otra vez Frodo, el Frodo de siempre, y estaba libre. De pronto Sam reparó en la mano mutilada y sangrante.

—¡Oh, esa mano de usted! —exclamó—. Y no tengo nada con que aliviarla o vendarla. Con gusto le habría cedido a cambio una de las mías. Pero ahora se ha ido, se ha ido para siempre.

—Sí —dijo Frodo—. Pero ¿recuerdas las palabras de Gandalf? Hasta Gollum puede tener aún algo que hacer. Si no hubiera sido por él, Sam, yo no habría podido destruir el Anillo. Y el amargo viaje habría sido en vano, justo al fin.

¡Entonces, perdonémoslo! Pues la misión ha sido cumplida, y todo ha terminado. Me hace feliz que estés aquí conmigo. Aquí, al final de todas las cosas, Sam.

Los vídeos que acompañarán a estos fragmentos son los siguientes:

El juramento de Gollum: http://bit.ly/video_4_TOLKIEN

Sam carga con Frodo: http://bit.ly/video_5_TOLKIEN

Sin embargo, la destrucción del Anillo no es el final de la obra. Debes saber que, a pesar de que en la película no aparezca, en el libro, los hobbits junto a Gandalf, deberán enfrentarse a una última batalla. Si deseas conocerla, debes profundizar en la lectura de la obra completa de El Señor de los Anillos. Como le dirá Gandalf a Frodo: "Lo único que podemos decidir es qué hacer con el tiempo que se nos ha dado".